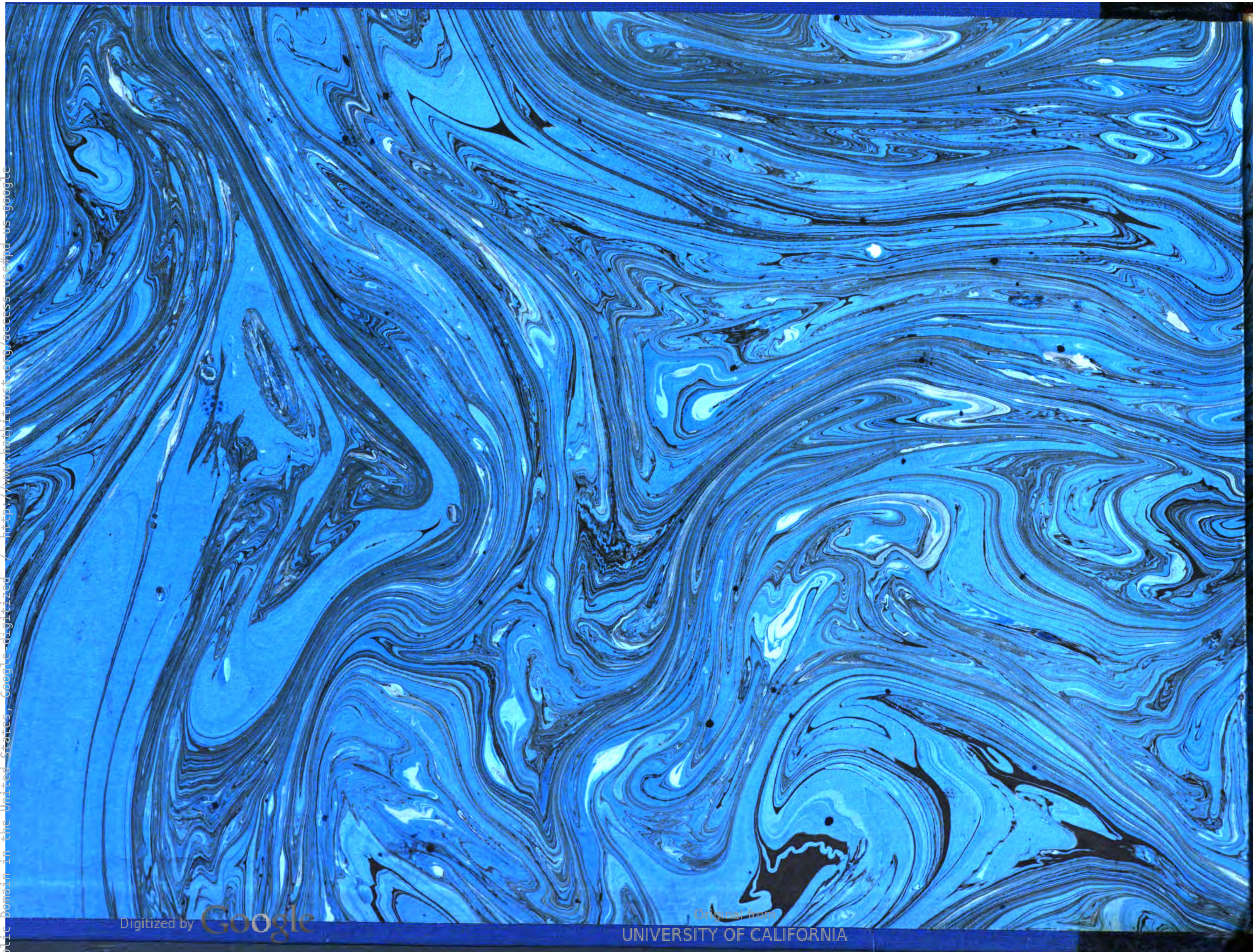
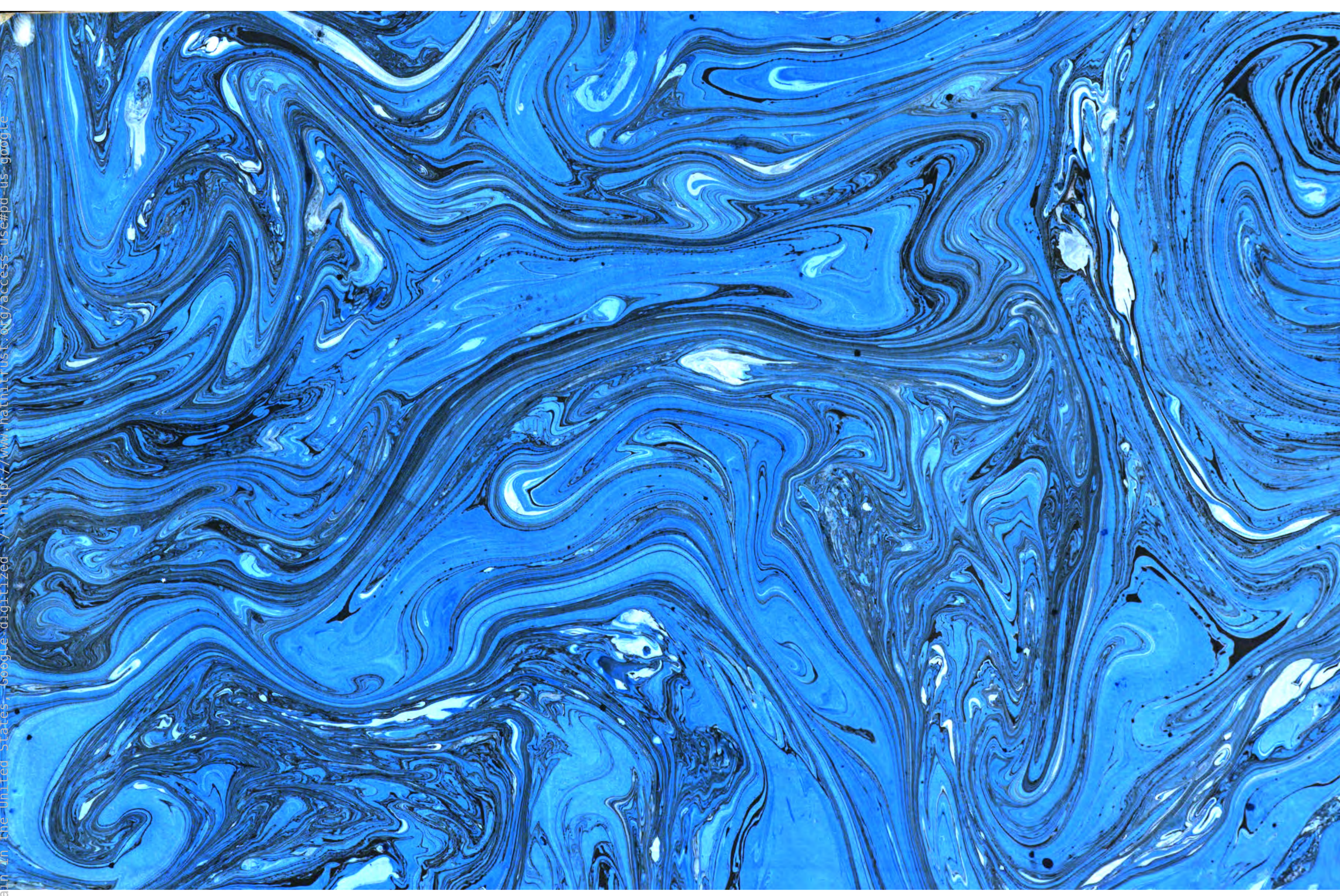

ornia
nal
y
D
000 244 0 121
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY








Digitized by Google

Toda la Historia de la Puerta del Sol y otras muchas cosas



NUMEROSOS GRABADOS

POR

RA-MON

Gómez de la Serna

UNA peseta

PROLOGO

Iba a hacer dos voluminosos libros llenos de curiosidades inacabables, reuniendo en ellos, como en el más completo de los almanaques, todo lo que en el pasado o en el presente tuviese suficiente curiosidad intelectual a la par que gráfica, esa curiosidad que a nosotros—a ti y a mí—nos encuriosa.

Con todos esos artículos que publico día tras día, los 365 del año, hace ya años, en *La Tribuna*, todas las noches, y por los que vivo preocupado reuniendo datos y elementos, gracias a los que me encuentro cuajada la serie, cuando día tras día recurro a mis carpetas, quería haber formado esos dos grandes y curiosos librotes... ¡Ah! ¡Pero con mis grabados conservados y el texto de los artículos convenientemente pegado en cuartillas, he tenido que desistir del empeño cuando ya estaba comenzado! El papel caro y las angustias de los periódicos, cada vez mayores, evitaron que las rotativas de *La Tribuna* siguieran la tirada de esa especie de suplemento ilustrado, en que yo intentaba salvar el esfuerzo diario... ¡Vanas ilusiones y optimismos, esos que encontraréis estampados en las «Advertencias», que van antes de comenzar los dos libros!... ¡Qué ingenuas resultan ahora sus palabras!

—¿Pero qué hacer con los dos libros comenzados e imposibles de continuar?—me pregunté cuando llegué a considerar insuperable el poder avanzar.

En el sótano de mi casa se apilaban los miles de ejemplares que hice tirar a las máquinas... Entonces me decidí a dar los primeros pliegos de los dos libros, como primicias de dos libros abortados, dos libros malogrados, de cuya curiosidad el lector se podrá dar cuenta, pues yo creo en su buena fe y sé que sentirá no haber podido tener completas las largas y divertidas aleluyas con vivas y amenas historietas,

¡Pero qué se va a hacer! Ni mal, se pueden editar estas cosas, que yo creo que son las que piden ser editadas con más razón, pues hay un deber de que el elemento gráfico—y no el ilustracionista—se una a la obra literaria y le ayude como una cosa progresiva.

En estas páginas de todos los días, yo hubiera suprimido algunas si hubiera sabido que sólo estas iban a buscar al público; ¡pero yo esperaba verlas perdidas, disculpadas y mezcladas a tan gran variedad de temas y noticias!

Algunos de esos artículos han tenido segundas partes. «El médico loco» después de ser descubierto por mí, fué complicado injustamente en el asesinato de un niño, como si fuese un vulgar «sacamantecas», en vez del extraño doctor que es; un artículo sobre Gaztambide, hizo que el Ayuntamiento de Tudela protegiera a su hija y trasladase solemnemente a su pueblo natal los restos del eminente músico; el artículo sobre Campón está un poco rectificado por la realidad, pues Campón ya pinta mejor y comprende más la vida.

«La Puerta del Sol», también ha sufrido un avatar, que no tengo rubor en descubrir. Presenté ese trabajo en el concurso de artículos periodísticos que aspiraron por primera vez al premio «Mariano de Cávia», instituído por el *A B C*. Pensé de pronto que publicado en el año ese trabajo, resultaba por casualidad una cosa periodística un poco excepcional, y lo envié con mi tarjeta. Yo confiaba, y sigo confiando, en aquella casa y en su ambiente, tanto como en su director; pero... ¿qué jurado iba a escoger los artículos?...

Si es periodístico, pensaba yo, lo que se ha voceado como extraordinario en la Puerta del Sol, en aquella noche en que *La Tribuna* agotó sus ejemplares y tuvo que estar tirando más ejemplares toda la noche, mi trabajo era periodístico. Hasta entre semana se estuvieron vendiendo ejemplares de ese número, que además se vendió a más precio que el número cotidiano del periódico.

El jurado, sin embargo, eligió otro trabajo en que el tópico de la sed española merecía un breve comentario a un escritor que en el mismo año había escrito trabajos mejores que ése, y en que se acababa recordando a Don Quijote, después de haber recordado a Costa.

El que recuerde el artículo premiado y sepa ahora la franca declaración de mi fracaso que va unida al trabajo presentado, podrá juzgar del caso. Sólo por lo excepcional de las circunstancias que se daban en él, me presenté a concurso, al que no me volveré a presentar más, aunque sea base de su creación conceder todos los años cinco mil pesetas en un solo premio. Aun publicando al año casi todas las mañanas en *El Liberal*, y todas las noches en *La Tribuna*, he quedado bastante desengañado para volver. Además, que en próximos años la política del premio será más grave, más enconada, y estará más enviciada que cuando a todos nos cogió de sorpresa y concurrimos a ese examen de recortes vírgenes, de solución insospechada. Los que no firmamos las circulares para dar banquetes políticos, ni siquiera hemos querido conocer a ciertos hombres, ni tenemos trato con las tres cuartas partes del mundo de las letras, debemos huir de esos concursos.

Ahora, a vocear bien en la Puerta del Sol este libro que encuaderno y lanzo al sitio en que debe venderse, al ruedo de la Puerta del Sol.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

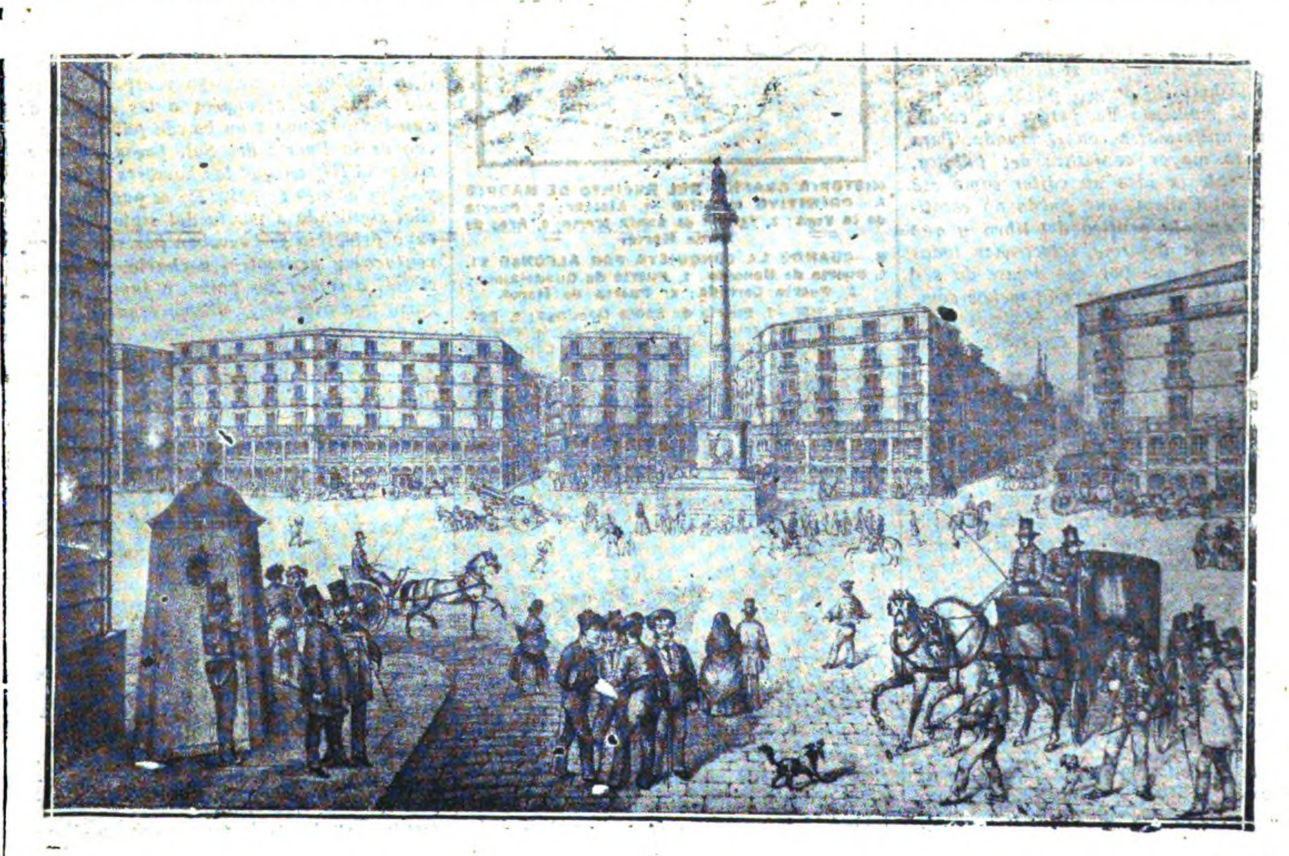


LA PUERTA DEL SOL

Siempre los preámbulos están hechos después de los trabajos a que anteceden. Así, cuando trazo éste, ya he trazado y puesto en limpio toda la visión de la Puerta del Sol. Puedo asegurar que su historia sale completa, y lo que me extraña es que, siendo el centro de España y el sitio de más categoría de Madrid, no estuviese hecha su historia completa. Ni en Mesonero, ni en Fernández de los Ríos, ni en ningún otro cronista hay esa dedicación a recolectar todos los datos que hagan referencia a la Puerta del Sol, y que sólo ella merece que se acopien con excepcional escrupulosidad. Muy bien trazado ese librito de Rosón sobre la Puerta del Sol; el ilustre periodista dedica la mayor parte de sus páginas a dar una visión de conjunto de Madrid, siendo el otro folleto que hay dedicado a la Puerta del Sol, por Osorio Bernard, un cuadro de costumbres animado, pero trivial.

Así como el periódico recomienda muchas veces que se presencie su gran tirada para que se vea lo importante que es, así yo invito al lector a hacer algunas comparaciones con esta Puerta del Sol y las que ocupan una vaga página en los libros de las bibliotecas. Que no crea que ha sido mi trabajo una empanadilla de dos o tres noticias cazadas en los libros fáciles y resumidores, mas un poco de esa retórica fácil y halagüeña y sobona que suelen emplear algunos escritores, prodigándose en caricias indisculpables.

Con todo esto yo no quiero hacer mérito de mi madrileñismo, porque no tengo ambición torcida y porque tampoco quiero ser esa especie de sereno honorario, que es el cronista un poco oficial de Madrid. Yo quiero vivir en el apartamiento y al margen de lo profesional y lo oficial, el amor por esta ciudad en que nací, y el



PERSPECTIVA DE LA PUERTA DEL SOL TAL CUAL SERA.—Curioso grabado, inspirado en uno de los planos presentados al Ayuntamiento para la reforma definitiva de la plaza. El original lleva el siguiente epígrafe: «Deducida de los planos expuestos por el Ayuntamiento, con las modificaciones proyectadas en ellos y en el ornato de la nueva plaza; para completa inteligencia del plano litografiado en colores en que se encuentran las reformas que deben sufrir las plantas de los edificios y manzanas.»

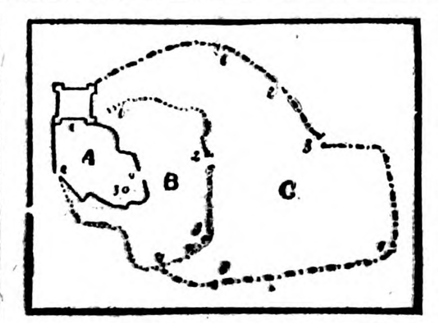


encanto del hombre un poco exacto y equitativo, que se encanta, no con todo, sino con eso que lo merece realmente en Madrid, y que es como su rasgo genial o el gran rasgo simpático de su fisonomía, mas todo aquello, en fin, que le da carácter frente al mundo, y no un carácter burdo, violento, salvaje, sino hidalgo, caballeresco, refinado, sutilizado, castizo.

Yo espero ser un poco el historiador que resuma la historia de este pueblo que pasa por el momento de perder su carácter y de uniformarse con el mundo. Para eso espero mayor confianza del público, y que acepte la idea un editor como ese gran Rafael Calleja, que pueda no escatimar el elemento gráfico del libro y que sería capaz de dejarme seleccionar todos los datos, sin que por eso dejase de ser la nuestra la más entera y la menos compendiada de las historias de Madrid. Hasta en esto hay que no ser el archivero, sino el arquitecto.

Yo creo que no debe darse en frío la historia de la ciudad. Por eso los cronistas de Madrid, sus memorialistas dan sólo algunos materiales para que la inspiración los reforme, y una nueva condición, aplicada a sus mismas fuentes, con otro criterio, los amplíe y los eleve. La historia de Madrid está recargada por esas numerosas triquiñuelas, que después son como las canas del relato, aunque eso sea mejor, ¡claro está!, que envolverlas en un sonsonete un poco cursi, con acompañamiento de vihuela o de organillo. ¡Romanzas de Madrid con que algunos provocan, muy chulillos, la sensiblería de las criadas, esperando que se asomen y les echen los cinco céntimos!

Nuestra ciudad no necesita fanatismo ni orfeonismo. Es sobria, nítida, diamantina, y sólo necesita matización, observación, curiosidad y abolengo, abolengo auténtico y bien hallado, pero sin el exceso de antecedentes con que la recarga el monomaníaco, olvidando entre ellos los más frescos y los que se bastan a sí mismos sin recurrir a la sugestión de las cifras del tiempo.



HISTORIA GRAFICA DEL RECINTO DE MADRID
A.—PRIMITIVO MADRID.—1, Alcázar; 2, Puerta de la Vega; 3, Iglesia de Santa María; 4, Arco de Santa María.
B.—CUANDO LA CONQUISTA POR ALFONSO VI. 1, Puerta de Balnadú; 2, Puerta de Guadalajara; 3, Puerta Cerrada; 4, Puerta de Moros.
C.—En 1500.—1, Puerta de Santo Domingo; 2, Postigo de San Martín; 3, Puerta del Sol; 4, Puerta de Antón Martín; 5, Puerta de la Latina.

La Puerta del Sol merecía este trabajo. Me apasionaba lanzar en medio de la Puerta del Sol su historia verdadera. ¡Ah!; pero para contársela a ella, para propalarla en medio de su gran corro, tenía que ser larga y verdadera!

Aunque no es la Puerta del Sol desde el principio la plaza coronilla de la ciudad, lo llega a ser en definitiva poco después de fundarse con arraigo. Primero el centro y el salón público y presidencia de este pueblo estuvo en la morisca plaza del Alcázar, que estaba allí donde estuvo—casi donde está ahora—el primitivo Palacio, anterior al del Retiro, y ni que decir tiene que al actual; después, a la llegada de los Reyes Católicos, fué destronada por la plaza de la Paja esa plaza del Alcázar; después, ya sedimentada y consolidada la reconquista, se establece el centro en la Plaza Mayor, yendo, como se ve, hacia Oriente, el centro de la ciudad; pero no para mudarse indefinidamente, sino para hallar el centro más propio, el definitivo.. ¿No será ese centro providencial, proverbial y esencial, la Puerta del Sol, aunque la plaza de la Lealtad, la de la Independencia y la de la Alegría esperen ser las herederas?

La Puerta del Sol no es sólo importante por su colocación, sino por su carácter y por su nombre, y porque es la vitrina del pasado pintoresco de un mundo que tiende a ser monótono, anodino, sin dejar de ser concupiscente.

Punto de reunión desde la época en que iban los hombres de capa y espada del siglo XVII, se asomaban a las gradas de San Felipe como a un balcón público y ancho de la Puerta del Sol, pasando por el siglo XVIII, en que los hombres de casaca y de pelucones empolvados se paseaban por ella, siguiendo a través del siglo XIX, en cuyo principio se paseaban por ella los currutacos y petimetres a charlar, a tomar el sol, a sorber un polvo, a fumar un cigarro y a esperar el último toque de misa de dos del Buen Suceso, hasta llegar a estos principios del siglo XX, en que el reloj de los siglos que está en el ciclo de la Puerta del Sol ha dado las veinte.



Fragmento de uno de los primeros planos que hicieron de Madrid en donde aparece la Puerta del Sol. El original dice escuetamente: «La villa de Madrid, corte de los Reyes Católicos.»

Un escritor francés, Roger de Beauvoir, ha escrito sobre la Puerta del Sol una obra en cuatro volúmenes, titulada **La Porte du Soleil**, obra que no he podido encontrar en ninguna biblioteca; pero que no creo que haga otra cosa que resumir el aspecto de España bajo ese título epatante, creencia que fundo en que he visto producirse en escritor francés, Jules Bois, ese mismo fenómeno, aunque después no ha escrito ese libro que con el título del de Beauvoir iba a escribir en cuanto llegase a París.

La Puerta del Sol resume por todo, por su abigarramiento y por su greguería, el carácter de España. Varios escritores la han llamado el foro o el forum matritense, gran frase tópico que yo no tengo más remedio que repetir, aunque no quería.

Ha dado optimismo ella sola a una nación pobre y de difícil problema diario. Así, Manuel del Palacio decía que en Madrid, «donde más de una vez se cierran las puertas del trabajo al hombre laborioso, las de la caridad al mendigo y las de la Academia al sabio, hay, sin embargo, una puerta que no se cierra nunca: la Puerta del Sol».

El sol de España, ese sol que es distinto en cada sitio, está aquí en esta caja de mazapán de la Puerta del Sol. La gran ensaimada de la luz, la harina, el huevo, la leche y el azúcar de Castilla se pueden gustar en esta plaza. Como ha dicho el potente talento de Solana: «Aquí las fachadas huelen a sol como las murallas y monumentos históricos de Castilla, que tanto los diferencian del negro de la piedra, y de color rojo y fresco de los tejados de las provincias del Norte, en los que todo huele a humedad, musgo y blandura.»

La Puerta del Sol, que merece por todo lo dicho y por lo que se dirá después, ser el tema de una monografía, ha merecido la antipatía de esos hombres tan finudos y remilgados de una época que no tenía el don de las comparaciones ni de las ponderaciones, y en que todo hombre que se destacaba amaba lo universal y hablaba de lo de fuera con verdadera ingratitud para lo nuestro. Así la Puerta del

Sol fué llamada por muchos «ese cocherón», y Fernández de los Ríos la llama «esa media tapa de un barril de aceitunas».

Primera parte

¡Puerta del Sol! ¡Puerta del Sol! Es el nombre simpático que va bien a las afinidades hasta retóricas de nuestra alma madrileña y morisca. Todo Madrid era la ciudad del Sol, y así dice fray F. Pereda, en su libro «La Patrona de Madrid», con palabras casi inéditas, que «los árabes antiguos vinieron a llamar a este pueblo *El lugar del Sol*.»

¿Pero por qué se la llama Puerta del Sol? Esto es lo que hay que aclarar, y lo que parece mentira que no estuviese lo bastante fijo en los comentaristas de esta gran plaza.

Hacia mediados del siglo XVI es cuando se comienza a citar la Puerta del Sol alguna vez; pero sin subrayarla casi.

Cuando surgió el tercer recinto, quedaron dentro de la nueva tapia, o cerca, los arrabales de San Martín, San Ginés y Santa Cruz; la Puerta de Guadalajara era la puerta de ingreso en el sitio más oriental de Madrid, continuando la tapia que venía desde Santo Domingo por el sitio de las calles de Preciados y del Carmen, terminando todo en un anchuroso espacio, comprendido entre los olivares y el arrabal de San Ginés. Habiendo también hacia 1546 un muro de la Puerta del Sol al Portillo del Gato y a Puerta Cerrada.

En esa especie de muralla del tercer recinto de Madrid, y enfrente del camino de San Jerónimo, es donde se abrió, pues, un postigo. del que apenas saben referencia los historiadores; pero que por algunos datos puede sospecharse que estaba en medio de la actual Puerta del Sol, y frente al camino que iba hacia los monjes Jerónimos, y a la izquierda del que quedaban las ermitas de San Luis y Santa Bárbara, así como a su derecha, las casuchas del arrabal de Santa Cruz. Postigo que, cuando se convierte en puerta, no es un monumento original y primero, sino una traslación de la de Guadalajara, que se trasladó desde Milaneses a esa esquina de la Carrera de San Jerónimo.

Aun después de esa última ampliación, que hizo que quedase la Puerta del Sol en el punto central de la nueva villa, tardó más de un siglo el conseguir el mayor éxito, pues en el siglo XVII, apenas la mencionan, como no sea esa esquina, en que estaban las gradas de San Felipe.

Para dar claridad a este comienzo o balbuceo de la Puerta del Sol, me tengo que referir, como todos, a lo dicho por López de Hoyos, en 1570, de la Puerta del Sol:

«Llegando (la Reina Doña Ana) cerca del Monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que es de frailes de la Orden de los mínimos, junto al *hospital real de esta corte*, se le ofreció un arco, exquisitamente fabricado y medianamente elegido.. Este se fabricó en un lugar harto espacioso, que llaman la *Puerta del Sol*; ésta tuvo este nombre por dos razones: la primera, porque está ella a Oriente, y en naciendo el sol, parece ilustrar y desparcir sus rayos por aquel espacio; la segunda, porque cuando en España hubo aquellos alborotos, que comunmente llaman las *Comunidades*, este pueblo, por tener guardado su término de los bandoleros y comuneros, hizo un foso en contorno de toda esta parte del pueblo y fabricó un castillo, en el cual pusieron un sol encima de la puerta, que era el común tránsito y entrada de Madrid. Y después de la pacificación y quietud de estos reinos, por lo mucho que el invictísimo Emperador Carlos V, Rey de España, nuestro Señor, trabajó en allanar los grandes tumultos y pacificar todos los reinos de España, este castillo y puerta se derribó para ensanchar y desenfadar a tan principal salida.»

La primera de las dos razones que da López de Hoyos de por qué la Puerta del Sol se llama así, debe quedar solitaria, porque es la verdadera y esencial, y depende, indudablemente, de ese sentimiento del Oriente, eminentemente árabe y que ha dado el nombre de Puerta del Sol a tantas puertas de las murallas españolas de muchas provincias y hasta pueblos.

Además, ese castillo tiene una atracción de juguete y artificio pintoresco, que distrae y absorbe la otra verdad incontestable, además de que el castillo parece que no fué sino un aprovechamiento de esa puerta, un remate y promontorio de ella, y que el sol, antes de fabricarse el castillo, estaba ya inscrito sobre la puerta.

Hay que dar todo el valor a esa puerta como tal puerta, cuyo sitio de colocación tampoco está seguro, pues hay alguien que escribe en 1300 sosteniendo que estaba en la embocadura de la antigua calle de los Preciados.

Todo lo referente a esa puerta que fecundizó esta Plaza, como madre chiquitina de un gran hijo, es digno de apuntarse.

Así, a principios del siglo XVI, también se lee la presupuestación de muchos miles de maravedises para variar obras, entre las que figura el empedrado de la Puerta del Sol y la reconstrucción de dicha Puerta, tapiada y almenada «con anchura suficiente para que por ella pasaran dos carros a la vez». (Después se amplió la población; se trasladó, por fín, la Puerta del Sol al camino de Alcalá, la de Santo Domingo al de Fuencarral, y la de Antón Martín al arroyo de Atocha. Así es que antes de la gran Puerta de Alcalá, había una modesta Puerta, que era la Puerta del Sol.)

Vista del templo del Buen Suceso y entradas a las calles Carrera de San Jerónimo, de Alcalá y de la Montera. Delante de la iglesia, la típica fuente de la Mariblanca. (Según un original de época.)

Tanta es la orientación hacia el Sol a que obedecía ese sitio, que la Carrera de San Jerónimo se llamó en un principio la calle del Sol.

Dentro de la Puerta del Sol apenas queda en los primeros tiempos de formarse ese tercer recinto que terminaba en ella otra cosa que esas casillas de arrabal insignificantes o innominadas. Fuera, en el sitio que después ocupó la iglesia del Buen Suceso, había un humilladero, uno de esos monumentos de piedra que son algo más que una cruz y menos que una ermita, aunque son como el primer brote de una iglesia, remate de gran árbol de una crucería, la punta de lo que será después, o una iglesia, o hasta una catedral. Es la señal de que acababa o principiaba la ciudad, y ya la arquitectura prueba a hacer un monumento, aun dentro de la gran sencillez del monumento.

La iglesia del Buen Suceso—derruida no hace mucho—fué después el primer gran monumento de la Puerta del Sol, aunque nació fuera de ella, en el camino del campo, en la medrosa noche de fuera de las tapias de la ciudad.

El Hospital del Buen Suceso se fundó fuera de la población, en 1438, con ocasión de la peste que se declaró en aquel año y para socorrer a los contagiados, siendo reconstruído en 1529 por Carlos V y convertido en Hospital Real de Corte de San Andrés, para que se curasen en él sus soldados, enfermos por causa de la guerra, y su servidumbre.

El nombre del Buen Suceso se lo debía a una imagen —que despues fué al Colegio de Loreto— que recibió el Pontífice Paulo V, a quien fué presentada, en 1606, por dos hermanos de la Congregación de los Obregones, que yendo en peregrinación a Roma se refugiaron en unas peñas cerca de Tortosa, huyendo de una terrible tormenta, y hallando escondida, entre ellas, a esta imagen la llevaron a Roma, y a su vuelta a Madrid la colocaron en la enfermería y luego en la iglesia, a la que dió así nombre.

La iglesia del Buen Suceso tenía una pequeña lonja o atrio con verja de hierro, y antes unos fosos que cegaron al enterrar en ellos a los fusilados el 2 de mayo de 1808 en el claustro de ese convento. De esto y de su reloj ya habrá otra ocasión de ocuparse, porque no existiendo el ministerio de la Gobernación y su reloj hasta mucho después, fué ella la custodia del reloj.

Después de ese momento de su puro origen en que he presentado esta iglesia, sufre transformación y arreglos, que es la que la dan carácter más tiempo y cómo llega hasta últimos del siglo pasado. Quesada, que habla de ella a mediados de ese siglo, diga lo que sabe:

«A causa de haber fundado el Emperador Carlos V el Hospital de San Andrés, se hizo posteriormente la actual iglesia, que es de crucero y de regular forma, aunque muy pequeña. La decoran pilastras, y en el centro se levanta una cúpula proporcionada al edificio. El retablo mayor, construído en 1832, consta de un solo cuerpo, con cuatro columnas corintias, y en el nicho del centro se venera una imagen de Nuestra Se-

ñora del Buen Suceso, viéndose también los cuatro Evangelistas puestos sobre el basamento, y encima del arco en que se halla el altar es á San Andres. Los retablos colaterales son de la misma época que el mayor, y tienen decoración de pilastras jonicas. Antes de la guerra de la Independencia habia en esta iglesia algunos objetos artisticos que no existen, pues quedó tan mal tratado este sagrado recinto que al retablo mayor de que hace mención Baena expresando que se había estrenado en 1641 con magnificas fiestas, sucedió un humo, en el que la imagen del Buen Suceso estuvo colocada hasta que se labró el retablo en que actualmente se halla. Da ingreso a esta iglesia una portada con dos columnas entregadas, que sostienen un cornisamento, sobre el que hay un nicho con una efigie de Nuestra Señora. Esta portada es de granito, y el resto de la fachada, de fábrica. Está servida por un administrador capellan de honor de Su Majestad y tres penitenciarios, de los cuales el primero es predicador de número.»

San Felipe el Real es el otro edificio principal y primero que también se presenta en la Puerta del Sol del remoto pasado, más célebre que como elemento de la Pueta del Sol, como el célebre mentidero de Madrid y como principio de la calle Mayor, pues si entonces ya existe la Puerta del Sol, aun tiene mas importancia la Plaza Mayor.

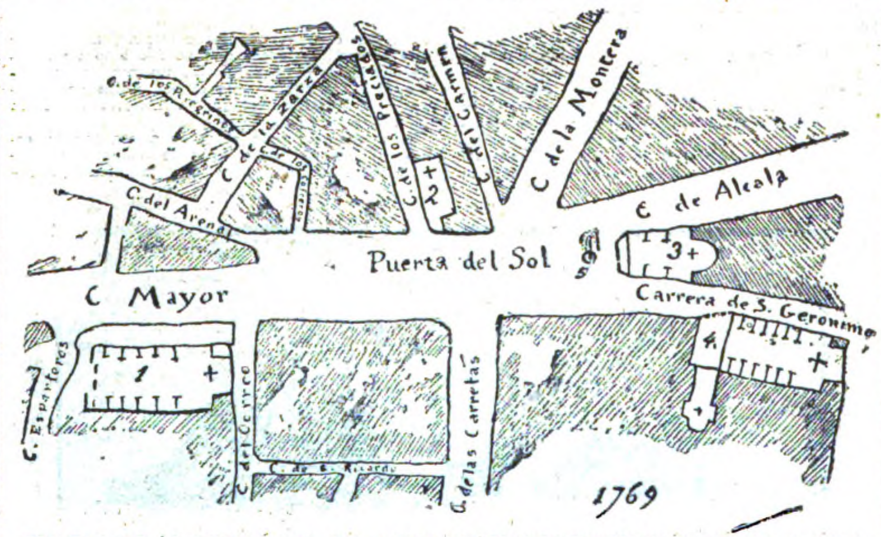
San Felipe el Real se funda en 1547—en ese espacio que hay entre el Bazar de la Unión y Casas de Cordero—, siendo su claustro espléndido, alto, espacioso y de orden dórico, una de las mejores joyas que tenía Madrid. Su aspecto tura general era muy del gusto, un poco insipido y sombrío, del tiempo de Felipe II.

Sus frailes no parecían los moradores de ese convento, sino la gentuza que subía sus gradas. Sin embargo, en el fondo de la iglesia estaban los frailes Agustinos Descalzos, entre los que vivió el padre Canal, continuador de la España Sagrada, que fué condenado por la Inquisición a tener siempre abierta la puerta de su celda, y el bufete frente a ella, para que el prior pudiese ver en todo momento lo que escribía.

La lonja alta que tenía delante San Felipe el Real es lo que se llamo «El Mentidero». Esas célebres gradas de San Felipe, en las que estaba el cuartel general de los soldados que venían o querían engancharse para Italia o Flandes, los pícaros y los grandes ingenios de la época, saliendo de allí las patrañas «como bola de nieve, que después recorría todo Madrid», aumentándose y creciendo. Moreto los definió muy bien, diciendo por boca de un alférez de su teatro: «Mas yo, con estas gradas, me consuelo—de San Felipe, donde gran contento—es ver luego crecido lo que miento.—Por la mañana yo, al irme vistiendo—, prendo una mentirilla de mi mano—; vengo luego y aquí la siembro en grano—, y crece tanto, que de allí a dos horas—hallo quien con tal fuerza la prosiga—, que a con ármela vuelve con espiga.»

Vélez de Guevara dijo, refiriéndose al mentidero, que «de él salen las nuevas primero que los sucesos».

En aquel rincón suceden muchas cosas importantes, como si fuese la cabeza de las calles, el balcón final y principal, la larga balconada de todo un pueblo, sitio por el que pasaban las damas, los coches, todo para ser admirado, y frente al que hasta entonces estuvo la Exposición de arte nuevo del pasado, pues a su vista, junto al palacio de Oñate—donde como Correo mayor de Castilla, que era Oñate, se depositaba la correspondencia—solían exponer sus cuadros los pintores, el día de la Procesión del Corpus, siendo en una de esas Exposiciones, como la que hoy se celebra junto a alguna valla, donde se dió a conocer Murillo.



ESQUEMA DE LA PUERTA DEL SOL, SEGUN LOS PLANOS MUNICIPALES DE 1769.—1, iglesia y convento de San Felipe el Real; 2, iglesia-hospital de la Inclusa para niños expósitos; 3, iglesia-hospital del Buen Suceso; 4, iglesia y convento de la Victoria y capilla de Nuestra Señora de la Soledad; 5, fuente de la Mariblanca.

Las gradas de San Felipe son de lo más morrocotudo del pasado de la Puerta del Sol. Parece que son hasta un poco literarias y legendarias; obra de Quevedo y de aquellos escritores picarescos y mordaces, que dan el tono a nuestra literatura y la conceden un tipo de humor, que es el que debemos continuar; pero jamás en su tono ni en su léxico, porque eso es lo paralítico, lo que aduerme a los públicos, lo que hace tertuliano de viejas octogenarias al escritor.

Iban como cabecillas los discípulos del maestro López de Hoyos, que eran condiscípulos de Cervantes, Góngora y sus adeptos, Villamediana con los más aristocráticos donlindos, algunas veces Calderón, Quevedo a todas horas, Cervantes de paso, Lope, Alarcón, Rojas, Moreto. Iban también los peruleros de estación en la corte, los oficiales de reemplazo de los tercios de Flandes, los golillas, los histriones y gran número de beatas y niñas picuñas con manto de humo o de gloria que acudían a misa.

Desde allí a la tarde, o sea a la hora de ruar el coche, veían pasar a las damas como jurados en su tribuna. A veces, algún poeta echaba a alguna dama una saeta amorosa, cervatana de papel que buscaba su corazón.

De allí salió, cuando el asesinato del poeta y noble Villamediana, aquella ingeniosa acusación dentro de unas pulidas décimas atribuídas a Lope de Vega, en que se transparenta que los amores de la Reina y Villamediana hicieron que el Rey Felipe IV pagase un asesino:

«Mentidero de Madrid.—decidme: ¿quién mató al conde?—Ni se dice ni se esconde,—sin discurso discurrid.—Unos dicen que fué el Cid,—por ser el conde Lozano—¡disparate chavacano!,—pues lo cierto de ello ha sido—que el matador fué Bellido,—y el impulso soberano.—Aquí una mano violenta—más segura que atrevida—atajó el paso a la vida—y abrió el camino a una afrenta.—El poder que osado intenta—juzgar la espada desnuda,—el nombre de humano muda—en inhumano y advierta—que pide venganza cierta—esta salvación en duda.»

Bajo el atrio de San Felipe el Real, donde después construyó una gran casa el señor Cordero, había unas tiendecillas llamadas covachuelas, que aún tenían semejantes bajo el atrio de la iglesia del Carmen, calle del mismo título. Las gradas de San Felipe eran el famoso «Mentidero» de Madrid. El 13 de julio de 1636 entró en la iglesia de San Felipe un hombre bien puesto, se hincó, y dijo: «¡Alabado sea el Santísimo Sacramento y María Virgen Santísima concebida con mancha de pecado original!» Pidióle uno que no dijera disparates; volvió a repetir lo que había dicho; se alborotó la gente; tiraron las mujeres de chapinazos al hombre; desenvaináronse muchas espadas; lo prendieron, y le llevaron ya herido a la Inquisición.

En las covachuelas de San Felipe el Real, debajo de la balconada del «Mentidero», hubo tiendas, vendiéndose en algunas calzas y en las demás juguetes—similentes de los que hoy hay en el mismo sitio en el recinto del Bazar de la Unión—, juguetes que tenían un gran éxito entre los niños, tanto, que algún día de inundación, suponiendo los niños que el agua se había metido en las covachas sacando los objetos, como solía hacer en las tiendas, iban esperanzados de salvar de las aguas los juguetes flotantes. ¡Piratería infantil!

En la planta de lo que fué convento hubo un antiquísimo Recogimiento con el título de los Donados de San Esteban.

La iglesia se quemó en 1718, fué muy saqueada por los franceses, y tuvo su día de luto público, un día que hubo tanta aglomeración de gente en las gradas para ver prender a un réprobo que de la misma pared de San Felipe empujaron la balaustrada que la separaba de la calle, y cayeron varias personas, arrastrando piedra de la crujía alta y parte del balaustre, habiendo varios muertos y heridos.

Entre la calle Mayor y del Arenal se hallaban las casas de mancebía —una de ellas llamada de «Las Soleras»—, que autorizó Felipe II para eclas de sus vasallos de noble estirpe y que por Real cédula de Carlos I fueron trasladadas al terreno que por indemnización a los dueños «y para construir otras nuevas», se les dió en la calle del Carmen, en el sitio que hoy es iglesia y en cuya ventana principal pusieron una figura de mujer que, aunque en ademán indecoroso, pretendía ser una representación de la Virgen. Después de varias escenas, que ruborizarían a todos, se cerró la casa, echaron a la hoguera a las mujeres, y recogió la figura el Ayuntamiento, dándola el título de Nuestra Señora de Madrid y colocándola en la iglesia del Hospital general. En una noche se hizo un convento de madera sobre la casa de la mancebía, fundándose luego el Carmen Calzado, en la calle llamada de los Expósitos.

El otro viejo edificio de la Puerta del Sol era la iglesia de la Victoria.

Nuestra Señora de la Victoria, esa iglesia que hacía esquina a la Puerta del Sol, y que cerraba el lugar en que hoy se abre la calle de Espoz y Mina, se fundó en 1561 a petición del padre fray Juan de Vitoria, procurador general. Los frailes Agustinos, que tenían su convento próximo al sitio donde debía levantarse el de los Mínimos y el Ayuntamiento, hicieron alguna oposición al proyecto; pero una carta del Rey, el favor de la Reina y del Príncipe Don Carlos allanaron todas las contradicciones, y la obra se llevó a efecto, diciéndose misa en esa iglesia el 7 de agosto del referido año. Su principal mérito era la imagen

... señora de la Soledad, obra de Gaspar Becerra, que hoy está en San Isidro, y que antes salía siempre en la procesión de Viernes Santo. Posteriormente, y cuando la supresión de las Ordenes regulares, fué demolida, abriéndose en su área la calle de Espoz y Mina.

Tenía fama entre damas y galanes la reunión de gentes que se celebraba en esta iglesia, además de que los frailes Vitorios tenian también reputacion de decir las misas muy ligeras, y sabido es lo que eso pesa en el corazón ligero de los fieles.

Todo el teatro Español de la época de auge de esa iglesia, está lleno de alusiones a ella. Tirso de Molina, en «La celosa de sí misma» viene a decir que la visita y la cursa, «toda dama de silla, coche y estrado», repitiendo en otra ocasión que «La Vitoria es la parroquia de las damas». Moreto, en «El caballero», dice:

«Doña Luisa, mi señora,
os suplica que mañana
os lleguéis a La Vitoria,
que allí a las diez os aguarda.»

Antonio Solís también dice en «El amor al uso»:

«Dile que, en anocheciendo,
en La Vitoria me aguarde.»

Un Hospital extraño, apenas mencionado, y del que no queda ni grabado que lo recuerde, ni larga referencia, el Hospital de la Inclusa o de niños expósitos, estaba, en el año 1572, en plena Puerta del Sol, esquina a la calle del Carmen, en la manzana 376, num. 15, por mas señas. Lo asistía la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de la Victoria. Es curioso por lo menos, saber que en esa casa en que hace poco estaba el Grand Hotel de la Paix, y hoy está el café Oriental, estuvo la primitiva Inclusa, hasta que al hacerse la reforma, fué trasladada a la calle del Soldado (hoy Barbieri), de donde pasó a la calle de Embajadores, en la que está actualmente.

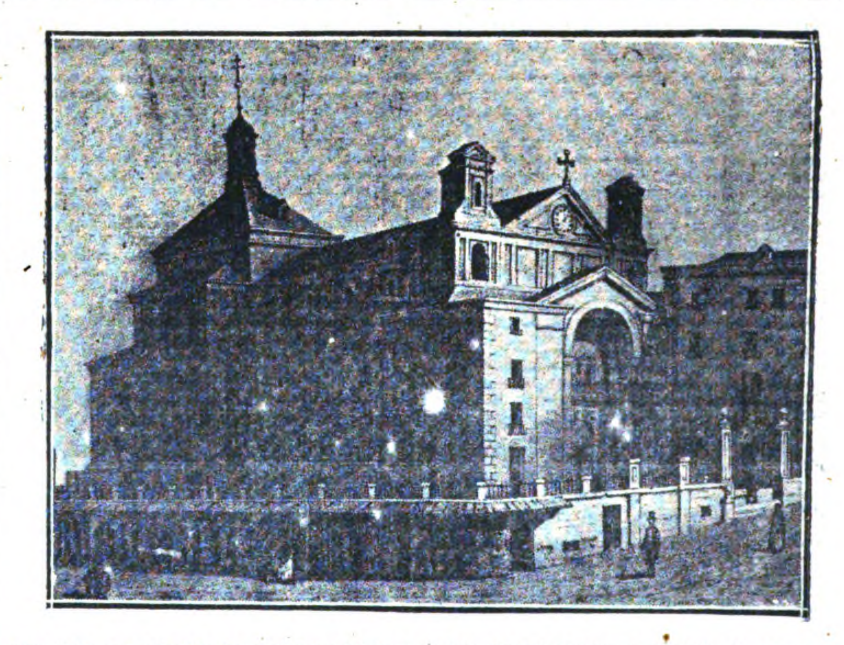
Para completar la edificación monumental de la Puerta del Sol, tengo que exaltar la primera fuente que ha habido en ella, y que, aunque vulgarmente se crea no fué la Mariblanca.

Antes que la Mariblanca, y de cimiento y pe-
de «Mariblanca», nombre de la más bella y are-
na; pero que los aguadores, colocándose en un justo medio, bautizaron con ese nombre cariñoso

Esa primera fuente churrigueresca que hubo



Convento e iglesia de Nuestra Señora de la Salud o de la Victoria, en la esquina de la Carrera de San Jerónimo y la Puerta del Sol.



cuya agua era más pesada, y el Briñigal Baxo, Puerta del Sol, esquina a la calle Mayor. (Destruido en 1839.)

en la Puerta del Sol fué obra de Pedro Rivera, chada moza del pueblo.

la segunda se discute si lo fué del cincel de destal más recargado hubo en la Puerta del Sol otra fuente, aunque rematada siempre por esa imagen que unos creen de Venus y otros de Diana, Pareira o de Rutilio Gassi, florentino, que dió modelos para algunas de las fuentes de esta corte, según cuenta Carducho en su diálogo octavo de la pintura.

Solemnicemos la aparición de la primera fuente en la fecha en que su surtidor amaneció al mundo, el día 1 de diciembre de 1616, primera gran fiesta del agua en la Puerta del Sol, en que la Venus de su fuente—la que después se había de llamar Mariblanca—derramaba su agua por primera vez, dando al acto gran solemnidad el arzobispo de Burgos, el presidente del Consejo de Castilla, el corregidor don Pedro de Guzmán y los regidores.

Durante mucho tiempo surtió a esa fuente el agua del viaje del Abroñigal («Briñigal» entonces), del Abroñigal alto, porque se dividía en el alto, en el viaje de la fuente castellana y

Iglesia y convento de San Felipe el Real en la

que era el de agua mejor y surtía otras muchas fuentes.

Esa primera fuente de Mariblanca, no sólo figura en la fiesta de todos los días —la fiesta de su dádiva espléndida e incesante—, sino que se viste de gala en las grandes solemnidades.

Así para recibir al rey Carlos II, el 13 de julio de 1760, se adorna la fuente con un edificio circular compuesto de ocho columnas cónicas, terminadas por unas ninfas que sostienen unos cestones de laurel, con los que venían a formar una gran corona.

Después se trasladó a la plaza de las Descalzas, donde fué montada sobre una fuente de simple construcción.

Tenía la fuente cuatro caños, treinta aguadores y catorce reales de dotación, surtiéndose del viaje de la Castellana.

Fué trasladada a la plaza de las Descalzas, por el deseo de innovación y para colocar después otra con menos carácter, aunque con más agua, pero agua de adorno más que agua útil.

(Ahora se encuentra en el Museo Arqueológico, en un patinillo, triste, arrinconada, desconocida, vista, sin saber quién es, sólo por esos hombres

aburridos que entran alguna vez en la soledad de esos sarcófagos que son las salas del Museo Arqueológico.)

Allí, entre la Mariblanca y la iglesia del Buen Suceso, es donde estaba el rincón más animado. Entre la Mariblanca y frente a la iglesia del Buen Suceso, en el cierre de la X ideal que hacen la calle de San Jerónimo y la calle de Alcalá, se ponía un púlpito, desde el que se predicaban las misiones los viernes. Los asturianos aguadores eran la base del auditorio.

Aquellos aguadores eran unos alegres asturianos, cuyas primeras cubas fueron de cobre antes de usar aquellas remendadas cubas de madera que hemos conocido después.

Ya podemos animarnos; el aspecto medioeval de la Puerta del Sol va a desaparecer. Aunque en 1670 había algo típico y escalofriante, el pregonero de la Inquisición pasaba por la Puerta del Sol, diciendo en forma de pregón:

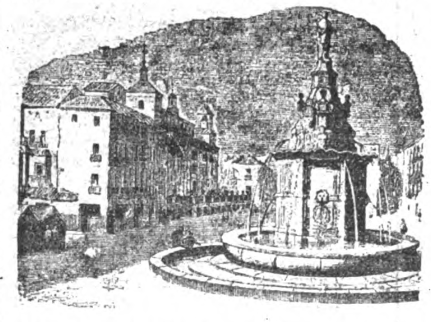
«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, corte de S. M. estantes y habitantes en ella, cómo el santo oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo, celebra auto público de la fe en la Plaza Mayor de esta corte, el domingo 30 de junio de este presente año, y que se les conceden las gracias e indulgencias por los sumos pontífices, dadas a todos los que acompañaren y ayudaren a dicho auto. Mándase publicar para que venga a noticia de todos.»

Y vamos a dar un salto rápido para no oirlo.

Ya se puede comenzar a formar el cuadro pintoresco de la Puerta del Sol, aunque aun es pobre la vida de esa plaza, tanto, que en 1766 se mandan tener encendidos los faroles de la Puerta del Sol desde el anochecer hasta las doce, «menos las seis noches de luna clara de cada mes».

El gran escritor y gran pintor Gutiérrez Solana, con esa imaginación ruda y genial que le caracteriza y que aunque a veces está desprovista de certeza, inventó su certeza propia y se sobrepasa a sí mismo como antepasado de un pasado que no ha acabado de existir, escribe: «En 1750, la Puerta del Sol la componía una barriada de casas chatas y sordidas, de portales lóbregos y húmedos, con tortuosa escalera; la mayoría eran de un solo piso, y de balcón a balcón había tan poca distancia, que se podía pasar de uno a otro; muchas de estas casas fueron de mal vivir, y pendían de las guardillas profundas y hediondas y de los balcones, como distintivos, colchas y mantones, y gran cantidad de medias de rayas de colores y enaguas.

A las mujeres públicas las hacía llevar el corregidor, para que se distinguieran de las honradas, un cordón que caía por el pecho y estaba cosido al hombro. El barrido de las calles se hacía semanalmente; cada casa tenía un basurero en el portal, y los vecinos depositaban en ellos toda clase de suciedades, y por falta de retretes, hacían sus necesidades en un bacín, que sacaban a la calle, esperando el paso de las letrinas; pesados armatostes de hierro en forma de cuba, con una tapadera al costado, donde iban las aguas malas para desaguar al campo. En los corrales había caballerías muertas, que llevaban semanas enteras, y sacaban unos hombres misteriosamente, arrastrándolas con unas cuerdas por la noche; una mula o un pollino con el vientre hinchado como una caldera, para abandonar estas carroñas en las afueras; el Ayuntamiento dió orden de suprimir estos basureros por causa de la epidemia del cólera morbo, y haciendo que la limpieza fuera diaria, recorrían las calles unos carros con una campanilla para avisar a los vecinos que sacasen las espuertas de la basura, de seis a ocho de la mañana; no por esto dejaban de verse en las aceras de los numerosos conventos, y junto a las tapias de las casas, las inmundicias de hombres despreocupados, que se bajaban las bragas donde mejor les cuadraba, para hacer del cuerpo. Alguna vez bajaba a la calle, de las espadañas de los conventos, el sonido tristísimo de las campanas tocando a muerto. Era que pasaba la Cofradía del Consuelo, encargada de dar sepultura de misericordia a los cadáveres de los pobres; cruzaba la Puerta del Sol un ataúd encima de unas angarillas, acompañado



Magnífica fuente de la Puerta del Sol, en el siglo XVII.

de cuatro pobres con cirios y un cura con cruz alzada; un hermano que iba delante llevaba un estandarte de hule negro, que era el de los ajusticiados a garrote; también se utilizaba el mismo ataúd para varios, y así que se sacaba de él al que lo ocupaba y se le echaba al hoyo, volvían con él para enterrar a otro difunto.»

Para completar esa visión con que resume Solana la visión histórica, recogeré datos históricos y precisos.

A los lados de la Mariblanca había cajones para la venta de carnes, tocinos y verduras, cuyos dueños abonaban un impuesto a las Comunidades del Buen Suceso y la Victoria

En la parte del costado de la Victoria estaban los «cajones de la fruta». La mayor parte de las casas eran pequeñas e informes, y si medían altura, era porque estaban sobre un desnivel.

Existían tiendas de mercaderes de seda de paños y de librería. En el espacio que después ocupó la Casa de Correos, o sea el ministerio de la Gobernación, había treinta y tantas casas.

En un librito de don Angel María de la Torre y Leyra, publicado en 1774, donde se enseña a comer, gastando de quince a diez reales—que supone que serán pocos los que puedan usar ese esplendor—hasta dos reales, en el capítulo consagrado a los que sólo quieren gastar de cuatro a cinco reales, habla de una hostería que había en la Puerta del Sol, número 17.

Y aunque en medio de todo eso la Puerta del Sol era más pequeña que hoy, resultaba que en aquella soledad de Madrid era todo más amplio, vasto, y el transeunte resultaba siempre empequeñecido por el vacío centro de la calle, por cuyo estadio iba muchas veces. Para imaginarnos aquel engrandecimiento de la calle, por falta de coches y tranvías, bastará que hagamos memoria de esa imponente extensión que toman las calles de Madrid, cuando no circulan tranvías—esas tres de la tarde de Viernes Santo—, y eso descontando con que ese día, por ejemplo, hay un público excesivo que llena el espacio libre por el otro concepto.

Ya hasta se celebra el primer motín histórico en la Puerta del Sol, uno de los pocos que se le han escapado al ministerio de la Gobernación, que todavía no existía; pero que poco después se inauguró. Ese motín fué el célebre de Esquilache.

En la Puerta del Sol fué uno de los sitios en que resultó más reñida la lucha, pues al disparar los guardias valonas sobre la multitud, matando a dos mujeres e hiriendo a otra; la multitud acometió a los soldados, dió muerte a uno y le llevó arrastrando por la calle Mayor, pasando por la Puerta del Sol y calle de la Montera; en nombre de los tres mil amotinados que invadieron la plazuela, habló en aquella ocasión en Palacio el «Malagueño», que llevaba chupa encarnada y sombrero blanco, sirviendo de lengua al motín, convertido en procesión, cuando, pidiendo las palmas del Domingo de Ramos, que era costumbre colocar en los balcones y sacando de Santo Tomás la Virgen del Rosario, pasaron los amotinados por delante de Palacio con estandartes y faroles, cantando.

No dejaron de ser sangrientas las consecuencias de aquel motín. A un caballero murciano, que habló en un corrillo en la Puerta del Sol, le ahorcaron en la Plaza Mayor, cortándole antes la lengua, y muchos individuos fueron secretamente agarrotados en las cárceles.

Ya hay en su estadio un fervor y un tono, que la caracterizarán en el porvenir. Con el edificio de Correos—hoy Gobernación—, y pasar por el Dos de Mayo en la Puerta del Sol, podemos entrar en pleno cuadro de costumbres.

El edificio de Correos—después Gobernación—fué construído en 1768.

Presentó magníficos planos para su construcción Ventura Rodríguez, el gran factotum de todas las obras de Madrid durante aquella época; pero prevaleció el francés Jaime Marquet, venido a España para entender en el arreglo del empedrado, el cual, entre tanto, dirigía Rodríguez como arquitecto de la villa. Por esto se dijo: *al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador*. Hubo esa malquerencia hacia lo extranjero, que caracterizó al pueblo de Madrid como un distintivo de su injusticia, y eso hace sospechar si no sería verdad que se le olvidó al francés la escalera. ¿No hemos leído demasiadas veces en la historia ese olvido de la escalera? Lo que pasó con la escalera es que, el conde de Aranda, capitán general y gobernador del Consejo—que recordaba lo que sucedía en la Puerta del Sol, cuando el motín de Squilache—, se empeñó en que en ese edificio debía estar un Cuerpo de guardia «principal» o de prevención, para lo cual, contrariando los planes del arquitecto—al que no se le olvidó la escalera, como esto mismo lo prueba—, hizo destinar a eso la planta de la derecha, y por eso se quedó raquítica la escalera.

Las ménsulas con molduras y cabezas de leones, el frontispicio triangular, en cuyo tímpano están las Armas Reales con leones y trofeos, como toda la parte de escultura del edificio, es de don Antonio Primo.

Yo encuentro bello, sobrio, y de la talla que armoniza con el tipo general de la población y de sus habitantes, este monumento sencillo y de una elegancia de currutaco perfecto.

Combinada la piedra de Colmenar—algún día daré fotografías y datos de esas canteras, que son como las entrañas maternales de casi todos nuestros edificios—con el ladrillo fino y el granito en los zócalos exteriores y en los pórticos de los patios, el conjunto es coloreado, proporcionado y dichoso, haciéndole un íntimo y gracioso edificio público, cuando todos suelen ser monstruosos, destartalados y empequeñecedores del ciudadano.

Aunque a mí me parezca esto, la Casa de Correos ha sido muy discutida. Así dice un antiguo comentador: «Sírvela de distintivo a la Puerta del Sol el perpetuo bullicio en que hierve, y de único realce la Casa de Correos, cuyos balcones del piso principal, orientado sobre el grueso basamento, con menos esbeltez de lo que podía esperarse en 1768, le dan un aspecto más robusto que elegante, como si presagiara el carácter de fortaleza que ha tenido que asumir en días de asonada.»

«La Real Casa de Correos y Parte para los Sitios Reales de S. M., en esta Puerta del Sol», la llama el librito de don Fausto Martínez de la Torre, en 1800.

Detrás de la Casa de Correos estaba la Real Casa de Postas—se comunicaba con ella por una puerta, hoy tapiada—, y era de donde salían los viajeros y el correo, algo así como el animado resumen de las estaciones del Norte, del Mediodía y de las Delicias.

Ya aparece en todos los grabados de la Puerta del Sol ese *sensato* monumento, y aunque no varía, hay en él pequeñas novedades que le van situando en el tiempo. Así, en un grabado se ve una mujer que echa una carta por una de sus ventanas bajas, que, primitivamente, fueron sus buzones; después se le ve sin reloj ninguno, y eso choca; después nos fijamos que tiene en la esquina, que hoy ocupa el asta de la bandera, un atarre extraño, del que cuelga una cosa como un disco, y es que ahí estaba el espejo receptor del telégrafo de señales, que se comunicaba con él; después nos choca la guardia que se ve sentada en un banco de la puerta, cuando era el principal, llamándoselo así durante muchos años, no porque fuese el mi-

nisterio más importante de la política, como han creído algunos, sino porque allí estuvo establecida la Capitanía general, y entre las definiciones del Ejército, está ésta: Principal, en las Plazas de armas. Cuerpo de guardia situado ordinariamente en el centro de la población para dar pronto auxilio a las providencias de policía y justicia, y para comunicar la orden, y el santo y seña diariamente.

Y ya es hora de que lleguemos al Dos de Mayo de 1808, que es como el día de Primera Comunión de la gran plaza. Antes, sin embargo, hay que decir algo de aquel 1 de mayo.

El 1 de mayo de 1808 pasó Murat por Madrid suntuoso, con una cabellera fantástica, un gran uniforme, magnífico. Al llegar a la Puerta del Sol, la silba fué estrepitosa y terrible. Murat sin descomponerse, mirando a los balcones, sonrió, sarcástico y vencedor.

Al poco rato, pasando el Infante Don Antonio, todo fueron vivas y aclamaciones.

Madrid ya estaba revuelto y ansioso.

Amaneció el terrible Dos de Mayo, día de granizo y de cielo de Viernes Santo. El día en que no se sabe por qué se exalta la idea de Madrid para siempre, y toma un definitivo empaque la ciudad.

Hay un deber de pintar ese Dos de Mayo en la Puerta del Sol.

Los principales soldados en la refriega que allí se desencadena son los Mamelucos, tropa egipcia—especie de cosacos—que tenía como norma la crueldad, armados de alfanjes cortos, esgrimidos con ansia de matar, ceñida la cintura con cinco o seis armas de fuego y dobles cuchillos y yataganes, armerías vivientes que hacían que los madrileños, después de matarles saltando sobre sus caballos pequeños, les arrancaban sus armas. (Así el cuadro de Goya «Los mamelucos» es en la Puerta del Sol donde se representó, aunque resulta más vaga su silueta en el fondo.)

Parece ese día negro que todos los madrileños quieren morir en la Puerta del Sol, y que es el baluarte que tienen el principal deber de reconquistar. Dos horas duró en la Puerta del Sol el fuego y la refriega con las multiplicadas fuerzas que mandaron el general Grouchy en persona, los de brigada Guillot y D'Aubray, los jefes de escuadrón Daumesnil y Valence con sus mamelucos y polacos y otras fuerzas de Caballería de la Guardia Imperial, y el coronel Friederichs, que avanzando por la calle Mayor con los fusileros de la Guardia, vino a estrechar el reducido palenque donde el pueblo se defendía. El «Moniteur», en su parte, dijo que «Daumesnil cargó muchas veces sobre la Puerta del Sol» y aunque no habló de pérdidas y bajas personales, que fueron muchas por las dos partes, confesó «que este oficial tuvo dos caballos muertos y herido el suyo el general Grouchy». En medio de aquel combate tan obstinado, nunca pudo reunir la fuerza popular una partida de 50 hombres armados, y, sin embargo, fué frecuente durante la pelea ver a algunos pequeños grupos destacarse a cuerpo descubierto acometer denodadamente los pelotones de la Caballería, desorganizarlos, sembrar en ellos la confusión y sacar victoriosas ventajas. Los que tenían un fusil creíanse capaces de responder con él a un cañón, y con este error de denuedo hicieron estragos indecibles. Unos caían heridos por las balas, otros de muchos sablazos, y algunos fueron horriblemente magullados bajo los pies de los caballos; mas el fragor de la refriega no cedió hasta que se impuso con irresistible estrago el cañón y la metralla. Corrieron entonces los disminuídos mamelucos en línea por la calle Mayor hasta los Consejos, y escalonándose allí la Caballería y puestos cañones en la Plaza Mayor, en la de Santa Cruz y en la de Anton Martín, quedó la capital dividida en dos secciones e interceptada la comunicación entre las dos partes.



Notable cuadro que figuraba en el Hospital del Buen Suceso, represetando los que fusilaron en esa iglesia de la Puerta del Sol. (Contreras. Galería del Ayuntamiento de Madrid.)

La lucha se extendió por todos lados y después vino la bárbara represión en la iglesia del Buen Suceso, pues en su claustro mataron a muchos madrileños, con algunos de los que se ensañaron de tal modo, que les mutilaron, antes de ejecutarlos, las orejas, los labios y las narices, y muchos fueron objeto de otros aún más nefandos ultrajes.

En el despojo de las ropas iba envuelta la codicia del robo, y a algunos, por robarlos, los dejaban desnudos a medio asesinar. De este número fué don Cosme Martínez del Corral, impresor y administrador de la fábrica de papel que el duque del Infantado poseía en Pastrana. Después de haberse batido en la Puerta del Sol, retiróse a una casa de la calle del Príncipe, adonde fueron por la tarde a buscarle después de la proclamación de la paz. Condujéronle al Buen Suceso, y a sablazos y a tiros dieron con él hasta rendirle, al parecer exánime, con ocho heridas de sable y tres de bala. Despojáronle de sus vestidos, de donde sacaron 7.250 reales que llevaba en cédulas de la Real Casa de Amortización. Abandonado en el patio entre los cadáveres de los fusilados algún tiempo antes, allí permaneció hasta que al anochecer, Ildefonso Iglesias, mozo del Hospital de Corte, con dos sepultureros pasó para recogerlos y darles sepultura. Al llegar a Martínez notaron que alentaba, y trasladándole a una de las camas de aquel benéfico establecimiento, lograron reanimarle y lo salvaron.

Así acabó la jornada del Dos de Mayo en la Puerta del Sol, en cuyo drama intervinieron dos niños, uno de diez años, José del Cerro, descalzo de pie y pierna, y otro de once, José García Cristóbal, que resistieron a pedradas el ataque de un dragón de la Guardia imperial y en cuyo combate perdieron heróicamente la vida.

Después de ese gran sacramento que es para los pueblos la última prueba de sangre en sus luchas con el último invasor, y después de celebrados en la Puerta del Sol los primeros aniversarios de aquel luctuoso 2 de mayo del Buen Suceso—esos primeros aniversarios en que toda víctima vuelve a sangrar y a sufrir una cosa que se podría llamar así como la «confirmación» de su muerte—; después que la campana del Buen Suceso tocó a muerto horas y horas, y el pavimento que rodeaba la lonja, y donde fueron enterradas las víctimas del Buen Suceso—eso que hoy se llama la visera—fué cubierto con paños negros, la Puerta del Sol se siente ancha, feliz y consolidada. Ya podemos entrar en una historia pintoresca y costumbrista de ella, y para eso, antes de fantasear, recurriré a un librito de por entonces—1605—, que se titulaba *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero*, escrito por d. Antonio Muñoz, y en el que hay un capítulo que es digno de la copia: «Apenas entraron por la referida Puerta del Sol, cuando tan vagos como confusos y admirados, andaban a buscar alojamiento, y al cabo de varias diligencias hallaron uno (como para ellos), donde, a fuerza de su cansancio, pudieron dormir. Por la mañana, después de haberse cada uno espetado un zoquerillo *superávit* de su corta alforja, hicieron lo que todos los forasteros desocupados, que fué presentarse en el gran teatro de la Puerta del Sol. Apenas vió don Eusebio aquel hormiguero de gentes tan diversas, cuando se quedó estático y admirado con todo lo que había dicho su compañero. A breve rato de haber estado allí, ya se les había pegado un amigo tal como ellos, y éste informóle al poeta de todas las circunstancias de el sitio, al que todos estaban aficionados, porque el tiempo parece que pasaba allí, dejando más gusto que en otras partes. El amigo pegadizo, sabiendo la habilidad de don Eusebio, le dijo que bien podía hacer un romance a la Puerta del Sol y que éste le podía vender a los ciegos, que (aunque no mucho) algo darían por él. Tal que oyó el poeta, cuando dijo: —Si hubiera dónde, al punto le haría. Y el nuevo amigo le dijo: —Por eso no lo deje Vm., que en una de estas Librerías tengo yo conocimiento, y me darán papel y recado de escribir. Fueron allá, y viendo don Jacinto que ésto no tenía riesgo, le dió libertad al poeta, y él hizo este

ROMANCE

Esta es de aquel dios Apolo—la más celebrada Puerta,—cuyos umbrales habitan—gente de todas esferas.—Esta es la Puerta del Sol,—si se puede llamar Puerta—aquesta, que, en ningun caso,—ni se entorna ni se cierra.—Esta es de todo Madrid—la más celebrada mezcla,—y la Botica mayor—adonde todo se encuentra.—Aquí predican de Dios—la palabra verdadera,—y entretanto andan los Gatos—limpiando las faltriqueras.—Aquí se escuchan los ciegos—cantar la jácara nueva.—y un galopo cerca de ellos—de todo cuanto hay reniega.—Allí dice uno: agua fría;—otro dice Brevas, Brevas;—otro, Pepinos, y la otra,—Bollitos de Villanueva.—Una dice, Ramilletes,—cuando el otro, Berenjenas;—otro,

**Pajarillos nuevos.—cuando los ciegos, Gacetas.—El otro abre allí sus cartas,—y ve cosas de su Tierra;—ínterin le acecha uno,—y si puede se la pega.—Allí se escucha un Soldado—contar cosas de la guerra;—y si alguno le replica,—reniega, y se desespera.—Aquí en todas las esquinas—hay uno que galantea,—y está al acecho, a ver—cuando pasa la mozuela.

Allí hay un corro, dos corros,—todos de gente perversa,—que urden cuatro mil mentiras,—para que uno de ellos teja.—Allí está otro descuidado,—cuando de repente encuentra—un amigo, que ha veinte años—le conoció en otra tierra.—Allí llega una de manto—implorando la clemencia,—haciéndose vergonzante,—sin conocer la vergüenza.—Otra muy escolimada—va a misa y lleva tras ella—tres o cuatro que la van—crugiendo el pellejo a señas.—Allí se mira otro corro—de gentes, que por las señas—son de forma, y sólo hablan—de pleitos y de pendencias.—Allí hay otros bachilleres—que todo el mundo gobiernan,—y olvidados de sus casas—se meten por las ajenas.—Allí está un hombre suspenso—con una casaca vieja,—una corbata muy larga—y una camisa muy negra.—Un sombrero muy disforme,—zapatos con mucha suela,—y todos al verle dicen—esta traza es forastera.—Luego le embisten de pronto—un golilla y una vieja,—ésta le pide limosna,—y el otro a un lado le espera.—Apenas ve coyuntura,—cuando le hace reverencia,—y le pondera muy bien—su nacimiento y nobleza.—Después encaja un suspiro,—que lo pone en las estrellas,—y su mujer y sus hijos—con necesidad extrema.—Créelo al punto el forastero,—y corrido de vergüenza,—sus ocho cuartos le alarga,—y le acompaña en su pena.—El golilla los agarra,—y parte de tal manera,—que la mitad da al estanco—y lo demás a la taberna.

Allí se ve otro a la esquina—con curiosidad atenta,—leyendo Edictos; y mira—que sobran compras y ventas.—Otro mira un papelón—con unas muy grandes letras,—y éste convida a unos toros,—y otros a ópera y comedias.—Allí hay una Alojería,—siempre de gente tan llena,—que en un continuo tropel—unos salen y otros entran.—Con aquesta confusión—algunos vasos se quiebran,—y otros se van, y no vuelven—a pagar lo que refrescan.—Otros son tan generosos—con las damas que allí encuentran,—que pagan prontos lo que—suelen cobrar allá fuera.—Allí se ve Mariblanca—envidiada de las negras,—y aunque mira cuanto pasa,—siempre se ve hecha una piedra.—En la fuente hay cien corrillos—armando dos mil quimeras,—con cántaros remendados,—sobre quién llena o no llena.—Allí se ve el Buen Suceso,—a cuya sagrada iglesia—van a misa a la hora que—en mi lugar se merienda.—Los coches cruzan, y pasan—con tal ímpetu y carrera,—que no dan lugar a que—se conozcan sus libreas.—Dan allí por su alquiler—mulas, forlones, calesas;—y como huelan dinero—con ésto (y algo más) ruegan.—Todos están descuidados,—cuando viene una marea,—que salió por muchos ojos,—y por las narices entra.—Allí el asqueroso escupe,—el forastero reniega—y el petimetre de que—le han salpicado se queja.—Agua sueltan los chirriones,—corren las arrastraderas,—andan escobas, y todos—pasan con esta tarea.—Ahora una melindrosa—por puercos los versos deja—y limpios no pueden ser,—cuando es sucia la materia.—Lo que sucede de noche—aquí, el diablo que lo sepa,—supuesto que él es quien anda—de continua centinela.»**

Apenas hubo acabado el romance, cuando le leyeron en alta voz, y muchas gentes que allí se habían juntado, todos le celebraron, y uno de ellos dijo: éste es lástima darle a los ciegos; por lo que ellos han de pagar, soy yo acreedor no tan común y de mejor gusto, y así, ahí tiene Vm. por él ese peso gordo, para que esta tarde pueda refrescar en mi nombre. Tomóle don Eusebio, muy agradecido, y los más de los circunstantes se le aficionaron y ofrecieron a ir con él, por donde gustase. Y saliendo de allí, llegaron a las covachuelas, y mirando el poeta tal variedad de cositas, a instancia de los compañeros, dijo esta

DECIMA

No hay que culparme, no, a mí,—porque si mucho me apuras,—yo conozco mil figuras—que habrán salido de aquí.—Yo las traté, yo las vi—muy ufanas y muy huecas,—más al huso que a las ruecas,—con sus lindes y señales;—con que sin duda estos tales—son hijos de estas muñecas.»

¡Todo esto, que parece del día de hoy, sucediendo en 1805! Sólo hay que recordar que esas covachuelas a que alude son las de San Felipe, en que residía el comercio de juguetería.

Para completar este cuadro movido y animado, recordaré que también interrumpían la circulación de la Puerta del Sol los puestos y tiendas ambulantes, apellidados «bodegones de puntapié».

Aún es la Puerta del Sol antigua la que se ve en ese dibujo a lápiz, debido al espléndido espíritu del gran coleccionista don Félix Boix, grabado inédito y perfecto, en el que se ve que hasta había en alguna casa un retablo religioso, y se entrevé que la calle de Carretas estaba totalmente entoldada. ¡Quién hubiera cogido aquellos tiempos en agosto! Ha perdido la ciudad la consideración al ciudadano, aunque los ciudadanos entre sí estén más igualados por el respeto.

También daban carácter típico a ese conjunto lo que cuenta Larruga en sus «Memorias políticas y económicas»:

«Antes de la publicación de las ordenanzas de los Cinco Gremios, había también en la Puerta del Sol muchos cajones, en que se vendían varios géneros de quincallería, gorras, bolsas para peluquines, lazos y otras menudencias. Empleábanse en este trato, desde tiempo inmemorial, varias gentes que sustentaban honradamente sus familias, vendiendo las labores de su propia industria y algunos otros géneros.»

Los calesines y los calesineros daban también animación a la Puerta del Sol, pues generalmente estaban en sus aceras esos dependientes de los alquiladores de calesines, y convidaban a los parroquianos a servirse de sus cochecillos.

—¿Un calesín, mi amo?—gritaban a todo el que pasaba. No sirviéndose, sin embargo, mucho la gente de esos carruajes, porque estaban destinados, más bien que para servirse de ellos dentro de la población, para correrías fuera de Madrid, pues por su estrambótica forma, se tenía por ridículo el hacer uso de ellos para ir a visitar.

Ya hacía tiempo que se habían abolido aquellas prohibiciones con que se quiso evitar el libre uso de los coches por los particulares, y los coches se habían aumentado, tanto, que la circulación de ellos en la Puerta del Sol, hizo decir a Quiñones de Benavente:

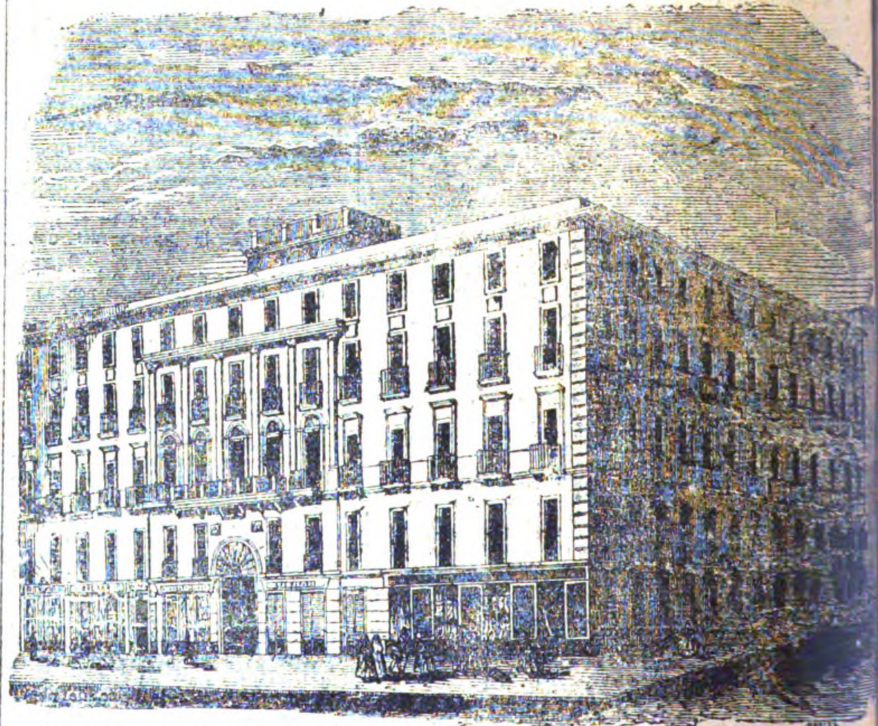
«Yo soy la Puerta del Sol,
que a pesar de los paseos,
me vuelven puerta cerrada
la multitud de cocheros.»

Y otro escritor, refiriéndose al Hospital del Buen Suceso, decía que en él se curaron muchos heridos que producía la nueva industria de los carruajes.

¡Pero qué es todo eso, en relación con lo que se prepara, con lo que será después?

Segunda época

Este es el momento de madurez de la Puerta del Sol, y por eso voy a tocar su segunda Epoca. Vive en todo su ruedo la madurez de su conjunto. Entre la calle de Alcalá y la de San Jerónimo, el Buen Suceso; al lado, en la otra esquina, cegando aún la futura calle de Espoz y Mina, la iglesia de la Victoria; en el centro entre Carretas y la futura calle de Postas, la Casa de Correos, el ministerio de la Gobernación; inmediatamente al lado, San Felipe el Real; entre la c-



La famosa casa de Cordero, una de las más interesantes por su historia y uno de los edificios más espaciosos de Madrid.

lle Mayor y la del Arenal, un grupo de casas; después, en esa manzana, hoy compacta, había una serie de casas por entre las que se colaba desde la Puerta del Sol esa callejuela en escuadra—hijita nuestra—llamada de Cofreros, y que se encontraba con la de la Zarza, también absorbidas después ambas en ese espacio que hoy cubren las casas del café de Correos.

La calle de Cofreros se llamaba vulgarmente del Cofre. Es una calle que, probablemente, muchos ni siquiera se han imaginado, como tampoco la de la Zarza.

El callejón del Cofre era un poco inmundo, oscuro, y las basuras se adunaban allí. Era la vena sombría de la Puerta del Sol, el sitio más disimulado por donde huir.

Tan importante es la Puerta del Sol en ese momento, que las crónicas de 1810 cuentan que había en ella un sastre, Vicente Fligeaux, que pasa por ser el que mejor corta un fraque. (Los botones los compra en un almacén de botones que ya hay en esa época en la Puerta del Sol.)

Ya España se siente rehecha, pues el 12 de agosto de 1812, ya alejados de Madrid los franceses, recibió en su estadio al Ejército anglohispanoportugués, al mando de Wellington y de Ciudad-Rodrigo, estallando una ovación estruendosa y frenética, devolviendo al pueblo abatido todo el optimismo perdido, el optimismo que recobró con más fuerza días después de ese suceso, o sea la fecha en que se alzó un tablado en la Puerta del Sol y se leyó en voz alta la Constitución política de la Monarquía española, promulgada por las Cortes de Cádiz, aquella Constitución que había de durar muy poco tiempo, porque—dos años más tarde—a la vuelta de Fernando VII del cautiverio fué quemada por aquel mismo pueblo que la vitoreaba.

Las fiestas se sucedían en el gran salón en forma de estrella de la Puerta del Sol, pues el cretino de Fernando VII había elegido la Puerta del Sol para celebrar sus cachupinadas, poniendo a contribución, para los festejos, al poeta oficial Arriaza, al elocuente «sombrerero Abrial» y al librero «Don Diego Rabadán», del que se ha burlado «Fígaro» con tanta gracia.

Quizás influyó en esta afición a la Puerta del Sol el que allí fué proclamado, y recordaba siempre aquel gran gentío que contemplaba entusiasmado la rica colgadura que pendía de la Casa de Correos, colgadura de raso blanco y azul, y aquella estatua de sí mismo, vestido «a la heroica», que se asomaba sobre el balcón principal, irguiéndose sobre su cabeza el genio del amor con una antorcha en la mano, y más en lo alto un gran dosel sobre el que ondeaba el pendón de la proclamación.

En la Puerta del Sol fué donde el cura Merino detuvo el coche de Fernando VII, y entregándole la Constitución, le dijo: «¡Trágala, tirano!»

En la Puerta del Sol, con brillos de gran doblón del oro de esos tiempos, se verifica un cambio después del levantamiento del Ejército de la Isla, en 1820, y de la jura de la Constitución por Fernando VII; y en vez de sitio cortesano, fué donde recibieron el aplauso público los héroes liberales, entre ellos los caudillos de la isla de León, Riego, Quiroga y Arco Agüero, y en ella comenzaron a explotar las asonadas que salían armadas de los clubs-cafés de Lorenzini y La Fontana de Oro.

En la Puerta del Sol es donde tienen también las represiones la mayor fuerza, porque por algo era en ella donde cortaban o no cortaban la principal cabeza de todo motín o revolución.

SUCESOS EN LA PUERTA DEL SOL

Nuevos y constantes sucesos se verifican en ella; pero no amontono la cita histórica, porque amarga y oscurece la lectura. Tengo que mantener esclarecida, visible, sin niebla, el gran espectáculo de la plaza.

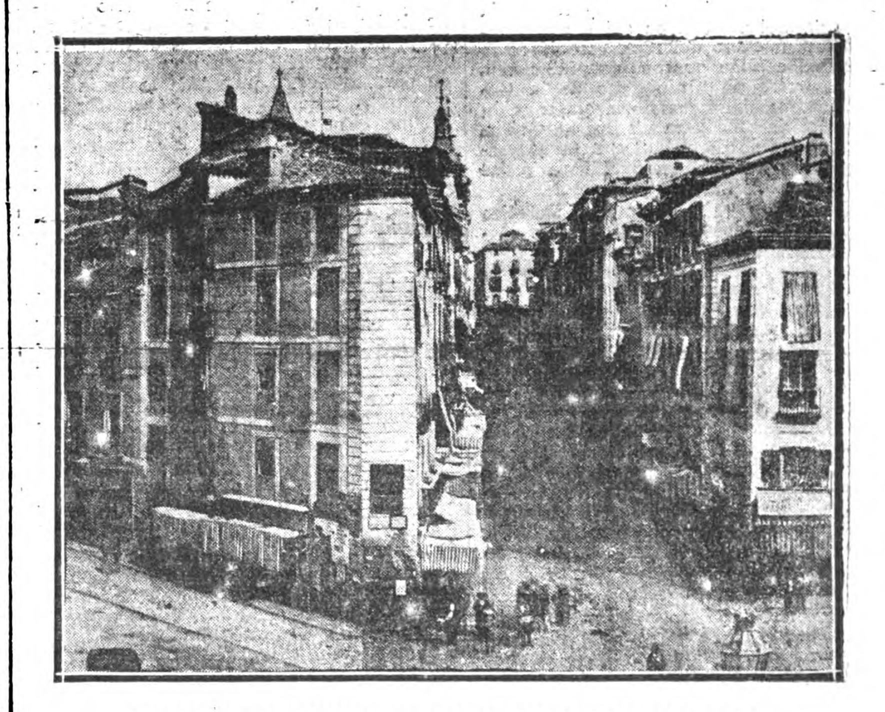
Sólo debo citar los días más pintorescos. Así, el 13 de diciembre de 1829 recibió la Puerta del Sol a la cuarta y última esposa de Fernando, Doña María Cristina, a quien acompañaban sus padres los Reyes de las Dos Sicilias. Entonces fué cuando se cubrió la fuente de la Mariblanca con un suntuoso templete «municipal», sobremontado en las cuatro esquinas con las estatuas de Colón, Hernán Cortés, Pizarro y Sebastián Elcano, y rematado por un globo transparente y grotesco, en el que se descubre la configuración de la América que conquistaran. Bajo las Armas Reales, el poeta oficial de aquella época había escrito:

«Del Monarca español mirad la enseña
en la más alta y encumbrada breña;
en el postrer confín americano
quise ponerla por mi propia mano.»

El día 10 de octubre de 1830, al nacimiento de la Princesa Doña Isabel, después Reina de España, se estrenó por primera vez en Madrid la iluminación por gas, que sólo tuvieron al principio la Puerta del Sol y calles adyacentes, luciendo en la portada del Buen Suceso 50.000 luces. ¡Gran éxito el de aquella noche!

Por seguir el orden de los festejos, he en la portada del Buen Suceso 50.000 lu- dejado para un poco después la historia del incendio que estalló en la Puerta del Sol la noche del 17 de abril de 1815, en las casas que había entre la calle del Arenal y del Carmen.

Todo Madrid, y las autoridades, consternadas, se les ocurrió formar una Junta magna de alcaldes para combatir el fuego, y a la Junta lo primero que se le ocurrió fué la idea de embargar todos los cántaros de los aguadores para ponerlos al servicio de los apagafuegos. El capitán general entonces propuso combatir el fuego a cañonazos, que derruirían el edificio en llamas y toda la manzana. Al vicario, sacar en procesión a San Isidro, como se hizo para el fuego de 1790 en la Plaza Mayor. En el entretanto, las insignificantes «jeringas» de la villa intentaban calmar el fuego.



La típica calle de la Montera, vista desde la Puerta del Sol en el año 1857.

Resultado: que a la mañana siguiente, había desaparecido la manzana entera, que comprendía diez y siete casas, y que daba vuelta por las calles de los Preciados, de la Zarza y callejón de los Cofreros.

Otro suceso pintoresco y casual de la Puerta del Sol en esa época es el que levanta tantos comentarios en los corrillos de la Puerta del Sol los días 9, 10 y 11 de agosto de 1831. Todos iban allí esos días a preguntarse qué era aquello que sucedía en el cielo y a darse ánimo y a estar, como en los terremotos, en una gran plaza y entre gente. ¡Cosa extraña! Después del crepúsculo aparecía la atmósfera, sobre todo al Noroeste, con una luz tan viva, que sobrecogía a todos, sospechando los periódicos, que tantos pareceres insertan, que era una AURORA BOREAL.

Nuevos alzamientos militares toman la Puerta del Sol por teatro; así el alzamiento militar en enero del 1834, escogió como víctima al capitán general, que fué muerto a la puerta del ministerio de la Gobernación. También cuando la insurrección de La Granja hubo otra víctima en Gobernación, saliendo de allí el general Quesada, que fué fusilado en Hortaleza a las puertas de Madrid.

Ya estamos en el momento más castizo y digno de la Puerta del Sol, cuando aparece la partida del Trueno, aquel grupo bullanguero y divertido, del que formaban parte Larra y José Espronceda. Se divertían ligando con una cuerda los cántaros y barricas que esperaban turno para llenarse, y ataban el extremo de la cuerda a cualquiera de las caballerías que había paradas, y que al arrancar, espoleada por un bastonazo, arrastraba todos los cacharros con el estrépito y el escándalo consiguientes.

De la orilla de esa fuente también salió una broma más pesada y trágica en aquellos años: la matanza de frailes, pues el motín se organizó alrededor de la Mariblanca, por sostener que habían envenenado sus aguas los frailes.

Ya esos son los del Café, la Alojería y la Taberna, reuniones de la gente civil, que es cuando va llegando a la plenitud de sus derechos, aunque es cuando los discute más sangrientamente.

Una taberna había en la Puerta del Sol en aquellos tiempos y varias alojerías—Madrid estuvo lleno de ellas—donde acudían los aficionados al saludable y bastante grato refresco conocido con el nombre arábigo de aloja y servido en grandes tazones de vidrio con dos asas. (La aloja era una bebida compuesta de arroz, miel y especias que introdujeron los sarracenos durante las guerras de la reconquista, y que evitó tantas enfermedades, que fué adoptada por los cristianos, en cuyos campamentos se distinguía la tienda en que se vendía, con una bandera blanca cruzada de rojo, que sirvió de distintivo a la alojería hasta su desaparición sobre 1835 o 38.)

LOS CAFES DE LA PUERTA DEL SOL

Los cafés sobre todo son como el triunfo de la Cámara popular en la vida. En la Puerta del Sol existían muchos. Así junto al lugar en que se ha abierto la calle de Espoz y Mina, un elegante saloncito y un patio cubierto por cristales que formaban el café Lorencini, estaba decorado por Rivelles. La entrada la tenía por el portal. Café del que se apoderaron los liberales, perorando subidos a mesas y a sillas, naciendo allí la bien pronto disuelta «Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad», presidida por el poeta Gorostiza.

El café Levante, con sus ahumados y estrechos aposentos, estaba en el principio de la calle de Alcalá, frente al Buen Suceso, y se jugaba en él, además del ajedrez, el chaquete.

En ese Levante—el verdadero y primer Levante—había un ambiente lleno de humo de espíritu, sosegado y profundo, sirviendo a este espíritu que tenía el que hubiese en él ilustraciones magníficas de Alenza, además de la muestra y la portada, que también eran de él. En las tablas interiores retrataba a varios tertulianos del café jugando al ajedrez o leyendo una carta, y entre ellos estaba Goya, chiquitito, cuadradote, balzaciano y con anteojos.

Este es el momento de oír la descripción que de ella hace Mesonero:

«El noticiero intrigante o simplemente hablador, que sueña con las peripecias políticas, con las guerras y los cataclismos, acude a formar corro con otros semejantes en que satisfacer su sed de sensaciones, sus simpatías o su curiosidad; el magnate que cruza en su carroza en dirección a Palacio; el funcionario que acude a su oficina; el diputado que se dirige al Parlamento; todos «hacen paso» por este sitio, siquiera no sea más que para observar «qué cariz presenta» la Puerta del Sol», y augurar por los grupos raros o numerosos el mayor o menor peligro de la situación política, la probabilidad de la paz o de la guerra, del triunfo de las elecciones de la derrota parlamentaria o de la crisis ministerial. El hombre del pueblo, el negociante, el industrial, van allí a informarse por la voz pública de la alza o de la baja de los fondos, de las quiebras «aseguradas», de los seguros «quebrados», del valor «fabulosos» de las minas auríferas descubiertas la noche anterior por una sociedad explotadora en el próximo café. El obrero, el ganapán, el hombre «para todo», que para nada sirve, vienen allí en demanda de parroquianos o de acomodo; la «murga» de bombo y platillos en averiguación de gracias, de bodas o bautizos, para correr a felicitar a los dichosos; el «músico festero», contratista por mayor de «salves» o «réquiem» a toda orquesta, ajusta con los muñidores de las cofradías los solemnes entierros en las parroquias, o las fiestas patronales de Vallecas o Carabanchel. El corredor a pie quieto ofrece allí sus «primas» a los primos advenedizos; el vividor parásito «cata caldos y panza al trote» («pique assiette», que dicen los franceses, «caballero del milagro», como antiguamente se decía por los españoles), andan a caza de gangas a quien agasajar y servir; y el prestidigitador aficionado, el «tomador del dos» y el ratero incipiente, ejercen en público sus escamoteos, con una destreza capaz de desesperar a los Hermanns y Macallister.

Cruza brujuleando entre todos estos grupos animados el diligente periodista, abeja literaria que liba en ellos la miel o sustancia de su próxima «gacetilla»; el apasionado «dilettante»; el amigo del autor en «capilla», encargado de «crear atmósfera», de preparar la opinión en pro de la «prima donna» que aquella noche ha de «debutar» en el Real; del drama que en la siguiente ha de darse a luz en el Príncipe; el taurómaco que sostiene en su círculo especial, compuesto de «gente crúa», la importante tesis de la próxima estocada de «Cúchares», o la incongruencia del «Tato» en su último «volapié». Todo esto amenizado con el estridente chillido del muchacho que pregona la «Correspondencia» o «La Discusión»; del pilluelo que entona los «premios de la Lotería»; del mendigo que os ofrece «diez mil duros» al contado en un billete de la pasada extracción; del vendedor de «fósforos y calendarios», propagadores de las luces y de libritos de papel de Alcoy; del limpiabotas que os arrima el banquillo sin pretenderlo y hace ademán de apoderarse de vuestro pie; del barbero ambulante, que os tropieza con su jarro y escudilla; de la aguadora que os brinda con agua y panales; del horchatero valenciano, o del que por cuatro cuartos pregona su enigmático café.»



«Este monumento infexto se debe al duque de Sexto.»

(Del número de 13 de febrero de 1863 de la edición satírica de la «Iberia».)

Unida esta descripción a otras de la época, vemos más tipos aún: vemos bolleros, vendedores de papel de cartas, los zarupetos, «los cereros y caballeros del milagro», los «cobradores» y los mozos de Saco, siempre paralizados en sus aceras; los matuteros con chaquetilla y gorra de punto, que entraban a tratar sus asuntos en el primitivo café de Correos, los que cortaban el faldón de la levita para robar las tabaqueras, como le pasó a S. M. el Rey de las dos Sicilias al verle oír devotamente misa de una en el Buen Suceso, cuando vino a casar a su hija, y no pudiendo resistir a la tentación de poseer un recuerdo suyo, le cortaron el faldón izquierdo de la casaca,

en que acababa de meter la tabaquera, guarnecida de brillantes.

Siempre, si la boda o el bautizo no pasaban por la Puerta del Sol, ni la boda había sido boda como Dios manda, ni el bautizo bautizo.

Allí, para dejar bien puesto el pabellón madrileño, se cuenta que a las doce del día limpiaron los bolsillos a un célebre prestidigitador, Mr. Hermanns, que se consideraba el rey de los escamoteadores [illegible].

Durante las grandes lluvias, en esta época, se convertía la Puerta del Sol en un gran lago. Eso acababa con el tránsito; se cerraban los portales y se sacaban, de los depósitos custodiados en el portalón del conde de Oñate, en la Casa Aduana y en otros puntos, los pontones de ruedas que los mozos de cuerda explotaban, pudiendo el transeunte, por dos cuartos, atravesar sobre ellos la Puerta del Sol.

FUNERALES DEL CARDENAL MORENO.—Paso del cortejo por la Puerta del Sol.

OTROS ASPECTOS DE LA PUERTA DEL SOL

Frente al Buen Suceso había, en 1835, la necia costumbre de que se colocasen los barberos ambulantes, que en plena Puerta del Sol afeitaban y cortaban el pelo a los aguadores de la fuente. Bien es verdad que, para completar ese cuadro, había cerca un mercado de paja y había la costumbre de herrar a los caballos en la puerta de los herradores en sitios tan principales y céntricos.

Toda esa tropa menuda que se establece en la Puerta del Sol de la mañana a la noche—costumbre que debió ser tan exagerada en algún tiempo que había tiendas de la Puerta del Sol que ostentaban este rótulo: «No se permiten tertulias»—, toda esa multitud de ese tiempo se regía por el reloj del Buen Suceso. Estaba más próximo a los españoles de aquella época el reloj de la Puerta del Sol, y nos les tenemos que imaginar mirando su hora izquierda, hacia la calle de Alcalá. Les debe ser mucho más fácil y rápido.

El reloj del Buen Suceso no tenía más que una manilla. En sus primeros tiempos, en el albor de su artilugio, señaló una una de la tarde, que merece describirse, porque era más límpida y de una harina mejor aún que la de la una de la tarde de después.

La una de la tarde antigua era una hora de pan candeal en Madrid. Si Castilla es en su entraña, y por alguna oculta razón tan espiritual como material, la región del pan, así también lo es en el ambiente, y tiene esa calidad y esa fertilidad hasta en la atmósfera de sus horas.

Aquel medio día de Madrid, el medio día hasta las dos o las tres de la tarde que se ve en esos grabados claros y despejados del Madrid antiguo, debía ser una cosa exquisita. Era la hora en que Madrid se quedaba más despejado, tan despejado como ahora sólo queda algunos días de agosto de mucho calor.

¡Cuánto daría por probar la calidad de aquellas horas, sin perder el presente, claro está, porque aunque yo quisiera probar las hogazas esas del pasado, yo soy, ante todo, moderno!

Era muy rico ese medio día en la ciudad un poco pueblerina, con anchos suelos de campo y ambiente de cigarral.

Cuando sonaba en el Buen Suceso esa hora, se quedaba vacía, y sólo los «cofrades del hampa» y los «caballeros del milagro», que ya estaban establecidos en ella como si fuesen sus estatuas, santiguaban su bostezo y se iban comiendo el pan, ese que se caía en la Puerta del Sol a esa hora.

Hora tras hora, todos los días señaló ese reloj la vida de Madrid. A veces se portaba un poco mal, y era un poco inconsecuente, refiriéndose a tales descuidos ese escritor que escribe:

«Muchas veces habrás leído en los billetes de las diligencias que los carruajes saldrán con el reloj de la Puerta del Sol, y, sin embargo, van solos, que el reloj no sale con nadie; y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja o de retraso. También te dirán algunos, que «llevan su reloj con el del Buen Suceso», y esto tampoco es verdad, porque a no ser el gas que alguna noche le suele quitar la luz, no sabemos de ningún otro personaje que se le haya llevado de allí.»

LAS CASAS DE LA PUERTA DEL SOL

Seguimos avanzando. Nuevos monumentos se levantan en su ruedo y nuevas fiestas y funerales se celebran en ella. Los monumentos son efímeros, como gallardetes de verbena, o como esculturas y obeliscos como de nieve. Se levantan esos adornos solemnizantes en honor del Regente Espartero en 1840, de María Cristina a su vuelta en 1844, de los regios enlaces de Doña Isabel II y la serenísima Infanta en 1846, siendo en esta ocasión cuando cubrieron la fachada del Buen Suceso con un hermoso pórtico y columnata, que reproducían los del Partenón.

Habiendo en esas fiestas hasta alguna figura simbólica representada por alguna persona humana, como el caso de aquella joven que representó la República federal y representando su papel cogió una pulmonía, de la cual murió.

En Gobernación sigue el Principal, y a la prevención que allí hay, en recuerdo de que allí vivaquearon los franceses, la llama el pueblo el «vivac».

A principios de 1848, y después del traslado de la Fuente Mariblanca a la plaza de las Descalzas, la Municipalidad hizo diferentes obras que cambiaron su aspecto. El piso desigual que antes había, se sustituyó con cuñas de granito y se colocaron alcantarillas de trecho en trecho, por las que se vertían las aguas pluviales que bajaban por todas las calles que confluían en ella; se ensanchó casi el doble las aceras del N.; se construyó, frente a la iglesia del Buen Suceso, entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo una plataforma, levantada del suelo media cuarta, hecha de asfalto, en forma de herradura, en cuyo centro se lee en caracteres de bronce, incrustados en el mismo asfalto, la siguiente inscripción: «Siendo corregidor de Madrid el excelentísimo señor conde de Vista-Hermosa, 1848», y se colocó en el centro de la plaza una magnífica farola que descansaba sobre una columna con pedestal de bronce dorado, preciosamente trabajada, cuyo zócalo de piedra berroqueña era, a la vez, absorbedero para las aguas; esta farola, alimentada con un gran mechero de gas, iluminaba toda la plaza con tanta claridad, que, como decía uno de sus contemporáneos, «puede leerse un escrito a gran distancia de ella».

Aparece la casa de Cordero, esa hermosa casa del Bazar de la Unión, que hoy es y entonces fué el asombro de todos. Se edificó sobre el terreno en que estuvo el famoso convento de San Felipe el Real, cuya área la señaló el mismo Felipe II el año de 1547. Su propietario fué el nombrado Maragato, don Santiago Alonso Cordero, bajo los diseños y dirección del entendido arquitecto de la Academia de San Fernando, don J. J. S. Pescador.

Dicha manzana se trazó ensanchando y regularizando notablemente las calles del Correo y de Esparteros, que antes eran estrechas y mal alineadas, rompiendo una nueva calle por la contigua plaza de San Esteban, y dejando otra plazuela al frente del costado izquierdo de la casa de Postas, con el fin de colocar en ella la fuente que estuvo en la Puerta del Sol.

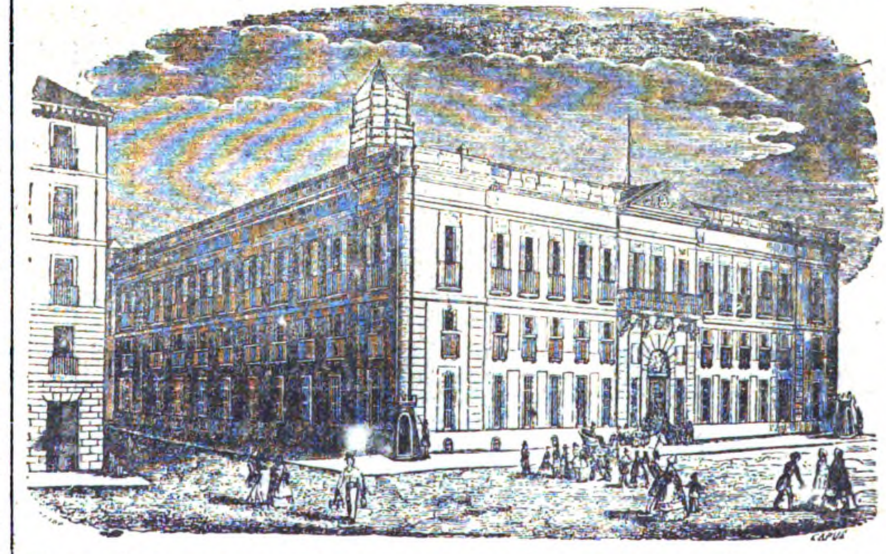
Todo el terreno del convento quedó para edificar, según la alineación aprobada por el Ayuntamiento, y se ha dividido en seis partes desiguales, labrando sobre cada uno de los solares una casa, de las cuales cinco forman un solo grupo, aparentando en el exterior ser una sola. La otra casa, que tiene su frente principal a la calle de San Esteban, no juega ya con las primeras, en atención a su mayor altura y a que tiene diferente decoración.

La fachada que da a la calle Mayor tiene en su centro un pabellón que coge cinco huecos de medio punto con archivolta, decorado con pilastras del orden jónico compuesto; el cornisamento arquitrabado completa el orden que comprende en su altura dos pisos, y forma el principal coronado de un piso ático. La imposta del piso principal de estas casas corre a nivel en todo el contorno de las fachadas, disimulando el fuerte declive de las calles de Esparteros y del Correo por medio de dos pabellones laterales en cada una, con arcos que cogen todo el basamento, compuesto de los pisos bajo y entresuelo.

Las seis casas mancomunadas en luces y aguas, tienen bien alumbradas sus habitaciones por siete patios, algunos de ellos bastante espaciosos, conteniendo todas en los pisos bajo, entresuelo, principal, segundo, tercero y guardillas, habitaciones cómodas, y algunas de ellas de grande extensión, incluyéndose en este número las tiendas, almacenes y grandes sótanos que contiene.

En el piso de la casa número 1 de la calle Mayor se encontraba un establecimiento de baños públicos, con piezas cómodas y decentemente amuebladas, habiendo en alguna de ellas dos pilas, y siendo todas de hermoso mármol con vetas rojas y amarillas de la sierra de San Felipe de Játiva, de elegante forma y labradas con esmero. Estos baños estaban bien surtidos de excelentes aguas, extraídas por una noria, cuyo pozo no llegaba a 60 pies de profundidad.

La manzana de casas tiene—y este detalle asombraba a los hombres del tiempo que la vió construir—286 ventanas y 100 vecinos, y el solar sobre que está construída, que, como hemos manifestado al principio, era el convento de San Felipe, subió en puja cuando la subasta a cerca de 17 millones de reales en papel por el decidido empeño, plausible por cierto, de don Santiago Alonso Cordero, que desea-



El «Espejuelo de Gobernación» y la Torre de Hierro, que llamó mucho la atención en su época.

ba levantar un suntuoso edificio con la crecida fortuna que había adquirido, aumentando así la riqueza pública, contribuyendo al ornato de la población y fijando su suerte y el porvenir de su familia, en una finca urbana de esta naturaleza, de esta importancia. ¡17 millones de reales, cuando ese mismo terreno costó, cuando se construyó San Felipe el Real, 900 modestos ducados!

Un detalle curioso de esa edificación, y que se refiere más que nada al maragato señor Cordero, es que su fortuna fué hecha súbitamente, como por el premio gordo de la lotería de Navidad, o más gordo aún, porque en aquel tiempo, que había mil combinaciones de premios, como la «quina» y el «ambo» de la lotería casera, sino que con más coincidencias de premios, en un solo cartón le tocó al señor Cordero la suerte en numerosas combinaciones y de un modo abrumador, tanto, que el Tesoro casi se declaró en quiebra para poderle pagar, y el Rey llamó al señor Cordero, y después de rogarle que por favor cobrase poco a poco a la Hacienda, maltrecha, una de las compensaciones que le tuvo fué la de este edificio.

Llega la Puerta del Sol del año 50.

(Ha habido realmente tantas Puertas del Sol como años han transcurrido.)

Pasan las grandes diligencias con la baca cubierta por un hule.

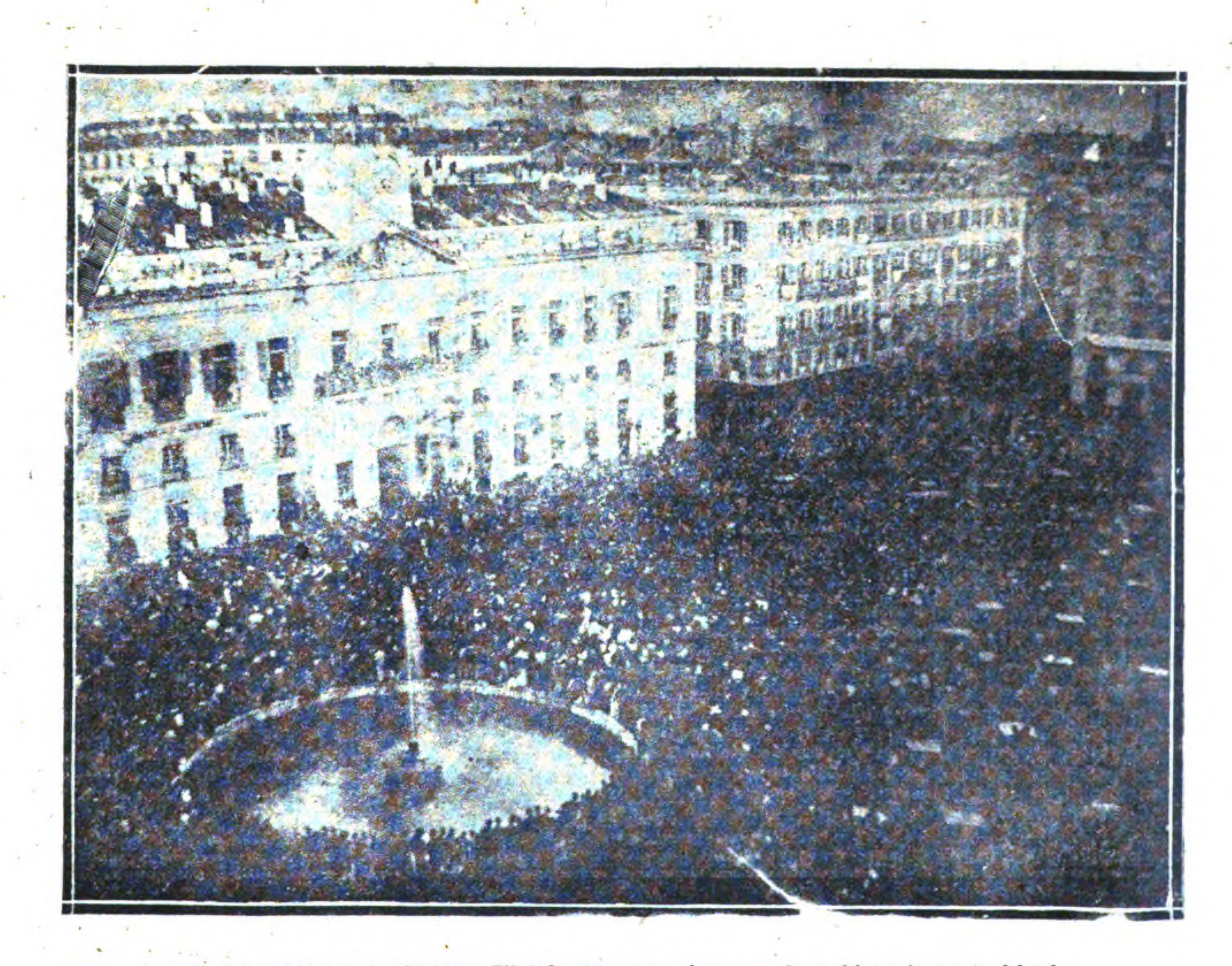
La Puerta del Sol está en plena época de decisión, de presentimientos, que ya pasan el límite del presentimiento.

«La Puerta del Sol—decía Antonio Flores—es de la misma familia que la Puerta Otomana, y ambas gozan el privilegio de estar siempre abiertas, sin que nadie acierte a cerrarlas y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.»

«La llave de la Puerta del Sol—continúa Flores—, no te canses en buscarla; ha tiempo que los vagos la arrojaron al mar del «il dolce far niente».

La Puerta del Sol es ni más ni menos que la tierra de Jauja, donde, como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

Su arquitectura no es ojival, ni romana, ni árabe, ni siquiera churrigueresca, por más que esto último parezca lo más exacto, atendido el arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es que no hay verdad ninguna, em-



ENTRADA DEL GENERAL SERRANO EN MADRID (1869).—Llegada de la comitiva a la Puerta del Sol.

pezando por ella misma, que es una solemne mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol se dejara llamar plaza de la Ociosidad, nadie extrañaría que fuese el verdadero pórtico de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del tesón con que ejercen su oficio llamándola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar más allá de la puerta.

Ella tiene, sin embargo, su etimología histórica, y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI; y si te paras a oírla, te dirá que era nada menos que la puerta de un castillo en el que había pintada una imagen del sol. ¡Pero quién hace caso de etimologías, ni de abolengos, ni de tradiciones históricas, hoy que al anochecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada!

¡Medrados estábamos si hubiéramos de perder el tiempo en averiguar el por qué de las cosas, cuando cada cual recibe el título de lo que debe ser con sólo ocultar las pruebas de lo que ha sido y presentar el testimonio de lo que está siendo!»

El día 24 de junio de 1860 se inauguró en la Puerta del Sol la otra fuente, la que hoy está en la Glorieta de los Cuatro Caminos, elevándose su surtidor, de 14 centímetros de diámetro, a treinta metros de altura, surtidor que excedía al de la fuente de la Fama de los Jardines de San Ildefonso, aunque no excediese a esa fuente de Ginebra, que sólo los domingos corre y que es como la pluma inmensa y vistosa del sombrero del domingo.

Esa fuente, que fué a parar a la Puerta del Sol, se construyó en la calle de San Bernardo, frente a la iglesia de Montserrat, cuando se trajeron las aguas del Lozoya.

Don Manuel Fernández y González lanzó frente a su elevado surtidor aquella frase de «¡Oh, maravilla de la civilización! ¡Poner los ríos de pie!» En efecto, el artificio y el caudal de su surtidor eran tan caudalosos, que a la media hora de correr con toda intensidad se inundaba toda la Puerta del Sol. Sólo corría el día del Corpus, el de apertura de Cortes y otras fiestas así.

Aquel surtidor, alarde de la presión del depósito del Canal, salía del centro del extenso pilón central, que se completaba con otros dos más pequeños y semicirculares, a los que vertía un caudal en forma de palmera de pasillo.

(Esa fuente, por fin, y con motivo de la traída de aguas de Santillana, fué reconstruída en la Glorieta de los Cuatro Caminos.)

LAS REFORMAS MAS IMPORTANTES DE LA PUERTA DEL SOL

Llega la hora de la reforma más seria que ha sufrido.

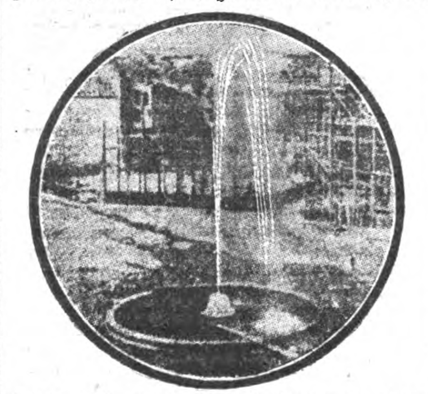
La reforma de la Puerta del Sol se inició por un decreto de 26 de mayo de 1856.

La reforma fué causa de la caída de un Gobierno y del estallido de una revolución y asunto de acalorados debates en las Cortes Constituyentes.

Al cabo de infinitos proyectos, de luminosos informes, de recetas técnicas, de extensos dictámenes y de planos que parecían planear la modificación de un mundo, la modificación fué modesta, y gracias a la falta de iniciativa de sus contratistas, no quitó carácter a la Puerta del Sol, terminándo las obras en 1861.

El Gobierno abonó las expropiaciones e indemnizaciones, reintegrándose luego con la venta de los solares, sobre los que se edificó. El Ayuntamiento abonó el importe de los metros que quedaban para vía pública y la urbanización de ésta.

El negocio fué airoso, aunque había subido mucho la propiedad de la Puerta del Sol, en la que las Ordenanzas de Madrid, publicadas en 1720, se da el valor de 12 reales al pie, tasándose en 80 los de la Plaza Mayor, pie que sube en el momento del ensancho y se vende a 400 y 500 reales.



Fuente de la Puerta del Sol, durante las obras de su reforma y ensanche.

El año 61, cuando se acabaron las obras de las casas nuevas, que fueron todas las comprendidas desde la calle del Arenal a la Puerta del Sol y la calle de Preciados, pusieron unos toldos amplios y rumbosos desde las tiendas de ese lado hasta el borde lejano de la acera, donde había unos soportes de hierro que los mantenían sostenidos. Era un paseo delicioso, con una sombra de procesión y de feria siempre.

Entre las mejoras que también se implantaron por entonces en la Puerta del Sol, una es la de los urinarios, que llegan muy oportunamente, porque las gentes están muy indignadas de que el contorno de la iglesia del Buen Suceso, que defendía una verja, sirviese de columna mingitoria, siendo aquel espacio el antiguo Depósito de las víctimas del Dos de Mayo.

Parece que al principio no se conocía la costumbre de orinar. Sólo las tapias podrían desmentir esta hipótesis.

Los urinarios aparecen muy tarde.

Los primeros que se establecieron en Madrid en la vía pública, estuvieron (según se ve en uno de los grabados que doy) en la Puerta del Sol, esquina a la calle de Carretas, en la acera del Principal (ministerio de la Gobernación), y otro entre las calles del Arenal y Preciados, siendo alcalde de Madrid el duque de Sexto—de ahí esos parecidos del gracioso dibujo que debo a don Eduardo María Segovia, gran madrileñista y nieto de «El Estudiante»—en el año 1863, estableciéndose más tarde otro en la calle de Alcalá. Eran de ladrillo y cal y sumamente sucios.

Mezclado a todo ésto no hay que olvidar que allí suceden los acontecimientos extraordinarios y menudos, y porque ya es en la Puerta del Sol donde se desarrolla toda la historia de España. Entre los sucesos extraordinarios, hay ovaciones y vítores, como el dedicado a Prim, y sucesos luctuosos como el de la noche de San Daniel, en que la tropa arremetía contra aquellos pobres chiquillos sin armas, que sólo habían cometido el delito de querer dar una serenata al rector de la Universidad.

Entre el bárullo de las diligencias y el corro de los esladores de la Puerta del Sol, llega el 1 de junio de 1871, día en que se inaugura el primer tranvía de mulas de España, tranvía de mulas que salía de la Puerta del Sol e iba al barrio de Salamanca.

Esos primeros tranvías tuvieron imperial. Por lo visto, los compraron en París, donde existía esa gran comodidad admirable para la perspectiva. Y aquel madrileño que fué sentado en la baca, bien se puede decir que vió mejor Madrid que nadie, hasta que volvamos a tener coches con imperial.

Claro que los «encuarteros», que esperaban en las cuestas a los coches con los pares de mulas de refuerzo se volvían locos, arreándolas para poderlas subir con tanta gente arriba y abajo del coche.

Costaba cuatro cuartos por sección, y como tenía ocho secciones, resultaban diez cuartos llegar al principio del barrio de Salamanca, o sean cincuenta céntimos. No pudiendo soportar su imperial, que le obligaba a llevar tres mulas, que, colocadas una al lado de otra, destrozaban el calzado con los rieles y se lo destrozaban, quitaron la imperial y la tercera mula, surgiendo poco después —el 77— el servicio «Estaciones y mercados», nueva Compañía que llevaba veinte céntimos por ir al Noviciado, y frente a la que surgieron los «Ripers» del célebre Oliva, que pone a diez el viaje al Noviciado, y como el otro entonces baja su precio, llega a ponerlos a cinco.

Recojo con cierta atención la inquietud del tranvía, porque fué muy viva inquietud de la Puerta del Sol, y se discutió en aquellos días mucho en los periódicos y en los corrillos si se debía llamar «el tranvía» o «la tranvía», y si debía escribirse con b o con v, siendo también objeto de la curiosidad pública un litigio sobre si los «Ripers», que eran unos tranvías que iban por enmedio del empedrado, podían utilizar los carriles de los otros, declarándose incompetente el Tribunal Supremo por fin, y quedando de aquel litigio esta cuarteta:

«El tranvía es el marido
y el amante es el «Riper»,
que se mete en los carriles
si el marido no le ve.»

LAS FIESTAS DE LA PUERTA DEL SOL

El gran día de fiesta de la Puerta del Sol es el día del Corpus.



La procesión del Corpus, que antes se celebraba por la mañana y ahora por la tarde, es muy fiesta de la Puerta del Sol.

Aunque no es el mejor sitio para colgaduras la Puerta del Sol—el mejor y el que tiene colgaduras más largas y más copiosas es la Plaza Mayor—, también se engalana para el paso de la custodia magnífica, que es algo como el alma de la ciudad.

El sol y sombra del día del Corpus, es un sol y sombra especiales, más enteros que nunca. Aquellos que se celebraron bajo un toldo que se ponía exprofeso en la Puerta del Sol, debían ser admirables.

Esa hermosa alhaja que como en todos los pueblos es la mejor de la ciudad, y que en Madrid fué hecha por el platero de la Reina, Francisco Alvarez, que la hizo en 1568, pasa por la Puerta del Sol con gran magnificencia. Parece una fiesta pagana al sol al pasar por la Puerta del Sol.

Ese día era cuando los vendedores de agua ganaban un millón en agua, que ya es ganar, metiendo y sacando en la vasera los vasos llenos de una vez, y echando en algunos aguardiente, porque hay muchos a los que les gusta eso por olerlo y por que el agua toma un color muy bonito, refrescante y cerebral.

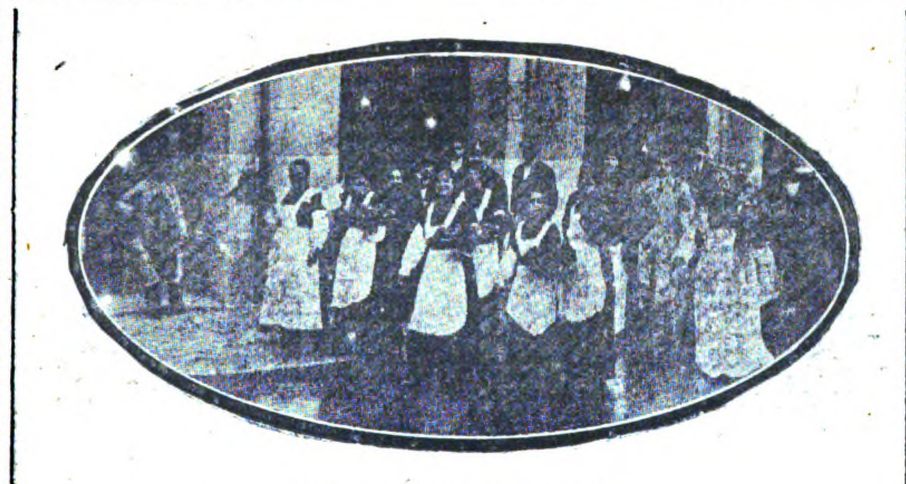
(Siempre han vendido agua en la Puerta del Sol, sólo agua, únicamente agua, exclusivamente agua, comercio maravilloso que se puede seguir con el agua de Madrid, con esa de la fuente del Berro y con aquella de la fuente de la Cibeles, que tenía fama de ser la más rica y que hoy está conservada y guardada como en una vitrina de museo.

Que se vendía agua siempre lo recuerdan unos versos de don Ramón de la Cruz:

«—Ahora en la Puerta del Sol
una visita le he hecho
de paso al tío Jaime, que
no hay en Madrid otro puesto
de mejor agua y más fría
ni yo hallo mejor refresco
ni más barato...»

MAS ANECDOTAS

El escritor Ochoa, en un librito que editó en París por entonces, se queja de que los cobradores de los tranvías tuviesen malos modales y les pidiesen el dinero diciendo: «¡Señores! ¡A aflojar la mosca!»



Las floristas de la Puerta del Sol.

Detalles típicos se ven en esta Puerta del Sol, que ya se parece tanto a la nuestra. Así pone en las paredes:

SE PROHIBE FIJAR CARTELES Y CUADROS

Siendo esos «cuadros» unos cuadros que se clavaban en las paredes como verdaderos cuadros, y en que en ausencia de carteleras se colocaban los anuncios de los teatros, anuncios que después eran pegados en las compuertas de los cafés.

El reloj de Gobernación lo pusieron hacia el año 67. ¡Todo está ya tan cerca de nosotros, y, sin embargo, parece tan antiguo! ¿Quién nos iba a decir que este reloj no existía hace unos cincuenta años? Necesitábamos tener el dato preciso y pensarlo para darnos cuenta.

El reloj de la Puerta del Sol llevó una marcha irregular durante varios años, sucediendo que muchas veces se paraba. Así le dedicaron este epigrama:

«—Este reló tan fatal
que hay en la Puerta del Sol
—dijo a un turco un español—,
¿por qué anda siempre tan mal?
El turco, con desparpajo,
contestó cual perro viejo:
—Este reló es el espejo
del Gobierno que hay debajo.»

El reloj del ministerio de la Gobernación resulta precisamente, por ser el reloj central, un poco reloj de ábaco de chimenea. Antes tenía una bola más fea, una bola que no era de oro como ésta. El relojero español que lo hizo, después de resolver el difícil problema de las tres esferas, necesitó hacer muchos cálculos para vencer un caso de perspectiva, por el que desde abajo se adelantaba o se retragaba a su hora el reloj, se pensó en que la esfera fuese negra y las manillas y las horas blancas, y por fin se resolvió que al ponerle en hora se contase con esa diferencia de apreciación que daba la perspectiva y que así resultaría bien.

Antes tenía ese reloj un «luor» más simpático, porque estaba iluminado por gas, que es por lo que está iluminada la luna.

Este es el reloj que ha marcado las horas más inquietas y decisivas de la historia de España, dejándolo eso tan imperterrito, y no consiguiendo nada que su campana tartamudee o cecee. Sólo los días de elecciones se pone un poco nervioso, y espera con impaciencia que sean las cuatro de la tarde y que comience el escrutinio. Entonces vuelve a su serenidad.

Frente a este reloj, y como en competencia con él, era como más reloj del tiempo aquel surtidor. Daba una gran vida a la plaza, y ponía de manifiesto algo así como la circulación de la sangre de la vida.

En los días de helada de Madrid se convertía en una palma del Domingo de Ramos, y los días de viento había ráfagas de lluvia en la Puerta del Sol.

Tan unidas estaban la fuente y el reloj, que en la víspera de San Juan era costumbre, al dar el reloj las doce campanadas, meter la cabeza en el pilón, porque daba buena suerte, y como última prueba de esa misma unión, recordaré que los de los pueblos de alrededor se decían, entre semana, hablando de la cita del domingo en el centro de Madrid:

«Ya sabes, a las tres de la tarde, «al agua».

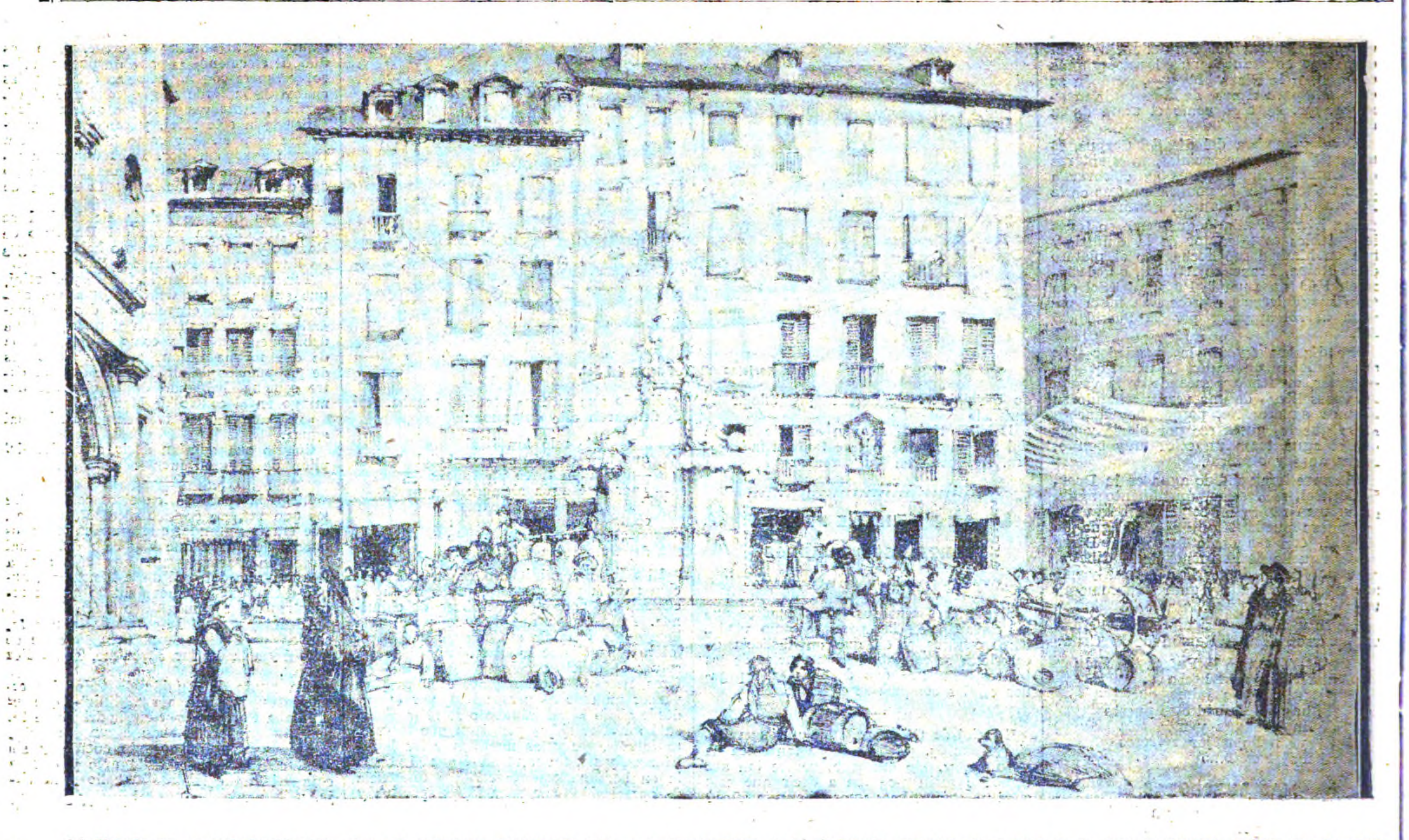
Con lo que querían decir alrededor del pilón de la gran fuente.

Llega la época de los otros cafés, entre los que más se destaca el café Imperial, que era tan grande, que ocupaba todos los huecos de tienda que hay bajo del actual Hotel de París, donde hoy sólo asoma una ventana del café de la Montaña (aunque dicen que el nuevo dueño quizás reconstruya aquel magnífico café).

Además, el café Imperial tenía tres fachadas, pues daba también a la calle de Alcalá y a la de San Jerónimo. Tenía diez relojes.

Era punto de reunión de todos los estudiantes, y había un violinista que se llamaba Fortuny, que era la delicia de todos, aunque protestaban algunos exquisitos y virtuosos de que sin cuerda y sin arco, sólo con el palo del arco y con la caja del violín, imitase al gallo y la vieja. ¡Gran pecado mortal!

El librero ambulante del café Imperial vendía de mesa en mesa «La condesita»!... «La chula»!... «Los misterios del Saladero»!...; y la vendedora de periódi



LA FUENTE DE LA PUERTA DEL SOL.—Grupo de aguadores descansando junto a la famosa fuente de la Mariblanca. Obsérvese en el grabado la calle de Carretas cubierta con un toldo, según costumbre de aquella época.



EL DÍA 2 DE MAYO DE 1808, EN LA PUERTA DEL SOL.—Interesante dibujo de la época que lleva la siguiente inscripción: «Pelean los patriotas con los franceses en la Puerta del Sol. Acometidos los franceses en este sitio por los patriotas, se traba entre éstos y aquéllos una sangrienta refriega, en que el valor y la indignación de los unos suple a la táctica y la disciplina de los otros. No obstante reforzados los primeros con numerosos Cuerpos de Infantería y Caballería que acuden de todos puntos, y con algunas piezas de Artillería, tiene el pueblo que ceder a la superioridad, después de haber causado gran destrozo en el enemigo.

cos gritaba: «¡El Cencerro! ¡La Esperanza! ¡La Tertulia! ¡El Combate!»; y el quincallero: «¡Objetos de dublé fino!»

En el entresuelo del Imperial había una casa de juego en la que se hizo riquísimo el señor Noguera.

En esa época del 1874 en que existía ese café Imperial, al que iba mucho el Frascuelo, o frente al que se paseaba con su chaquetilla llena de pasamanería, existía ya El Café Universal (a lo que el vulgo llamaba «El de los espejos», por los muchos que tenía, y en el que se reunían progresistas y republicanos) El Oriental, El de Correos, El del Comercio—moderno Lisboa—, el de Levante y el de las Columnas, antiguo Lorenzini, y actual Puerto Rico.

En el café de Levante hay muchas tertulias de madrileños de la clase intelectual y de la clase media. Era el más discreto y bondadoso.

De ese café—según tradición oral que he recogido—era un vendedor asiduo, y que no iba de ese café a los otros, como los demás buhoneros, «el Federal», un tío que vendía bisutería, gemelos, botones, pipas, y abriendo su gran caja iba diciendo: «Caballeros, ¿desean algo?»

Había también un óptico en ese café, un óptico que decía:

—Periscópicos y cilíndricos... Vista cansada y estrabismo... «Fine glacé» y de Bohemia... Biconcavos y biconvexos...

Un vendedor de corbatas es lo que nos resulta más extraño de ver en el café. Las exhibía de mesa en mesa, ofreciéndolas cada una a elegir a un solo precio, a peseta.

—Negras de gro superior... buenas, bonitas y baratas...

En el Levante se reunían alrededor de uno de sus veladores Abascal, Moya, Ortega Munilla, Reus, Ramón Sáez, Gómez Ortiz...

Una gran sociedad de gentes distinguidas llenaban los cafés, porque entonces el café era muy superior en comodidades, luz y grandeza a la casa.

En las aceras de la Puerta del Sol siguen los zurupetos, esos tipos que ha definido así un escritor:

«Esta especie de la gran familia mercantil, aproximación homeopática del capitalista, átomo invisible del comerciante y pesadilla perpetua del corredor y aun del agente, es numerosísima. La exclaustración, la ley de mayorazgos y las once mil Sociedades anónimas crearon esa nueva industria, que recibe, sin embargo, su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas que ocasionan las Reales órdenes no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defunción, y como en el cementerio de las clases pasivas no se depositan previamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros que van a resucitar a la Bolsa.

Allí se entregan.. primero a «ver»; luego, a «escuchar»; más tarde, a «oler», y cuando empiezan a «gustar» el sabor de los negocios, «tocan» las ventajas de alguna «prima», que apenas les alcanza en quinto grado de consanguinidad metálica.

Pero el zurupeto, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios

Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol, ya ha leído los periódicos extranjeros en casa de Monier y enterádose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé ni quien le pida un ochavo de hierbabuena. Los artículos de fondo de la Prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice que no es buen comerciante el que no observa el rumbo de la opinión pública, para calcular la vida del ministerio y las probabilidades del reemplazo, y todos esos datos sumarlos juntos para ver si dan por resultado el alza o la baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan poco ni mucho, porque él no juega ni la paga de cesante, que dicho se está que no es moneda corriente.

Un manojo de cartas y otro de papeles doblados a manera de póliza son de rigor en el bolsillo del zurupeto, y los saca sin cesar en presencia de las gentes para darse un golpe en la frente, como si le pesara haberse dejado en la cartera el más importante de todos. Si un amigo se acerca a darle los buenos días y a informarse de su salud, le contesta al oído y con cierto aire de misterio, ni más ni menos que si le hubiese propuesto alguna jugada.

Bullendo sin cesar y marchando de uno en otro corrillo, pasa la mañana hasta las dos de la tarde, que se dirige a la Bolsa, donde le veremos en otra ocasión, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.»

Por entre esos zurupetos tan bien descritos por Flores se paseaba el que vendía piedras para afilar las navajas de afeitar—hoy son piedras también, pero para los encendedores—, el de los lentes ahumados «para mirar los eclipses de sol», y los cerilleros, aquellos cerilleros—que han desaparecido hoy—y que gritaban: «¡A cuatro cuartos las de cien cerillas!», y aquellos que un poco después gritaban: «¡Baules y vagones por dos cuartos!», y «¡Por dos cuartos cerillas y un periódico!»

Hacia 1872, los periódicos que se voceaban eran algunos de los de hoy y «El Garbanzo», «Angel Primero», «El Cohete», «El Cencerro», «El Jaque-Mate», «El Trueno Gordo», «La Correspondencia», «La Regeneración», «El Diario del Pueblo», «La Reconquista», «El Apagador», «El Nuevo Papelito», «El Barón de la Castaña», «El Rey de Bastos», «El Tiberio», «El Gil Blas de Santillana», «La Torre de Babel», «El Matapillos», «El Moscón», El Chico», «El Buey».

El primer reclamo de la Puerta del Sol, el primer anuncio en la Puerta del Sol, despejada de esas peinetas de luz y de hierros que hoy la irregularizan y la abizarran, fué el pájaro artificial, el canario flauta del dentista Nogués. El dentista Nogués fué a la Exposición de Viena del 73, y allí adquirió un pájaro maravilloso, que colocó encima de las vitrinas de los dientes y dentaduras postizas del portal—el que hay al lado de Levante—, y todo un gran público se paraba a oir el canto incansable y modulado del pájaro.

Los ciegos abundaban entonces aún en la Puerta del Sol, y el que más se destacaba era Perico el Ciego, que cantaba coplas picarescas, y que cuando acababa de cantar y su lazarillo pasaba la bandeja, decía: «Ahora verán ustedes qué ruido de tacones se arma.»

Hacia el año 75 se inauguró el primer foco de luz eléctrica en la Puerta del Sol, el primero que había en España, un poco parpadeante, pero intensísimo.

Nuevos sucesos, pequeños y grandes, se suceden en la Puerta del Sol, pequeños como ese que relata un historiador de que un centinela colocado en una de las esquinas de la Puerta del Sol, un día de alarma, mató de un tiro a un pobre aguador que pasaba tranquilamente con su cuba al hombro. Reconvenido por aquella barbaridad, contestó muy serio: «Yo cumplo con mi obligación; a mí me han puesto aquí para evitar desgracias»; y un poco mayores como ese suceso de la Puerta del Sol el día 19 de junio de 1879, «En ocasión en que gran número de personas llenaban las afluentes calles de la Puerta del Sol, con objeto de presenciar el desfile de las tropas que habían formado en la revista verificada en obsequio de Sus Altezas Reales los Príncipes de Austria y de Baviera, ocurrió un siniestro espantoso, pues al desembocar la última sección del séptimo regimiento de Artillería montada, y en el sitio que hacía frente a la sombrerería del señor Galván, se inflamó inesperadamente la pólvora contenida en uno de los armones, produciendo la consiguiente detonación, tan terrible como alarmante. Los resultados de tal desgracia fueron la muerte de un artillero que iba sentado sobre el armón, quemaduras y lesiones de gravedad que sufrieron sus compañeros, y confusión entre los curiosos».

Más numerosas proclamaciones, vítores y festejos, dándose el caso entonces de que había mucha gente que se subía a los faroles. Cada vez está más animada, y para sentir otra vez su cascabeleo se puede reproducir en este momento el capítulo que la dedicó Edmundo de Amicis, que pasó por Madrid por esta época, y que sin conocer a nadie, como Amadeo italiano también era el Rey y amigo de Edmundo, sintió ganas de gritarle cuando le vió pasar en coche «¡Eh! ¡Eh!, que soy yo», porque resultaba extraño que estando en un país en que no se conoce a nadie, el único amigo sea el Rey...

«La Puerta del Sol—dice Amicis—es a la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que apunta el día, hasta después de media noche, hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las diez grandes calles que a la plaza afluyen, con tal movimiento de coches que aturde y marea.

Allí se encuentran los negociantes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se pasea, se leen los diarios, se caza a los deudores, se buscan los amigos, se preparan las manifestaciones contra el ministerio, se inventan las noticias falsas que dan la vuelta a España y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad.

Por las aceras, que son tan anchas, que podrían pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso a la fuerza. En el espacio que abarca una losa veréis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un corredor, un pobre, un soldado, todos formando un haz. Y pasan grupos de escolares, criados, generales, ministros, gente del pueblo, «toreros», damas; pobres vergonzantes que os piden limosna al oído para que nadie les vea; «Celestinas» que os miran con ojos maliciosos, sombreros que saludan, sonrisas, apretones de manos, frases alegres, voces de «¡fuera!» a los mozos de cuerda, o a los taberneros que atropellan con el barril a cuestas; gritos de vendedores de periódicos y de aguadores, campanilleo de diligencias, toses de viejo, ruido de sables, punteos de guitarras y cantares de ciego. Luego pasan los regimientos con sus músicas, el Rey después; más tarde se riega la plaza con inmensos chorros de agua, que se cruzan en el aire; y llegan los fijadores de los avisos

teatrales, y los vendedores de «suplementos», y sale un ejército de empleados del ministerio, y vuelven a pasar las bandas; se iluminan las tiendas, la muchedumbre se hace más compacta, se multiplican los codazos y crece el vocerío, el estrépito y la algazara.

Un hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, el pueblo de Madrid. El pueblo bajo viste como en nuestras grandes ciudades; los caballeros, hecha excepción de la capa que usan en invierno, se arreglan según la moda de París, y todos, del duque al escribano, del barbilampiño al viejo verde, limpios atildados, con pomadas y cosméticos, siempre enguantados, cual si a todas horas acabaran de salir del tocador. Bajo este aspecto se parecen a los napolitanos; hermosos cabellos negros, barbas muy bien cuidadas, y manos y pies de mujer.

Es raro ver un sombrero hongo pues casi todos son de copa alta. Bastones, leontinas, alfileres, dijes y bucles sobre la oreja, a millares. Las señoras visten también a la francesa, a no ser en ciertos días de fiesta. Las mujeres de la clase media usan todavía las mantillas. Pero los zapatos de raso, la «peineta» los colores vivos, el traje nacional, todo, ha desaparecido. Con todo, siempre son aquellas las mismas mujeres con sus grandes ojos, con sus manos y pies de niño; de cabellos negros, más bien blancas que morenas graciosas, esbeltas y vivarachas.»

Otro viajero portugués, Pinheiro Chagas: «Espero que ante este conjunto suene de pronto una orquesta, las mujeres saquen las castañuelas de debajo de sus mantillas; de debajo de la capa de los elegantes, la guitarra de Almaviva, y romperá todo Madrid «en una «malagueña», una «jota» o una «cachucha» desordenada».

Como se ve por todas las descripciones de la Puerta del Sol, de las gradas de San Felipe no han hecho más que bajar las gradas. Están las aceras de la Puerta del Sol más holgadas y diseminadas, con menos temor de que se les vaya a escuchar.

La política conmueve a esos grupos y hablan como artículos de fondo y gacetillas políticas. Aquel periódico ácrata que se llamaba «Tierra y Libertad» fué el que más influyó e hizo hablar a las masas de la Puerta del Sol. Hoy es «El País». El lado de los albañiles es el más perorativo y mueven mucho las manos manchadas de yeso, y con el reborde de la uña blanco de yeso, como si dijesen grandes mentiras. (Es lo que dicen los niños que produce esas pintas blancas de las uñas.)

La crisis es proverbial, que es lo que más les ocupa. Siempre hay crisis para ellos y siempre la discuten. Lo que más les gusta decirse cuando se encuentran es «¿Has visto? ¿Sabes? Crisis... Ya tenemos crisis otra vez .. Si esto no podía sostenerse...»

Lo que se pronuncia muy a menudo, señalando al ministerio de la Gobernación:

—Lo que es ese... Poco tiempo va a estar ahí.

Hay un diálogo de la Puerta del Sol, que inventó Flores, que reproduzco por lo eterno que resulta aun escrito hace ya bastantes años. Varios «solerinos» hablan de la crisis. Uno dice:

«—Era de esperar—dicen otros—. ¿Salen todos?

—Todos.

—¿Y quién entra a reemplazarlos?

—Pues está usted tocando el violón; ese Ministerio ha caído.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser; acabo yo de ver a..

—A quien usted quiera. Lo que yo aseguro a usted es que está formando Gabinete el general R...

—¿Y se sabe con qué personas cuenta?

—Es natural que lleve para Estado al marqués de M..

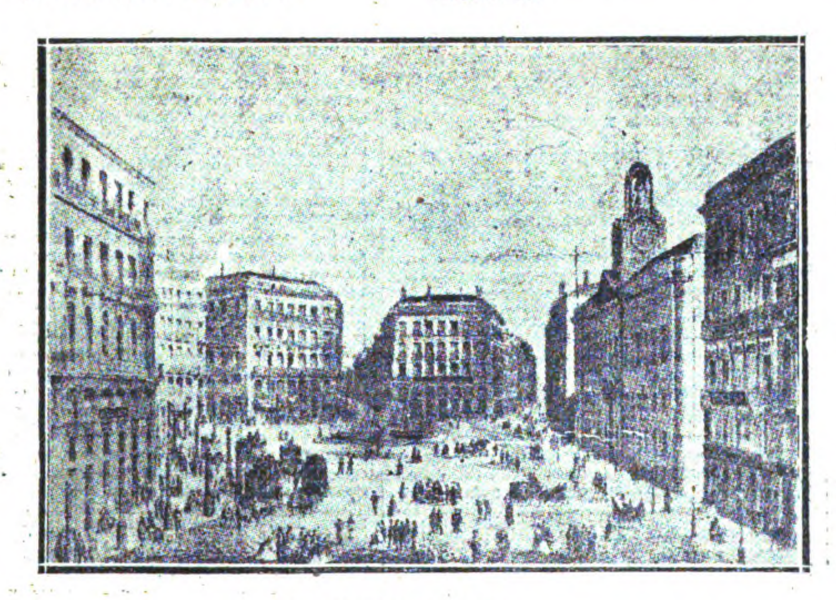
—¡Valiente calabaza!

—Para Hacienda a J..

—¡Santa Bárbara nos asista!.. No van a quedar ni los ochavos de tanteo para el tresillo.

—En Gracia y Justicia entrará L..

—¡Qué disparate!.. Harán renuncia todos los magistrados.



La Puerta del Sol en 1870.

—No se sabe.

—Calle usted—replica algún observador—. Yo he visto, hace cosa de una hora pasar hacia Palacio y muy deprisa, el coche del general R... Tal vez..

Antes de que el observador acabe de explanar sus conjeturas, ya se ha separado del corro un sujeto, que se acerca a otro grupo diciendo:

—¡Conque ya tenemos nuevo Ministerio!..

—¡Noticia fresca!—le replican—. ¡Si ayer trajo la «Gaceta» los nombramientos!

—¿Y por qué? Es de la carrera.

—Tiene usted razón; estudió leyes, y al único reo que defendió como abogado, pedía el fiscal la inmediata, y le ahorcaron de resultas de la defensa.

—Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.

—Verdad es. Siga usted diciendo. ¿Quién cree usted que entrará en Guerra?

—El mismo R.., que tendrá esa cartera y la Presidencia.

—¿Y en Marina?

—El general M..

—¿Y en Fomento?

—El general H..

—¿Conque cree usted que habrá tres generales?

—¡Como no sean cuatro o cinco!

—¡Cáspita!.. ¿Pues entonces harán ministro de Gracia y Justicia a algún general?

—¡No! Pero si el general R.. queda sólo con la Presidencia, y en el ministerio de Estado no entra el marqués...

Tampoco esperan los de este grupo a que acabe el preopinante de discurrir sobre lo que podrá suceder en la formación del Ministerio, y acercándose a los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:

—¿Conque saben ustedes ya los nombres de los nuevos ministros? ¿

—¿Es cosa segura?

—Me acaba de afirmar persona que tiene motivos para saberlo, que juran dentro de media hora.

—¿Y quién son ellos?... ¡Vengan, vengan!

—Guerra con la Presidencia, R...; Estado, el marqués de M...; Hacienda, J... Gracia y Justicia, L...; Marina M..., y Fomento, H..

—¿Y Gobernación?

—No se sabe.

—Pues falta lo mejor.

—Echarán mano de algún general.

—Es probable.

—Pues dígole a usted que será cosa de que todos aprendamos el paso de ataque y la carga a once voces.

—Amigo mío, es preciso andar con las circunstancias.

—¿Y cree usted que esta gente resolverá la cuestión?.. ¿Durarán mucho?

—Lo que la sal en el agua . Este Ministerio nace muerto.

—¿Tendrá mayoría en las Cortes?

—¡Qué ha de tener!.. ¡Ni veinte votos!

—¡Bah!... ¡Como den «turrón»!...

—No sea usted niño... Aunque den turrón..., se lo comerán, y luego.. a buscar otro padrino.

—Pues tendrán que disolver las Cortes.

—¿Quién lo duda? ¡Pues! si este Congreso nació muerto!

—En ese caso dígole a usted que para elecciones no nos alcanza el tiempo.

Y así, ni más ni menos, continúan conjeturando los del grupo acerca de la conducta que seguirán en el Poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol acaba de elevar a los primeros puestos de la nación.

De una noticia de crisis negativa, de un hombre que llega diciendo que ha oído hablar de crisis, pero que no lo cree, se ha formado un completo y al parecer positivo cambio ministerial y lo más chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia se la devuelven tan acabada y completa, que le es imposible adivinar su origen, y la da entera fe y crédito.»

Ya estamos colindando con la edad más moderna. Estamos en 1895.

En 1895 es cuando surge el proyecto de sustituir la fuente sopera por una farola,

proyecto que originó grandes protestas y controversias hasta en el Senado, pues el presupuesto de la obra—que después costó una cifra aproximada a esa—oscilaba entre 40.000 y 50.000 duros.

Hacia 1895 también pusieron dos leones de bronce, que como miraban los dos hacia el mismo lado, el uno quedaba tan ridículamente mirando a la pared, que los quitaron.

Epoca actual

Ya estamos en la Puerta del Sol de 1900. Ya aquellos aguadores que figuraron en la Puerta del Sol y que la dominaban, han desaparecido, sin dejar vestigios.

¡Cómo se han perdido los aguadores que tanto han figurado en los cuadros y los grabados de una época! Eran hombres buenos, cariñosos con los niños, incansables «carteros del agua», que subían escaleras y escaleras por quince céntimos, hombres de gran cadena de reloj y que, eso sí, después de echar en las tinajas su cuba de agua con la misma prosopopeya que si echaran una cántara de vino, se sentaban a charlar un rato con la cocinera. Simpáticos gallegos, alguno de los cuales, como Chamorro, aguador de la Fuente del Berro, llegó a ser más que ayuda de cámara y gracioso de Fernando VII, su consejero. ¡Ah, por eso se portó como un aguador aquel pobre Rey!

De la otra Puerta del Sol pasan a ésta elementos eternos. Son los mismos. Carmen de Burgos (Colombine), en su hermosa novela «Los negociantes de la Puerta del Sol», describe varios de estos tipos de esta manera:

«Desengañado al fin de conseguir la protección política, don Justo se había dedicado a la industria, había entrado en el círculo de los negociantes de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol era para él un refugio, un entretenimiento que le hacía pasar las horas sin darse cuenta. Contemplaba el espectáculo cambiante, pintoresco: sorprendía rasgos de las novelas de la vida de los que transitaban; se distraía con el desfile de tipos. A veces pasaba horas enteras entretenido en analizar los rasgos fisonómicos de los transeuntes; pero de una manera tan exigente, que encontraba un escaso tanto por mil de personas de carácter bondadoso e inteligente. Bien es verdad que en la cuenta no incluía a las mujeres, porque solían gustarle todas.

Aparte esta pequeña manía fisonómica, don Justo se sentía optimista en la Puerta del Sol. Lo invadía su alegría, su bullicio, que parecía poner una vibración eléctrica en el aire para comunicar mayor vida. Sentía la sensación de lo gran frontón que era.

—Aquí se puede uno sentir satisfecho—decía, olvidando su miseria—. Aquí se ve que hay elementos para poder trabajar y luchar.

A fuerza de estar allí él conocía ya todos los tipos habituales, todos aquellos pequeños comerciantes que vendían ingeniosas baratijas, restos de saldos, periódicos y otros mil objetos.

Lo sonreían como a un compañero todas las floristas y los golfos grandullones, que se entretenían en jugar a «La ruleta de la Puerta del Sol», frente al trébol de colores que ostenta con una manecilla movible la anunciadora que está encima del «Bar Sol».

Apuntaban en las hojas de ese trébol como en los números de una ruleta, y el capricho de la manecilla al pararse decidía la suerte de los jugadores, entre los que no faltaban ya algunos jugadores de ventaja que a fuerza de hábito sabían donde solía pararse con más frecuencia la manecilla, y explotaban a sus compañeros.

Eran lo que pudiéramos llamar la «cría» de la Puerta del Sol, los que han de perpetuar esa raza de «Puertasolinos» semejante a esos «Sampedrinos» de Roma, que a fuerza de vivir en las claverías de la iglesia de San Pedro forman una raza aparte.

Estos chicos de la Puerta del Sol parece que han nacido en ella. Herederos directos de Ginesillo de Pasamonte o de Marcos de Obregón, educados por Gil Blas o por Monipodio, son de una pillería tan amable, que se hace simpática. Tienen siempre una alegría que resiste al hambre y las privaciones. Se han acostumbrado a ellas y en tan juveniles años tienen ya algo del estoicismo de los faquires. Hijos de raza árabe, son fatalistas y esperan que caiga de gracia el pan de cada día.

Ellos conocen de vista a todos los políticos y literatos de valía: hablan de todo, discuten de política y de toros; tienen sus amores con esas chicuelas que lo mismo que ellos pululan por allí vendiendo flores, alfileres o periódicos; fuman, beben y se envician antes de desarrollarse. Tienen siempre los movimientos rápidos, la respuesta pronta. Llaman el coche que hace falta antes de que se lo digan, abren la portezuela, ofrecen periódicos, libros o baratijas, todo menos que los lleven al asilo o les hagan trabajar.

Ninguno se muere de hambre, como notaba don Justo, saben ingeniarse para vivir y hasta para entrar en los teatros y en los toros de balde.

A veces oía diálogos tan pintorescos como éste:

—¿Quieres ganarte unas pesetas?—le decían a uno.

—¡A lo que estamos! ¿Qué hay que hacer?

—Llevarme este bulto a mi casa, Plaza del Progreso, número...

No le dejan acabar.

—¡A ver que vida! ¡Llévelo usted si quiere! ¡Mis lomos no se han hecho para cargar!...

Y con su fiera independencia volvían la espalda y se ponían a hablar con otros compañeros en su *argot* especial, cuyos términos burlan la curiosidad del que no está iniciado.

Si van al servicio militar o van a la cárcel, hay la seguridad de que volverán allí; que no se apartarán de la Puerta del Sol, y si son ricos soñarán con tener allí sus casas. Ellos no son madrileños, ni españoles: son de la Puerta del Sol.

Todo pícaro acude a la Puerta del Sol como para perderse en una selva de gente. La Policía detendría a todos los criminales de Madrid sólo con esperarlos en la Puerta del Sol. Es allí donde se conciertan todos los robos y todos los fraudes. El falsificador de moneda actúa en la Puerta del Sol, y desde allí desparrama su caudal. Esos *timos* célebres e inverosímiles del *entierro* o del *Portugués* se dan en la Puerta del Sol. La grotesca combinación de los cilindros, fué allí donde dió más juego. En alguno de aquellos cafés se hicieron funcionar los dos cilindros metiendo entre ellos un papel; parecía que éste iba a salir liado como un cigarrillo; pero lo que salía era un billete de cien pesetas, reluciente, nuevo, recién hecho, fresco y como preñado de otros billetes, dispuesto a multiplicarse como las hojas de papel muy fino, que dan la sorpresa de ser varias cuando se creía que era una sola.

¿Qué significaba aquello? Lo cierto era que se hacía el milagro metiendo un papel blanco por un lado, salía por el otro un billete estampado y con su firma correspondiente, y se pagaba con él el café al mozo para prueba de que era auténtico, pues bueno había de ser cuando la Puerta del Sol. Cuando se averiguó que no se trataba de un juego, ya habían caído muchos incautos en el lazo. El billete era legítimo; pero la máquina no lo era. Entraba el papel blanco del tamaño de un billete, y lo que salía no era el papel, sino un único billete de cien pesetas, hecho en el Banco, y que, como convencía y engañaba, hacía soltar cuatro mil pesetas para comprar aquella máquina, que produciría billetes ya siempre.

Eran increíbles algunos engaños de puro grotescos. Una de aquellas Agencias se comprometía a tornar a una persona invisible... y hubo varios que se dejaron coger, descubriéndose al fin el engaño por un paleto, de la provincia de Toledo, que la emprendió a palos con los falsificadores.

El pobre hombre estaba enamorado de la alcaldesa, y encontró de perlas eso de ser invisible. Los inventores del procedimiento lo llevaron a su casa, y después de estarle dando varios días unturas, declararon que ya era invisible. El hombre salió entre los servidores y los amigos, reunidos a propósito, que fingieron no verle. Al llegar a su pueblo se fué sin más ni más a abrazar a su adorada... Cuando se curó de la paliza que le dieron, volvió a Madrid, y acabó, a su vez, a palos con la Agencia.

Todavía existen en las esquinas hombres que acechan el paso de un paleto, y después de contarle una historia fantástica, le dejan a cambio de unos cuantos duros como fianza el sobre cerrado con el capital que le confían... Que luego resultan algunos periódicos y papeles viejos.

No se puede uno fiar de nada en la Puerta del Sol, desde lo más grande hasta lo más sencillo. Existe la vendedora de periódicos viejos y atrasados, que los da como nuevos en el momento de subir al tranvía. Hay la vendedora de alfileres, que da un papel vacío, y la que ofrece décimos de Lotería atrasados, por el mismo procedimiento.

De la Puerta del Sol salían también los inventos más estrambóticos.

Don Justo había trabado allí conocimiento con un señor anciano, que pasaba los días enteros parado, ya en una esquina, ya en otra, de la gran plaza.

—No sé vivir fuera de la Puerta del Sol—le confesó don Diego, cuando el verse meses y meses les hizo conocidos—. Soy hijo de Madrid, me he criado aquí desde pequeño, que en lugar de irme a jugar al campo, como dicen que se hace en otras partes, me venía a la Puerta del Sol. Soy como un marino que no pudiera estar fuera de su barco.

Cuando intimaron más llegaron a las confidencias.

—Yo también he hecho un invento—confesó don Diego—; pero no me lo han dejado explotar.

—¿De qué se trata?

—Es la forma más original de anunciar, con menos coste que todas esas luces eléctricas y esos reclamos de los periódicos. Yo he inventado *el anuncio por el grito*.

—¿Cómo?

—Un grito artificial, lanzado por un fonógrafo de gran calibre, invención mía, que se coloca en el tejado de las tiendas que acepten el anuncio, y lo aceptarán todas. De pronto el aparato gritaría de un modo estentóreo «Gran sastrería Pallén, 8», y se oiría hasta el final de la calle de Alcalá... Pero el señor Ayuntamiento se opone, diciendo que eso molestaría al vecindario. ¿Qué ha de molestar? Pero entre tanto me encuentro con un invento, que es una fortuna inutilizada. Por puro patriotismo no lo he ofrecido ya a los Estados Unidos.

—¿Y qué piensa usted hacer?

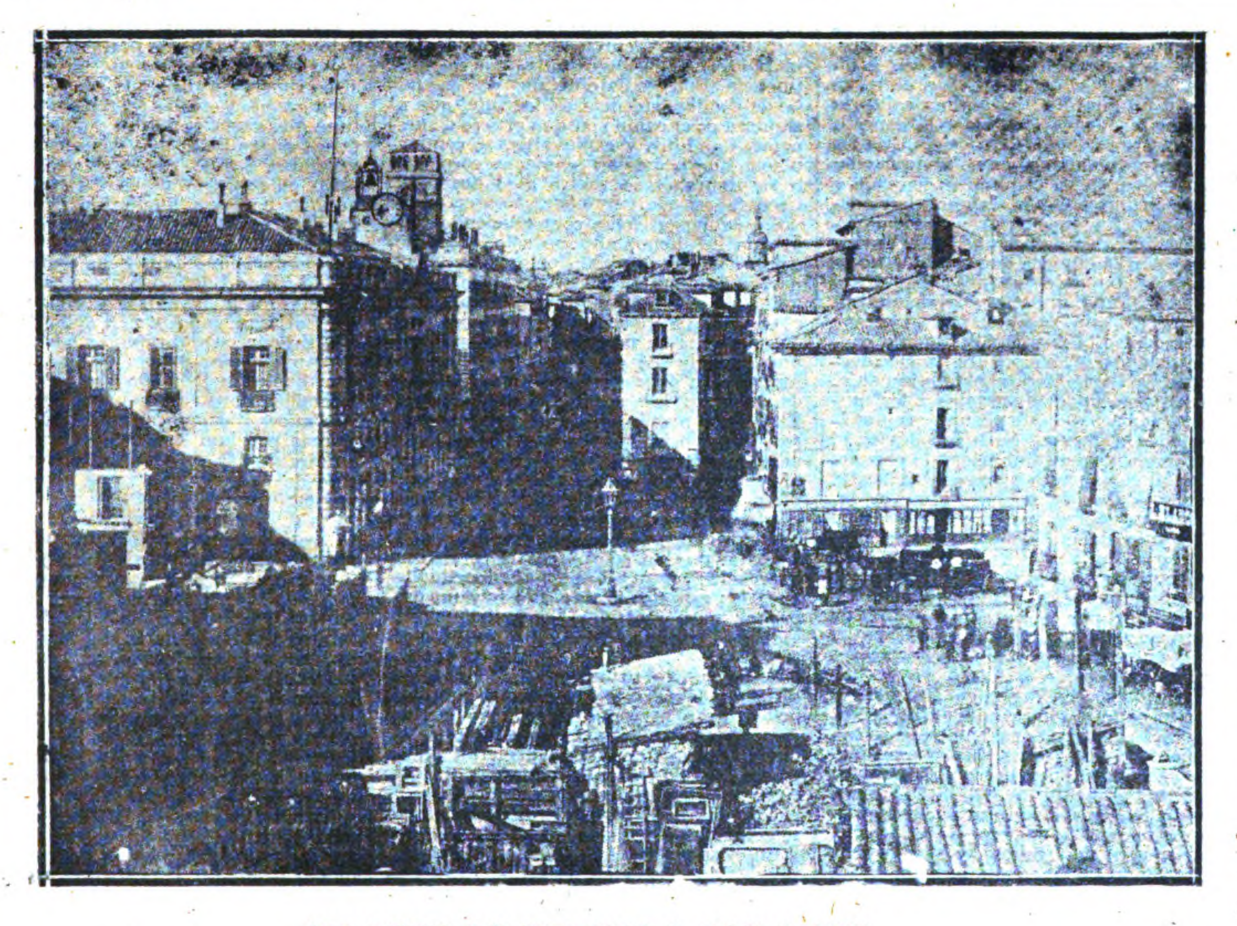
—Trato ahora sólo de ver la manera de adosar a mi aparato una especie de telégrafo sin hilos, que no necesite receptores y que podré hacer penetrar a voluntad en las casas, para que dé el grito dentro de los comedores y de las alcobas, sin que se sepa de dónde sale.

—De antemano sabe usted que es peligroso.

—Sí; pero al que despierten un día a las cuatro de la mañana para decirle «Tome usted pastillas Valda», no se le olvida jamás.»

Así son estos nuevos «solerianos» que la





Obras de reforma de la Puerta del Sol de Madrid el año 1857.

llenan, y entre los que está el vendedor de perros, el eterno vendedor de perros, «eterno», no porque se me haya escapado la frase hecha, sino porque en la Puerta del Sol ha habido siempre un mercader de perros. Varios historiadores nos hablan de este tipo, que antes tenía metidos en unas alforjas a los perritos, y que ya «hacía pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense, y teñirle la piel hasta dejarlo negro como el ébano, el gato por liebre del comercio canino», o sacaba del bolsillo izquierdo un perrito recién nacido y decía con voz de pavor: «¡Se vende el tigre!», y después, sacando otro perro tan pequeño del bolsillo derecho: «¡Se vende el león! Se vende.»

Ahora, ese vendedor de perros que se llama Abel, vendía antes libros misteriosos, que ofrecía con recato, con la mirada oblicua de su ojo único; pero tan descaradamente le han hecho la competencia los libreros de nuevo exhibiendo en pleno escaparate esas porquerías, que se ha dedicado a los perros exclusivamente, y vende sus perritos escuálidos, atemorizados, con el rabo entre piernas, cándidos como corderos, tanto, que parece que van a balar.

Casi no comen en esos días que dura la venta; se van quedando delgados, y desaparecen como en la metempsícosis si tardan mucho en ser vendidos. Es como esas madres que no quieren a sus hijos, y cuando todos los demás dicen «¡Qué monos!», les dirían: «De buena gana se los vendía... Porque a mí me están reventando, y ni siquiera los miro.»

El asfaltado actual es de 1900. En esta época es cuando la Puerta del Sol adquiere más plenitud, y llega a ser tanta su circulación, que aun sin fuente no pueden moverse casi los carruajes, y la llaman algunos «cocherón».

Pequeños e incontables sucesos se registran en ella. Ejemplo de suceso puede ser el de un hermano de don César Davara, que vive, fué perseguido por un toro que se escapó en plena Puerta del Sol hace años, y aunque ganó el portal del ministerio de la Gobernación, el toro entró tras él y allí mismo le mató.

Por esta época sucede en la vida privada de la Puerta del Sol un hecho menos castizo.

Junto al café de Correos estabá el Crédito Lyonnais. El Crédito Lyonnais, deseoso de quedarse con todas las plantas de la casa, intentó echár al dueño del café, para lo que ya había conseguido autorización del dueño de la casa, y se lo había notificado varias veces. El dueño le hacía presenté todos los daños que se le ocasionarían; pero el francés no cedía.

Así, cuando después de esa porfiada discusión se presentó de nuevo al francés, y este le repitió: «Que no, que no puede ser», él dueño del café le dijo: «¿Cómo que no? Sí. El que se va a ir es usted, porque he comprado la casa, y soy, por lo tanto, el que puede echarle.» El director del Crédito habló de su crédito; pero el dueño se mostró tan impasible como con él se mostraron antes, y por eso hoy está donde está el establecimiento bancario francés, pues como Crédito acreditado y con mucho dinero, sé hizo

una casa nueva, matando otro café allí también.

Aunque en la Puerta del Sol han asesinado a mucha gente, su asesinato histórico es el asesinato de Canalejas; otro asesinato como el de Prim. El otro renovador, el otro libertador demócrata, aunque firme, fué asesinado, no por un solo hombre, sino por el retardatario —que es como una idea o un símbolo.

Estaba parado frente a la librería de San Martín, como todos los días se iba parando en las librerías de la plaza de Santa Ana, calle de Carretas y en las de la Puerta del Sol, satisfecho de ir a pie y de ser el transeunte al mismo tiempo que el presidente del Consejo de ministros; el transeunte que compraba todos los juguetes de diez céntimos que encontraba a su paso. Los libreros le miraban y admiraban desde dentro, y los camareros de café le observaban desde lejos, quietos, desocupados y avizores con su servilleta en la mano.

El criminal —un ser que ha quedado inexplicable, porque se suicidó después de cometer su atentado y no tenía antecedentes—, le pegó un tiro certero, tan certero, que yo he oído a un gran médico unas palabras gráficas y consoladoras, de las que se desprende que no pudo ni siquiera sentir la muerte ni exhalar esas frases, estribillo de asesinado, que le han achacado. Murió silencioso, y, como decía aquel doctor: «Fué tan certero el tiro, que, si pudiese resucitar, seguiría leyendo el mismo título del libro que leía.»

Cayó sobre las losas de la Puerta del Sol, y en seguida fué llevado al ministerio de la Gobernación, donde se comprobó que era cadáver.

Hoy existe, sobre la antigua librería de San Martín, una lápida de bronce, que los amigos de Canalejas costearon y que Benlliure cinceló, para perpetuar aquella fecha del 12 de noviembre de 1912, en que el gran tribuno fué asesinado.

Aparecen ya en la Puerta del Sol los urinarios subterráneos. Esto marca una época. Hablemos, por lo tanto, de ellos, porque, ¿por qué no se ha de hablar de los urinarios de una cosa tan práctica, que recuerda a Urano, el séptimo gran planeta, y a Urania, la musa de la Astronomía?

Es necesario, sobre todo para inculcar en las autoridades la idea de su importancia, porque en Madrid van siendo suprimidos todos los urinarios; en una calle, porque se queja el comercio; en otra, porque unas señoritas se lo piden a un amigo influyente; en otras, porque se le ocurre a un guardia; en alguna solitaria e intransitada, por no ofender la honestidad de la luna.

El pobre ciudadano, cuya imaginación debía ir despejada, camina preocupado y en tensión buscando los lejanos burladeros. Se necesita tener un gran conocimiento geográfico de la ciudad para saber dónde están los únicos que quedan. No se comprende que esté justificado ese sitio con el sitio en que evacuar, por ejemplo, la elocuencia.

Se va contra la pureza del espíritu, contra su capacidad, su soltura y su elevación, no haciendo fácil, rápida e inmediata su despreocupación, gracias a los muchos urinarios. Así se crea una gran cantidad de continentes, de hipocondríacos, de iracundos, de atrabiliarios, de obsesionados. Muchas gentes, por esa arbitraria, desconsiderada e irracional manía de suprimir burladeros, se hincharán muy pronto y morirán de un ataque de uremia.

Las mujeres, sobre todo, en gran número, mueren así, hinchadas y sentadas en un sillón; por eso, porque en ellas no ha pensado nadie, y no encontraron el gabinete necesario; tratadas, sencillamente, como gallinas.

En Londres, en París, en Ginebra, y más que nada en las ciudades italianas, nos hemos encontrado constantemente con esa clase de burladeros. Todas esas ciudades resultaban por eso más humanas, más sensatas y sinceramente hechas para el ciudadano y no para una entelequia. El pasaje por ellas era por eso más firme, más confiado, más gozoso, y pensábamos que, teniendo así en cuenta al hombre, los regidores de la ciudad no podrían ser tan arbitrarios e injustos como en la ciudad en que no comprenden las necesidades del ciudadano y nadie está en todo.

No pudiendo ya las autoridades, siempre un poco inquisidoras y dominadas por la idea de la expiación, utilizar el «tormento por la esperanza» tal como lo define Villiers, ni el del «pozo y el péndulo» tal como lo pinta Edgard Poe, han inventado, siguiendo la pura tradición española que inspiró a esos dos escritores, esos dos cuentos que suceden en España, la tortura por la continencia.

El paseo, la excursión, la caminata exploradora, están angustiadas por esa abstinencia. Por ese bajo detalle, por esa falta de condescendencia de la calle, que ni siquiera es el campo en que el acto de despejarse es libre y explayable, la contemplación de las cosas es menos serena, y toda excursión se vuelve algo dura, sufriente, irritada.

Sin embargo, como contradiciendo todo lo que he dicho, aunque sólo aparentemente, se inauguraron estos nuevos urinarios de la Puerta del Sol hace cuatro años. No habrá más que dos o tres; pero esos van a ser espléndidos, capaces para dos millones de manifestantes, dispuestos para recibir las caravanas que llegarán formadas a ellos desde los sitios lejanos, desde todos los extremos de la ciudad. Este es el pueblo que construye una catedral en un pueblo sin casas o con casas pequeñas y miserables, y este es el pueblo también en que se provocan las aglomeraciones por la mala distribución, porque para ir a la barriada más populosa sólo hay tranvías que van por un camino y pasan por un solo punto de gran concurrencia; para despachar localidades para las grandes fiestas sólo hay un despacho; para recaudar las contribuciones se forman largas colas en la calle, etcétera, etc.

Estos nuevos urinarios, dotados de todos los adelantos de la ciencia, amplios, bellos, grandes como la estación central de un «metropolitano», y que después de muchos meses de valla surgieron en la Puerta del Sol, fueron inaugurados positivamente por el representante de la autoridad, que bajó el primero, acompañado solemnemente por dos maceros.

En el subsuelo de la Puerta del Sol sostienen las gentes en serio que hay una mina de oro. El gran escritor Luis Bello ha hecho sobre esto una novelita.

Quizás es que los inventores de minas que se reunían en la Puerta del Sol inventaron una mina más allí mismo, y encontraron cándidos que lo creyesen.

Allí se han corrido muchas minas de todas clases, y el «tengo una mina que sólo en comisión me puede dar un millón, y a usted, si logra quien la quiera, medio» es cosa que mantiene á un desgraciado toda la vida, no dejándole que se fije en lo poco que come todos los días.

Los más iniciados sostienen que es debajo del ministerio de la Gobernación donde existe esa mina, lo cual no es absurdo si se refieren al oro que se renueva y se prodiga en el «fondo de reptiles», esa fortuna que gasta el ministro en sostener los falsos anarquistas que denuncian, siguen y venden a los verdaderos.

En el subsuelo de la Puerta del Sol, aunque no haya una mina de oro, hay muchas cosas. Hay, próximo al sitio en que estuvo la fuente, una galería de amplias dimensiones, que tiene comunicación con la general del Canal, que bajando por la calle de la Montera, cruza la Puerta del Sol, siguiendo por la calle de Carretas. En ella cuentan que se pretendió, no hace mucho, establecer un bar subterráneo, haciendo juego con los evacuatorios —también construídos hace unos cinco o seis años, y debajo de uno de los cuales, el más próximo a la calle Mayor, existe en otra planta más profunda una instalación de motor y máquinas para comprimir el gas que alimenta a las grandes farolas de la Plaza—; pero el Ayuntamiento negó el permiso. Hay también las siguientes alcantarillas: la de mayor importancia, que es colectora, viene por la Carrera de San Jerónimo, y sigue por la del Arenal, afluyendo a ellas las de la Montera y Alcalá, desde la de Sevilla, próximamente. Las restantes son las de Espoz y Mina, Carretas y Correos, y otra auxiliar, que está situada en la acera Sur y recoge las aguas procedentes de la de Preciados y Carmen.

Debajo de la Puerta del Sol, lo que hay más es agua, quizás una verdadera mina de agua.

Cuando las obras del Metropolitano, de vez en cuando salía un chorro copioso de agua, y no daban abasto las bombas con que achicaban y achicaban el agua.

Pudieron naufragar todos los trabajadores del subterráneo.

Las venas de aquellas fuentes que tuvo, en vez de ser desviadas, han sido tapadas como esas heridas imposibles de cerrar después de cortadas.

Esa lápida que hoy se conserva sobre la fachada principal de Gobernación y a un lado, es la que se colocó ahí por suscripción del Círculo de Bellas Artes, cuan-

do se celebró el centenario del 2 de mayo de 1808.

Un día, en 1916, quitan la farola, y poco después aparece una valla a un lado de la Puerta del Sol, en que pone: «Inauguración del Metropolitano Alfonso XIII. Octubre de 1919.» Una grúa eleva su cabeza y cuello de jirafa por encima de la valla, y se oye ya continuamente el ruido de grúa de puerto en un fabril—no febril—ajetreo.

Las paralelas nacen en estos años.

Un día aparecieron formadas y marciales.

Antes era un abuso y una rebatiña, saltando el hermano sobre el cuerpo del hermano para subir al tranvía, todos formando un grupo compacto, aglomerado, del que salían cincuenta pies que buscaban el estribo para subir. Allá, en la esquina del ministerio de la Gobernación, la lucha era épica.

Con las paralelas, eso se organizó.

Este pueblo, tan terriblemente independiente, y que tiene un primer pronto de lo más cerril que se conoce, protestaba a todas horas de la colocación de las paralelas: «¿Es que se creen que somos borregos?» «¿Es que nos van a tratar como a una recua de animales...?» «¡Yo no subo más al tranvía, así me maten!...»

Risas, mala intención, burlas, chirigotas, acogieron estas paralelas, que representaban la ley justa de dejar el primer sitio al que esté antes, en vez de al más bruto; al que peor zancadilla sabía echar; al que más atropellaba a los demás.

—Nuestras vidas son paralelas, queramos o no queramos—decía el filósofo.

—Esto es para hacer gimnasia—decía el gracioso.

—¡Que a una señora la hagan hacer este «paripé»!—decía una mujer con sombrerete.

—¿Y hasta cuándo estaremos aquí?—decía la impaciente, exagerando su impaciencia.

¡Qué bella novedad la de las paralelas en aquellos días! Fué un gran invento. Eso, más que en París, lo había visto en Nueva York algún concejal.

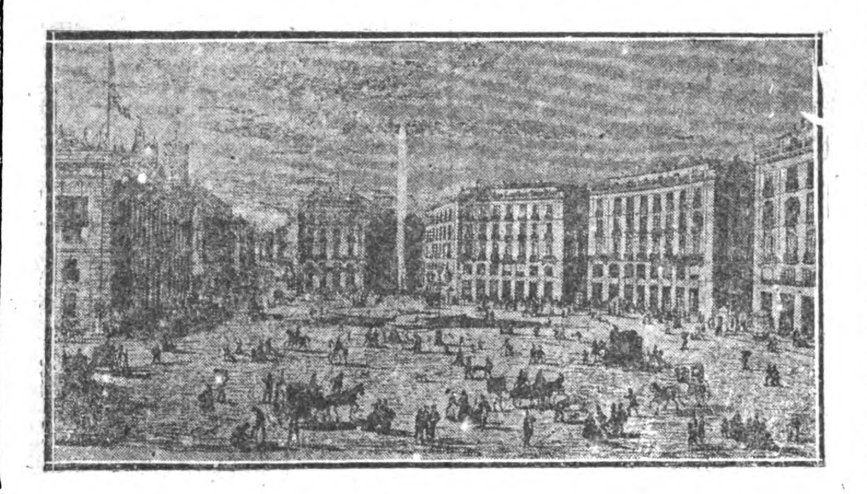
Ya era sereno, tranquilo, reposado, sin arbitrariedad, el tomar un tranvía.

Los guardias mantenían el orden, y un coronel de los guardias municipales gobernaba el puesto, el puesto más difícil de Madrid, lleno de insultos, de protestas, de nuevas interpretaciones de un derecho visiblemente claro. Todos, aun con el régimen riguroso de toriles separados, querían cometer alguna arbitrariedad.

Los hierros fuertemente encajados en tierra de las paralelas comenzaron a moverse, a torcerse, ser arrancados de la tierra. Aquella multitud era más fiera que las fieras, y entreabrían los barrotes de la jaula.

Hubo días de asalto, de polémicas terribles, en que esos guardias municipales resistentes e incansables fueron promovidos a un grado más sobre el campo de la refriega y se les impusieron varias cruces. ¡Cuántas explicaciones, cuántas homilías, cuántas fuerzas gastadas en contener a viva fuerza a los intransigentes!

¡Qué domingos los primeros domingos de paralelas!



La Puerta del Sol el año 1864.

A las ocho de la noche de los domingos, toda la multitud desparramada por las calles formaba una larga fila en el orden que iniciaba cada paralela, y toda la larga hilera ponía empuje cuando sentía que disminuía un poco el largo ejército. Los guardias eran lanzados contra los estribos, y sólo el ver arrancar el coche ponía un poco de sosiego en la multitud.

En aquellos días había algunas personas muy listas que iban a tomar el tranvía al final de su recorrido, que por lejano que estuviese, ganaban tiempo sobre los demás. Sólo sucedía a veces que había alguien tan torpe y obcecado, que hacía un viaje de retroceso que equivalía al que hubiera tenido que hacer de avance buscando su casa.

¡Qué inquieta aquellos primeros días la gente de las paralelas! ¡Cómo rebullía entre las barandas de hierro, a las que hacían sonar como a campanas! ¡Jamás habían entrado ellos tanto en un redil!

Eran la novedad de Madrid aquellas paralelas que distribuían a la gente del «me da la gana», a la que nadie jamás había ordenado.

Esas paralelas tuvieron desde el principio la corrupción humana de su paralelismo. En Cuatro Caminos se juntaban casi todos, y los que no, en Chamberí, también por Hortaleza o por Fuencarral.

En seguida, esas paralelas se convirtieron en una especie de juego a cara o cruz. A unos, lo mismo les daba el 17 F. que el 17 H., y otros, lo mismo el 15 F. que el 15 H., y a muchos, los cuatro, porque los cuatro les llevaban al sitio a que querían ir; pero como habían tenido que situarse en un casillero, esperaban con avidez qué numero se iluminaba para ellos en lo alto de la calle de Carretas, esperando a que avanzase un poco el 17 o el 15 para saber si era el que les correspondía a ellos o al de al lado.

Como en el juego, a veces se daban numerosos 17 F. seguidos, y otras veces 15 H. o 19 H. y 18 F., que para el apremio de los más son números neutros.

Poco después de inventadas las paralelas, y en vista de las protestas de los que tenían que mojarse o sufrir el sol allí quietos, sin poder buscar la acera de sombra de la calle de Carretas, como antes, hubo que poner una techumbre a los largos pasillos de la espera.

Y un día apareció en la Puerta del Sol un chamizo, un tapadijo, una especie de montera de madera que se continuaba con un toldo de hule para cobijar más gente. Aquello acabó de pacificar al público y pacificar a la gente.

La institución resulta ya perfecta, desde entonces. Ya todo el mundo acepta su deber, y ha comprendido cómo era eso necesario para armonizar su derecho con el de los demás. Sólo hay unos canallas, unos verdaderos chulos de mala pata, unos de esos listos atontados, que se creen listos porque abusan de la condescendencia, llevada más allá del límite y de la imposibilidad de perseguir al monstruo, que se suben al tranvía cuando éste sale de las paralelas, más allá del campo de la autoridad; tíos a los que debía volvérseles vergüenza y rubor agriado ese orgullo que ponen en burlar la vigilancia y en subir al tranvía cuando aún quedan allá, en las paralelas, muchos que han respetado el derecho de los demás.

No estando oculta para nadie esa ventaja que se puede gozar en ese trecho, son muy pocos los que recurren a ella. El que se aprovecha de eso se pone más allá del extremo de la dignidad; hace trampas demasiado deshonrosamente a la vista de todos, y yo si hubiese caído en un abismo al empujarle, le hubiese empujado muchas veces, sin piedad ninguna.

La Puerta del Sol tiene un milagro.

El milagro de la Puerta del Sol fué que en una ocasión—por estos años—se cayó un gran pedazo de cornisa, en plena hora animada, y no mató ni hirió a nadie. ¿Se puede dar mayor milagro? Como la Providencia mantiene a los «portasolinos», la Providencia los defiende. Son los hijos de la casualidad.

En la Puerta del Sol, viendo pasar una procesión, un entierro o simplemente en día de gran circulación, se pierden las niñas... Que se quedan solas, llorosas como en medio de la plaza en que se celebraba como una capea de pueblo como atemorizadas ante el toro de la autoridad que las lleva a la Comisaría.

El portal del Bazar de la Unión es en la Puerta del Sol el sitio de cita de la pelandusca misteriosa con el viejo. También es sitio de cita para los grandes plantones, y es el gran refugio entretenido los días de lluvia. Hay algo del Mentidero antiguo que había encima de él.

Algunas horas de la Puerta del Sol

DE MADRUGADA, EN VISPERAS DEL ALBA.—Se torna tan fluido su aire, que se oyen los pitidos de los trenes de todas las estaciones.

Se ha quedado sin tranvías, y se ve que los rieles parecen delgados arroyuelos...

EL ALBA EN LA PUERTA DEL SOL.—He vivido muchas albas en la Puerta del Sol, porque yo, que no abro las ventanas en la madrugada, aunque siempre estoy trabajando a esa hora, porque eso corta mucho la cara, y hasta por esa sola rendija que queda en los balcones entra la afilada hoja de «Gilette» del alba; algunos días necesito refrescarme con agua de aurora, porque éso está en mi tratamiento de médico espiritual de mí mismo.

En las vaquerías del mundo ordeña el alba, preparándonos el desayuno de la mañana.

Es cuando más aparece el color de desierto que tiene oculto durante todo el día su ruedo. Al ministerio de la Gobernación le sale la viruela española, y se le ve a su piedra más picado de ella que a ninguna hora del día.

El tornasol del alba es, sobre la Puerta del Sol, como otra especie del arco iris. Esa cosa que hay en el alba de dar a la llave de la luz eléctrica, y ¡zas!, es en la Puerta del Sol donde más resplandece.

Los focos están muertos como los tábanos de la noche, como esos tábanos más pequeños que se mueren también en su alma de luz.

¡Qué rojizas y qué como carbones encendidos se quedan las bombillas eléctricas en el alba, todas esas bombillas que por una orden del Gobierno adornaran las puertas de los portales hasta un año después de la paz!

Como el alba es lo más condensado del pasado que hoy vuelve a surgir todos los días, toda la historia de la Puerta del Sol.

Los coches simones pasan con sus faroles verdes, en cuyo fondo vive aún la lamparilla de la noche, las mariposas de aceite flotantes en la noche, como en el pasillo de la casa.

DE SIETE A OCHO.—A esta hora salen algunas mujeres a una compra rápida de los churros o a las misas tempranas, y se atreven al salir de cualquier modo. ¡Oh, si las viesen así los que a las siete de la tarde lo más temprano las suelen ver!

A las siete de la mañana nos cuesta trabajo quedarnos en la Puerta del Sol, pues a esa hora siempre parece que se sale a hacer visitas a las monjas, a oir los carraspeos de las Franciscanas Clarisas, que se levantan al frisar la claridad del día.

Es cuando aparecen los periódicos más tempraneros, y en la esquina de la calle de la Montera, frente al kiosco que hay allí—como vuelve a suceder después de siete y media a nueve de la noche—, se almacenan los grandes paquetes para el consumo rápido e inmediato—pues en la plaza de Pontejos es donde está el gran almacén.

Entre las vendedoras de periódicos y los vendedores corren los vasos de aguardiente, que llevan a sus almas la fuerza del nuevo amanecer en la vida.

Se ven lo sucios que son los humos. Pasan las burras de leche, las auténticas, las siempre vivas burras de leche, pues aunque parezcan un mito, después de pasada la edad de luchar con la muerte que mata a los niños, no lo son. Pasan sonando sus cencerros de amas de cría, y con ese saco puesto en los cuartos traseros, como una caperuza.

A las siete de la mañana, entre las que cruzan la Puerta del Sol, más como una explanada en la que siguen la vereda justa y estrecha del trabajo, están las asistentas, esas que trabajan tanto y tienen un subido color tierra y veinticinco arrugas en la frente.

Pasan las niñas hacia sus colegios, y los grandes ómnibus de los grandes y caros liceos también pasan cargados de ellas. Son las únicas que se levantan muy temprano todos los días.

También pasan otras niñas más pitongas, niñas que ya no van al colegio, pero que mantienen la curiosidad de la mañana, y salen con la cocinera hacia los mercados ansiosas de ver lo que aún queda en la calle del trasnoche de anoche.

Es cuando más se ven las muchas casas de seguros que existen.

A las siete y media parece la Puerta del Sol de Cádiz.

Poco a poco la mañana se va aclarando. Pasa el carro de la compra de los cuarteles. ¿Cómo iba a bastar una cesta para un cuartel, por grande que fuese?

A esa hora en que con el nuevo día vuelve a sorprender la nueva mañana, es cuando más se ven las armazones de los anuncios.

De siete a siete y media de la mañana pasa ese fraile que asistió a la fundación de la ciudad; ese fraile que es como su primera piedra. Ya muy pocas veces se le ve después; pero de siete a siete y media, es seguro que se le verá en la Puerta del Sol, como si acabase de entrar por la verdadera puerta antigua, como si viniese de San Jerónimo y hubiese salido nada más que para abrir la ciudad, porque él es, indudablemente, el que tiene la llave le hierro mohoso.

Los curas miran sorprendidos a los frailes, y hasta se vuelven para mirarlos mejor.

A esta hora salen, equivocados, a pasearse, los médicos de pueblo, con sus barbas de médicos de pueblo.

A las ocho de la mañana hasta las caras de las bellezas resultan por algún concepto, muy graciosas, risibles.

Antes era, a las siete, cuando se limpiaban los cafés. Ahora se ha retrasado un poco. Esa limpieza es terrible. No abren muchos días las ventanas, pero arman allí dentro un zipizape terrible, levantando el polvo de todos los antepasados, de todas esas generaciones que han pasado su vida en el café y han escupido en él. Parece que tratan sólo de mullir el polvo, como se mulle la lana de los colchones, vareándolos. Todo el polvo vuelve después a su sitio de nuevo.

A la puerta de todos los cafés se paran a esa hora los carros de las traperas—de las traperas más privilegiadas entre las traperas. Carritos bajo los que va un perrito, más blanco que negro, y que es suficiente para defender su basura. A alguno de esos carros se acerca algún desgraciado vendedor de periódicos con su escudilla, para que la trapera le dé su desayuno de entre lo que saca de los cafés.

LAS OCHO DE LA MAÑANA.—Hay unos curas de la temprana mañana, que son los que pasan a esta hora por la Puerta del Sol. Han tenido que decir la misa de siete, porque son los más miserables y los menos favorecidos por nadie. Pasan fumando, en cambio, el cigarrillo delicioso de las ocho de la mañana, después del chocolate.

Algunos militares pasan hacia los cuarteles, y los asistentes pasan con los churros del desayuno tempranero del oficial.

Es cuando rompe el sol los días que parecían turbios y encapotados, los días que tienen remedio.

Cruzan la Puerta del Sol unas palomas, que sólo vuelan sobre Madrid a ésa hora, palomas que no se sabe dónde estaban ni dónde van a parar. ¿Serán quizás las de palacio, dedicadas al plebeyismo por unas horas?

Los obreros pasan zapatilleando mucho, inconscientes en la inconsciencia de esa luz de la mañana, y fumándose todos ese primer cigarro de la mañana, que devuelve el gusto a la vida.

A las ocho y media ya se puede desayunar en los cafés. Se sientan allí los maestros de obras, los yeseros, los que venden ladrillos rojos, amasados con sangre de toro; los corredores de carbones. Muchos llegan un poco tarde a la cita con otro, y dicen: «¡Hombre... Hay qué disculpar... Es la hora que se concede de cortesía.»



Las monjas que han oído ya varias misas, salen a pedir, cogiéndose las faldas de un modo absurdo, quizás porque es el modo de coger los manteos, no las faldas. Muchas van como con la cabeza metida en un cucurucho de papel. ¡«Bouquets» místicos! Alguna es la hermana cocinera, y lleva un gran cesto más blanco que ninguno. Las hermanas de la caridad van a relevar a sus compañeras, las que han pasado la noche junto al enfermo grave, quizás muerto, en la madrugada.

Pasan muchos chicos con cajas, promontorios de cajas, numerosas cajas, infinitas cajas vacías. No sólo por las que se ven a esta hora, sino por las que se siguen viendo durante todo el día, se piensa que Madrid es la ciudad en que más cajas vacías se gastan, como si se alimentasen muchas gentes con el vacío de esas cajas.

Pasan ya buscando el sitio en que desayunar los hombres de los paquetes envueltos en hule negro.

DE OCHO A NUEVE. Inunda el mundo un gran ruido de tráfago, y la Puerta del Sol parece una estación de gran tráfico humano que se despierta completamente.

Es cuando limpian el ministerio de la Gobernación, y eso le humaniza, como si fuese una casa particular cualquiera. Vuelan los plumeros como pavos inquietos, y las alfombrillas son sacudidas sobre el vacío de la Puerta del Sol.

Aparecen ya mujeres tan rosas tan rosas, que parecen más enfermas que las amarillas o pálidas.

Pasa la que usa sombrero de profesora como una gallinita que corre.

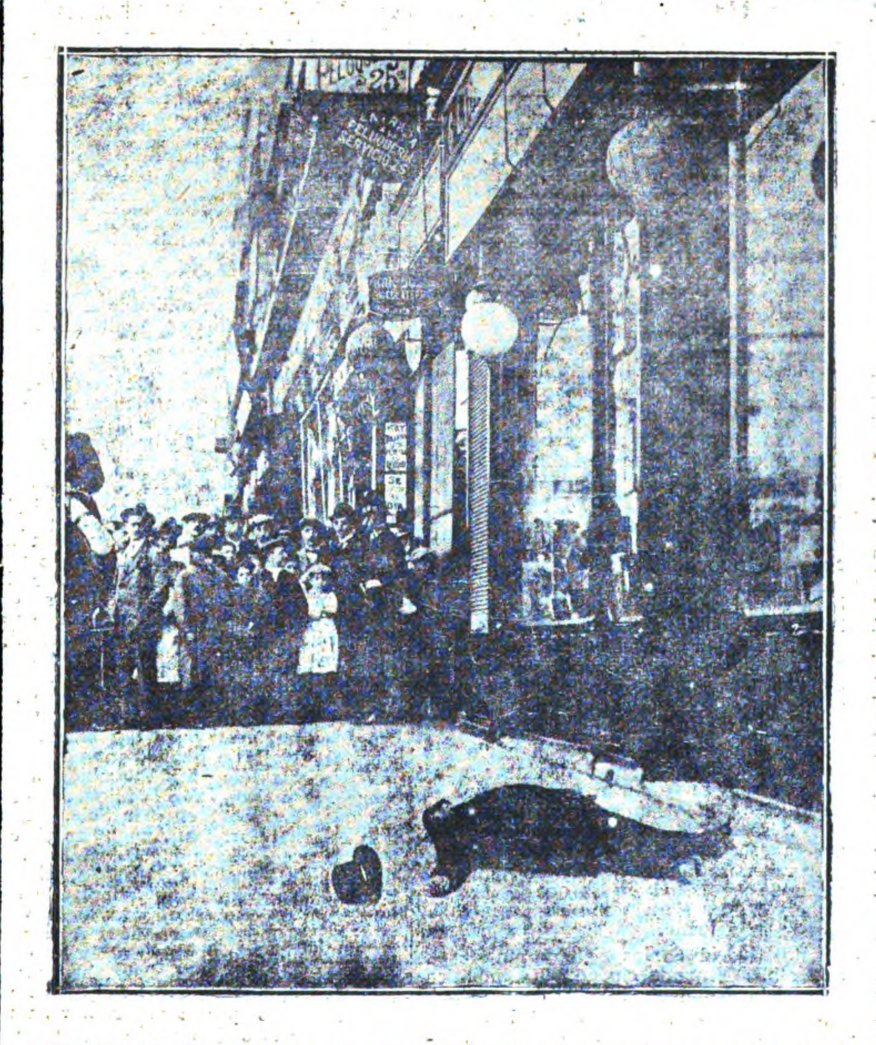
Pasan los hombres con sus herramientas con el oficial detrás.

Los que van a poner un luna nueva, pasan a esta hora, para que cuando se asome el público a la mañana ya estén puestas. Además, que poner un cristal es obra desde luego de la mañana tempranera.

Sueltan las grandes ratas que han cazado de noche en los cafés, y tuestan el café en los grandes terráqueos negros. (Así como esos tostaderos serán los aparatos refinados de Pedro Botero.)

Pasan los carteleros con sus largas escaleras, en lo alto de las que va colgado el cubo.

Sobre el carro de la trapera se la ve como sobre un trono, y a veces se la ve leer



ASESINATO DE CANALEJAS EN LA PUERTA DEL SOL.—Cuando el ilustre presidente del Consejo de ministros fué traidoramente herido por el criminal que disparó sobre él encontróse así el señor Canalejas ante el escaparate de la librería del señor San Martín, donde se detuvo un instante al dirigirse al ministerio de la Gobernación para celebrar Consejo.

las cartas rotas que la han echado a la basura.

Ese primer desayuno lo sirven los camareros en mangas de camisa.

Todas las mangas de riego se desbocan, y es cuando riegan y arrojan de la Puerta del Sol a los bohemios.

Esos que vienen de la estación vienen muy metiditos en el coche y creyendo que hace mucho frío.

El reloj de la Puerta del Sol, sépase, tiene una campana más grande y otra más pequeña.

DE NUEVE A ONCE DE LA MAÑANA. Es la hora del desfile militar—con muchas trompetas tocadas a dos carrillos, mientras las flautas son tocadas con boquita de piñón—, con sus cabos gastadores, largos, flacos, secos, de mano doblada sobre el puño, de marcha decidida y de fusil pararrayos... A su lado, llenando los blancos que hay entre gastador y gastador, y entre los gastadores y los soldados, van esos chicos y esos jóvenes—alguno hasta con barba—, a los que les ha quedado algo de comparsas, del paso, la temeridad y la tontería de las comparsas de Carnaval.

Pasan los jóvenes estudiantes, adquiriendo una gran notoriedad, y dándonos como ningunos otros la imagen gráfica de esa hora, los que llevan un cartabón o una escuadra colgandera.

Pasan los guardias civiles jóvenes, con algo de seminaristas de la Guardia civil. ¿No se les podría decir también los guardias marinas de la Guardia civil? En ellos se desproporciona más el sombrero, y es más un féretro de niño, por lo pequeño, aunque por la negrura, la rigidez de la armazón y el galón de plata sea de hombre.

Es la hora en que ya salen a pasearse, medio en vano, los que llevan recibos que cobrar en sus pequeñas carpetas de hule negro, a las que quitan y ponen la goma que las cierra. Van repasando siempre la baraja de sus recibos, la mayor parte incobrables.

En los tranvías de las nueve a las diez y a las once—ya a las ocho también—, pasan los oficinistas y las gentes que leen el periódico, y hace gracioso los muchos periódicos completamente desplegados que van dentro. Tantos, que se confunden con ellos las tocas blancas, almidonadas y desplegadas de una monja que via-

ja entre esos oficinistas y trabajadores. (De diez y media a once hay un rato en que viajan solas y desocupadas las butacas de los tranvías, derechas y empacadas como señoras.)

A las nueve y antes de las nueve pasan los que se van en los cascabeleantes coches de estación, cuyos cristales sueltos y ajetreados, también suenan mucho. Pasan todavía atontados por las propinas.

Coches de esos que entran con viajeros, son muchos los que entran a esa hora, nos recuerdan los viajes, todos los viajes que hicimos, sobre todo el coche del Hotel Terminus.

Todos los coches éstos vienen de esperar a trenes muy retrasados.

Es cuando nuevas almas ven por primera vez, por las ventanillas estrechas del coche celular del hotel, la Puerta del Sol.

En los pescantes van las maletas absurdas de España—alguna de alfombra aún—, maletas color cartón muchas veces cerradas con una cuerda, eso si el equipaje no consiste en un cajón atado con una maroma.

También pasan en esos coches de estación los ingleses, con sus gabanes inconfundibles de ingleses.

Esos coches de los ferrocarriles pasan de tres en tres, muchas veces—como no pasa ya en el mundo—con tres mulas, enganchadas unas al lado de las otras. Son los coches que quieren correr más y tienen, más que los automóviles, el prurito de adelantarse los unos a los otros. Parecen tirados por las alegres y nerviosas mulillas de los toros.

A eso de las diez dan cuerda a los relojes de café, que suenan como sonaría el reloj de bolsillo de un gigante.

Pasan las boinas de colores de las mecanógrafas y de alguna alumna de la Normal.

Siguen pasando las que van o vienen de misa sin mirar a los lados. Hay mujeres obsesionadas, feas y de frente almenazada. Tanto ellas como muchas otras que pasan por esta mañana de las diez, van con velillo.

Sobre eso de las diez, también se ve que se hace el reparto de la carne cruda en Madrid. Pasan numerosos chicos con numerosos cestitos de mimbre blanco. «¡Ah!—se dice uno admirado—; como el hombre no es un con, se mantiene sin comérsela hasta el medio día, después...! ¡Qué prueba de civilización!...» Hay momentos en que la Puerta del Sol se llena a esa hora de chicos del carnicero, con su delantal pardo, con rayas mas pardas, y de cestitas y cestas, cestos y cestones.

Pasa el coche del obispo, aunque mejor sería decir de los obispos, porque muchos de los que cruzan a esta hora la Puerta del Sol parecen de obispos.

LAS DOCE.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Diez.

Once.

Doce.

Y cada campanada es una escalera de la bola de oro, de la que ya hablé y hablaré en otras ocasiones.

DE SEIS A OCHO DE LA NOCHE.—Estas son las horas álgidas del paseo por la Puerta del Sol y del lleno en su gran cinematógrafo de la vida.

Estas son las horas de los rateros y la hora viva de las discusiones, y las del mayor encanto de los encuentros.

Estas son las horas en que se ven pasar a las conocidas, a las que se haría el amor de buena gana; pero a las que nunca, de ninguna manera, se hará el amor; ¡antes la muerte!

Estas son las horas en que el novio que tiene novia en provincias ve pasar a las amigas, que se lo dirán a ella. Para él tendrá cierta alegría de haber tropezado con la sombra de ellas, tropezar con las que la conocen.

Se ven unos humos visibilísimos, que parecen de un incendio. ¿Es que se prende esa casa? No. Es una chimenea cualquiera que echa humo.

Este Madrid de las siete y media, es admirable. Ninguna ciudad tan simpática como ésta a esta hora.

Pasan sombras, gentes mozas, la mayor parte sin el capirote de los sombreros extranjeros. Son siluetas joviales. Todas las ciudades tienen sus calles más desoladas a esta hora. No llevan el peso acompasado y militar de los extranjeros.

Hay pas fío, y delectación de la vida en el andar de todos.

DE OCHO A NUEVE Y MEDIA DE LA NOCHE.—Esta es la hora del apetito.

Las señoras vuelven con paquetes a sus casas.

Por aquí, y a esta hora, pasa la pareja ideal: él, con una máquina fotográfica, y ella, de punta en blanco.

Los autos y los coches quieren atropellar; pero tienen que esperar a que se abran las «presas» humanas y les dejen pasar.

Señoritos con el ala del sombrero sobre los ojos atraviesan la pista, levantando la cabeza hacia uno y otro lado, como quien tiene vendados los ojos y quiere ver para andar y teme los atropellos.

Es la hora en que pasa de vuelta el gran trasatlántico del «cacahuetero», con un balanceo de popa a proa semejante al de los grandes vapores o al del cochecito del niño cuando baja y sube aceras, pasa sobre los rieles o es parado bruscamente.

Los anuncios luminosos están encendidos, y siempre hay alguno mellado, al que le falta una letra. A todos les ha perjudicado el atraso de la hora, esa hora más de luz del día, sobre todo al tío que parece que se quita el sombrero, porque se ilumina primero el brazo con que se echa mano a la bimba que aparece sobre su cabeza, que después se apaga, encendiéndose en la parte baja ese mismo brazo, como si hubiese descendido con el sombrero en la mano; simpático tío al que ahora, por el exceso de luz de día, se le ven los dos sombreros y los dos brazos derechos. El reloj «Longines», que no pasa de las tres y media, brilla también mucho menos. Sólo tiene éxito la ruleta del anuncio que hay sobre el «bar Sol», esquina a la calle de Carretas. Aunque es un caso insólito que se haya jugado en la Puerta del Sol de España a la ruleta, siempre habrá sido un hecho que subraya más el que haya sido precisamente al lado del ministerio de la Gobernación. A esta hora, todos miran a la ruleta, y en un extremo y otro de la gran plaza, hay grupos que atascan la Puerta del Sol, como una sala de juego y que ponen a cada uno de los colores o de los números, mientras la gran manilla, desquiciada e indiferente a las apuestas, se para donde quiere.

(Ha podido haber varios representantes de la casa que apostasen sobre seguro entre los grupos que se forman, porque bien pudiera ser que la manilla, lenta y grande como un brazo humano, tuviese previsto el sitio de su parada.)

Se ve que las jardineras de los tranvías se parecen cada vez más a los «ripers» de pueblo, en vez de parecerse menos.

Es la hora de la lucha por los tranvías, que es terrible y dura como la lucha por la vida.

(«¿Es posible que toda esta gente tenga la cena asegurada?», se piensa desde lo alto del balcón en que vemos hoy la hora.)

Viendo pasar a las gentes el ruedo de la Puerta del Sol, desde una grada un poco alta, se ve qué pasan por ella, oscilan, dan carreritas, se asustan, corren como si pasasen por la plaza de un pueblo convertida en Plaza de Toros y en la que hubiese unos cuantos toretes sueltos.

Los que mejor verán esta hora y la Puerta del Sol, aunque no sepan «pronunciarlo», son los que desde hace pocas horas hayan entrado en Madrid y se hospeden en estos hoteles de la Puerta del Sol, e, los que parece que no pueden hospedarse sino un perfecto, perfectísimo gran hombre provinciano, a excepción del de París, en el que entran—y ya se les ve cenar a esta hora—los diplomáticos que vuelven, y que son los grandes provincianos, los grandes paletos que vienen del extranjero (porque, aunque quieran, no son extranjeros, sino «eso»).

Nosotros quizás ya no vemos toda la ingéncia y todos los matices y los colores sucios de sus casas por la misma familiaridad con la Gran Puerta.

Por el lado de la calle del Arenal, la visión es netamente madrileña, porque se destaca la esbelta torre de San Ginés y las verjas de sus campanarios sobre la palidez del cielo, que acaba de tener una terrible hemorragia de sangre.

El encargado de los focos los va bajando, porque ésta es ya la hora de bajar los focos, esos focos que aumentan seis veces de tamaño al bajar y que después se tornan otra vez proporcionados y se encienden como con una chispa eléctrica.

DE NUEVE Y MEDIA A ONCE MENOS VEINTE.—Va pasando a empellones la noche por la Puerta del Sol. A veces hay una racha bullanguera. Es seguida un silencio. Nada se estaciona en ella,

todo lo cruza, todo va a otra parte, o, a lo más, se mete en uno de sus cafés. De nuevo y media a diez o diez y cuarto pasan las familias que van al teatro, cuando no apresurados y callados porque llegan tarde, bromeando con la broma que sugiere la Puerta del Sol.

DE ONCE MENOS VEINTE A DOCE Y MEDIA.—A las once menos veinte ya están apagadas las luces de la Puerta del Sol, y toma un aspecto de plaza que vela con bastante luz, pero con mucha sombra.

DE UNA A UNA Y MEDIA DE LA NOCHE.—Una nueva animación coincide en esta hora. Siempre resulta inesperada. Ya estaba muy nocturna la noche, cuando se reunen en ella de pronto, burgueses, señores formales y señoritas honestas en gran número. Parece que el mundo echa de pronto al mundo demasiada gente, que se han roto las compuertas de presa de la noche. La manifestación no tiene unidad, empaque, solidaridad. Hay verdaderos trechos y abismos entre un grupo y otro.

Las hijas de familia, excitadas por la hora, miran con miradas de fuego a los que esperan el mismo tranvía, y, a veces, una madre, iracunda y cruel, pega a su hija—una señorita muy rizada y recompuesta—a la vista de todos.

Todo coincide alrededor de esta media hora. Los teatros y los cines. Se ve la diferencia entre los que vienen del teatro y los del cine. Dicen muchas más tonterías los del cine, tienen una actitud más vana. Se ve que lo que han visto no es nada, por como trasciende a nada. No han sorbido nada sus espíritus—a lo más la clara del huevo en vez de la yema.

Unos y otros parecen público pacífico, que viene de ver una pacífica e inocente retreta.

Es esa media hora en que en las estaciones coinciden en su salida numerosos trenes, y al cabo de ella, se van los que se van, y los que iban a despedirle, pareciendo la estación al cabo de ella otra estación, llena de un vacío, en que resulta incomprensible el que hace un momento estuviese tan llena.

DE UNA Y MEDIA A TRES.—Durante todo este tiempo la Puerta del Sol está indecisa, con ráfagas de gente.

El Metro cierra a las dos menos cuarto, comunicándoselo por teléfono a las taquilleras, que aún continúan engañosas en su garita, y contestan «Ya se acabó» al que llega deprisa, dispuesto a montar en el rabo del último tren.

En las «paralelas» quedan aún los últimos «paralelos» hasta las dos y veinticinco, o las dos y media o las tres menos veinticinco, que parte a veces muy cargado ese último tranvía, cuyas ruedas se deforman por el peso. Los sábados, sobre todo, ese último tranvía es el tranvía más típico y hace mas pronunciadas las eses de las curvas y va tambaleándose, porque es el tranvía de los borrachos, borrachos que discuten con el cobrador, que parece que va a caerse; pero que, en medio de todo, gastan cierta formalidad, y sacan sus diez céntimos cabales en vez de las dos pesetas, qué debían dar en vez de los diez céntimos.

DE TRES A CUATRO.—De tres a cuatro en primavera o verano, porque después viene eso que yo llamo «madrugada o vísperas del alba»; y de tres hasta que llega ese momento, más tardío en invierno, la Puerta del Sol tiene una hora ensoñarrada, indecisa, antesala de las otras horas con más matices personales que vienen después.

En esas horas se pasean algunos por sus andenes medio apagados y casi solos. Los periódicos ya no se vocean. La puerta de Gobernación está cerrada. Son las pocas horas en que descabeza una especie de sueño, aunque escucha durante él las palabras de esos dos que pasean sin parar de contarse mentiras, superfluidades, boberías de tontos, que entretienen una noche, que no dejan acostarse, que hacen que los dos se vayan a su casa en plena aurora. Se ve que lo que tienen es la gana de estar, de seguir estando fuera de casa, en la compañía de la ciudad, en la Puerta del Sol, haciendo amistad como quien hace biceps.

Todos los detalles, cada uno en sí mismo, viven para sí. Está un poco disgregada la Puerta del Sol en estas horas, y cada cosa duerme y se mete en sí.

Es cuando toman, los más privilegiados o rumbosos, todos esos coches que están parados a su alrededor. Es graciosa la escena, cómo se meten en el simón con aires de entrar en una carroza, y después de dar un saltito o respingo dentro del coche, élla y él asoman la cara para ver a los que se quedan.

Greguerías de la Puerta del Sol

Por la Puerta del Sol es por donde los días nublados se abre el cielo, cuando se abre. Por la linterna de esta gran bóveda es por donde sale el sol los días de tormenta.

La Puerta del Sol toma un aspecto de capea de pueblo, una capea en una plaza grande de un pueblo grande, como las que se celebran en Medina del Campo. El toro no se sabe dónde está; pero está, y toda la lidia tiene esa desorganización, y esas huídas, y esos prontos, y esos respingos de toda la muchedumbre que baja a las plazas en las capeas.

En la Puerta del Sol es dónde coge el último coche los juerguistas, dando el portazo de despedida desgarradora a la noche.

El día de frío echa a la gente de la Puerta del Sol y la deja despejada, como si los guardias civiles del frío hubiesen dado una carga con sus espadas desenvainadas.

La farola que han quitado para poner



La manifestación obrera del 1 de mayo a su paso por la Puerta del Sol.

la gran marquesina del «Metro», que tan gran cosa tiene de molde para los fumes, está ahora en la glorieta de San Vicente, solitaria, con los peldaños vacíos, aquellos peldaños en que a veces se sentaba el muerto de cansancio.

Ya no existe el cesante, ese tipo de la Puerta del Sol, algo así como su fundador. Aunque hay alguno que lo parece, no lo es.

El vendedor de planos pone alegre la Puerta del Sol con sus planos extendidos como colgaduras y el «confetti» de colorines de sus casilleros visible. El morado y el amarillo se ven vivir más que ningún otro color en esos planos.

Antes debía de haber muchos jinetes por la Puerta del Sol, y eso la debía de dar carácter. Hoy apenas pasa un tío a caballo; pero cuando pasa, ¡cómo se le ve!

En uno de los postes de la red de cables de tranvías que cubre la Puerta del Sol está la guía general de los tranvías, larga lista pintada sobre una gran chapa de hierro, ante la que me he parado muchas veces buscando un tranvía que no existe, un nuevo tranvía que debía haber, y acabando por tropezar con ese tranvía X, misterioso nada más que a medias, porque antes de la madrugada pasa cargado de adoquines.

En el torreón de la casa de Cordero, que antes era liso, y en el que ponía sólo «Hotel de Inglaterra», hay hoy una montera hecha de tendones de hierro, jaula grande y redonda con un techo cubierto, en cuyos barrotes hay, como palomas posadas, mil cazoletas, a las que se enroscan los hilos del telégrafo. Ya es tan nutrida esa red, que resultan sus mechones de hilos que atraviesan la Puerta del Sol sobre la calle Mayor, como los largos y copiosos cabellos de esa casa. Pronto serán trasladados, probablemente, a su nuevo edificio; pero no hay quien se atreva, porque hay que trasladar uno a uno cada cabello, sabiendo con quién comunica. Claro que para aliviar la situación completamente vendrá en seguida el teléfono sin hilos.

De esta luz que hay en la Puerta del Sol y de esta alma tenue y numerosa que la llena, suben a su altura unas ráfagas que son una aureola inconfundible para todo el que la ve desde lejos. Esa niebla de luz, ese cráter de luz, es lo que primero adivina el que ve a Madrid desde el tren. «Allí está el pensamiento de la ciudad», piensa.

En medio de la Puerta del Sol ha habido una Sociedad de recreo y científico-literaria, sin duda en el fondo, que celebraba sus reuniones alrededor de la farola. Ahora están pidiendo los alrededores del «Metro», bajo su alero, la Sociedad «El Metro».

Los días de niebla es cuando mejor se ilumina. Se ilumina el cielo como en un día de nieve. Ese color sucio y lustral de la nube, de la nube de nieve que no dice lo que va a salir de ella. Parece que tiene iluminación cenital, aunque sucia, la claraboya de cristales de la Puerta del Sol.

Al reloj de la Puerta del Sol no le sale tono de luna, sino de sol, en la noche, y hasta tiene manchas, y hasta tiene unos rotos fantásticos.

Los anuncios luminosos ponen en los ojos moscas volantes, pintas luminosas que insisten... Unos imitan al cohete. Otros el surtidor que cae... A veces, toda la proyección hace gestos de asfixia, no encuentra flúido, no puede encenderse, dice con un gesto tristísimo: «¡Que me ahogo!»

El que pasa por ella va pasando como quien pasa por la Puerta del Sol. Que no se haga el tonto, que lo sabe y anda de un modo especial.

En la Puerta del Sol es donde hay que saber mejor el uso de la brida.

A veces pasan caballos que andan como una bailarina, y otros que son como toros, toros que embisten, miuras terribles.

El ministerio de la Gobernación hay momentos en que parece un mueble muy bien acabado.

La Puerta del Sol está llena de peluquerías abajo y de fotografías arriba. Esas grandes letras blancas que caracterizan a las unas y a las otras la llenan. En esas peluquerías hacen cortes de pelo magníficos, pelan los cogotes como en ningún sitio, dan lociones muy cultas, que añaden cultura a las cabezas, descargan las patillas con esa transparencia que sólo en Inglaterra saben.

Las fotografías, en cuya alta guardilla pone «HAY ASCENSOR», van tragándose gente en sus portales, y aunque no se nota, suben a retratarse filas enteras de gentes, que después se encuentran en las antesalas de los fotógrafos, donde se retratan unos a otros con la mirada.

Siempre han estado llenas las alturas de la Puerta del Sol de fotógrafos.

Pérez Escrich escribió sobre ellos:

«... pongo mi fotografía
allá en la Puerta del Sol,
y ya soy lo que se llama
un conocido escritor.»

Los entierros pasan pocas veces por la Puerta del Sol. Si son de particulares desconocidos, tiene que ser que la autoridad no pueda hacerles dar ningún rodeo, o bien porque salgan de los primeros números de las calles adyacentes, o de la misma Puerta del Sol. Ese muerto particular y anónimo que adquiere esa preeminencia, toma categoría de muerto ilustre sólo con eso.

Los entierros célebres tienen que pasar por la Puerta del Sol, y la llenan del aire histórico de los días heroicos. Parecen barcas adornadas en un ancho estanque. Se ve su riqueza, la importancia de sus coronas y todo detalle a su paso por la Puerta del Sol, gran antesala de los Campos Elíseos de los héroes.

Las mujeres, de tantos piropos como las dicen, pasan la Puerta del Sol sonriendo.

Muchos hombres, con un cucurucho o cilindro grande de papeles en la mano.

El lujo tiene a gala atravesarla, pues aunque es plebeya sin pasar por ella, ni el automóvil acabará de significar lo que significa, ni el traje tampoco.

—¡Para canto y piano! ¡Para canto y piano!—es otro de los actuales e insistentes gritos de la Puerta del Sol, lanzado por un vendedor que presenta al público un montón de partituras con portadas vistosas, en las que triunfa mucho el amarillo.

En la Puerta del Sol hay constantemente dedicados a la tarea unos barrenderos, que no dejan el cogedor ni la escobilla, porque en la Puerta del Sol, como en la Plaza de Toros, no puede haber ninguna visible suciedad. Son esos barrenderos los monosabios de la Puerta del Sol.

El extranjero espera encontrar un arco de triunfo en la Puerta del Sol; una cosa así.

Pasan los caballos esos con piel de vaca, con muchos mapas inscritos en ella.

Pasan muchos caballos con manos blancas—«manos blancas no ofenden», se les podría decir en caso de recibir una coz—. ¡Qué bien juegan las muñecas! Cuando fuesen yeguas, y después de casadas con los caballos, debían de llevar en la muñeca la pulsera de pedidas.

El ministerio de la Gobernación se ve más que nunca; se fija uno bien en la diferencia de piedra entre la de arriba y la del resto, así como se ven las guirnaldas de bronce que son la ceja de los balcones y esas negruras con que se ha corroído el grupo escultórico, esos terribles chorretones que le ennegrecen contrastan más que nunca con esos toques de blanca nieve con que aparecen algunos salientes del relieve frontispicial.

Los bandos que están fijados en sus esquinas aparecen a esta hora como sin autoridad ni eficacia.

El día de la declaración de la primavera, donde más se ve dónde la primavera fija el bando es en la Puerta del Sol. Se ve, entre otras cosas, que todos han dejado el capote de paseo, y han salido a bregar con el día, como en la primera becerrada que Dios envía—becerrada a veces trágica, llena de cornadas de pulmonía, porque sale bravo el becerrete.

—¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! ¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! ¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! ¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! ¡Tratado comple-

to de Contabilidad por partida doble!—así, interminablemente, sin puntos suspensivos, entre retahila y retahila, éste es el grito que más insistente queda en nuestra memoria de los que se lanzan en la Puerta del Sol. ¡Terrible invitación a la carrera del Comercio!

La cruza raudo el botones de bicicleta, que no necesita agarrar el guía, y que lleva en una mano un ramo de flores para una dama.

Los bastones pasan pateando mucho con su pata coja de cigüeñas, más pretensiosos y amanerados que nunca.

En la Puerta del Sol se ve lo maja que pasa esa mula con el pon-pon rojo encima de la frente.

Se ven muchos caballos con la nariz blanca; muchos como si hubiesen metido el hocico en leche.

Se ve lo vieja que está la piel de los burros, lo repisada y regastada como una zalea. ¡Que les muden la piel!

Se ve que son mucho más airosas las riendas que el volante.

La red de cables de los tranvías que cubre la Puerta del Sol, parece la red para los aviadores que puedan pasar por encima de ella, o para que no se mate tampoco ese ser que hace ejercicios sobre el gran circo.

También parece la gran tela de araña con que las Compañías eléctricas tienen cazados a todos los ciudadanos.

Desde los balcones de la Puerta del Sol se ven muchas cosas que se pueden observar a reglas o definiciones generales. Así, por ejemplo, se ve que la Humanidad tiene brazos cortos.

Al pasar por la Puerta del Sol, las mujeres parecen también toreras.

Lo que venden las tiendas de la Puerta del Sol, se ve mejor que nunca los días de frío, cuando las lunas de los escaparates se esmerilan completamente por el calor que produce dentro la aglomeración de compradores. No se ve lo que pasa dentro. Parecen los escaparates cubiertos porque se modifica su eterna estación de Jueves.



Uno de los aspectos más interesantes de la Puerta del Sol.

—¡Lacres, botonaduras, llaveros, «Los sueños de Quevedo»!—gritan en coro inseparable en un rincón.

—¡Goma para los paraguas!—grita otro.

—¡Goma para las carteras!—grita otro que luce unas hermosas gomas anchas y rojas, que a veces algún castizo sibarita usa como ligas, y hasta debe haber alguna sílfide, también castiza, que las use en vez de faja ni corsé para mantener su ideal cintura de avispa.

Toda la madrugada queda un urinario abierto, velando, y bajo él vela también el que gobierna el motor que mantiene la gran presión que necesita la luz eléctrica de la plaza.

Se ven toda clase de automóviles. Para elegir el mejor o el más bonito, habría que verlos pasar todos desde cualquier ventana.

A los matrimonios jóvenes les gusta mucho pasar por la Puerta del Sol, y pasan muy cogiditos del brazo. Como recien salidos de la fotografía como haciendo los primeros paseítos del matrimonio.

¿Por qué en ese reloj de horas y manillas luminosas son siempre las tres y media?

Los automóviles, donde más se impacientan es en la Puerta del Sol.

Las chicas que van a entregar, no se sabe cómo se las arreglan, que siempre pasan por la Puerta del Sol.

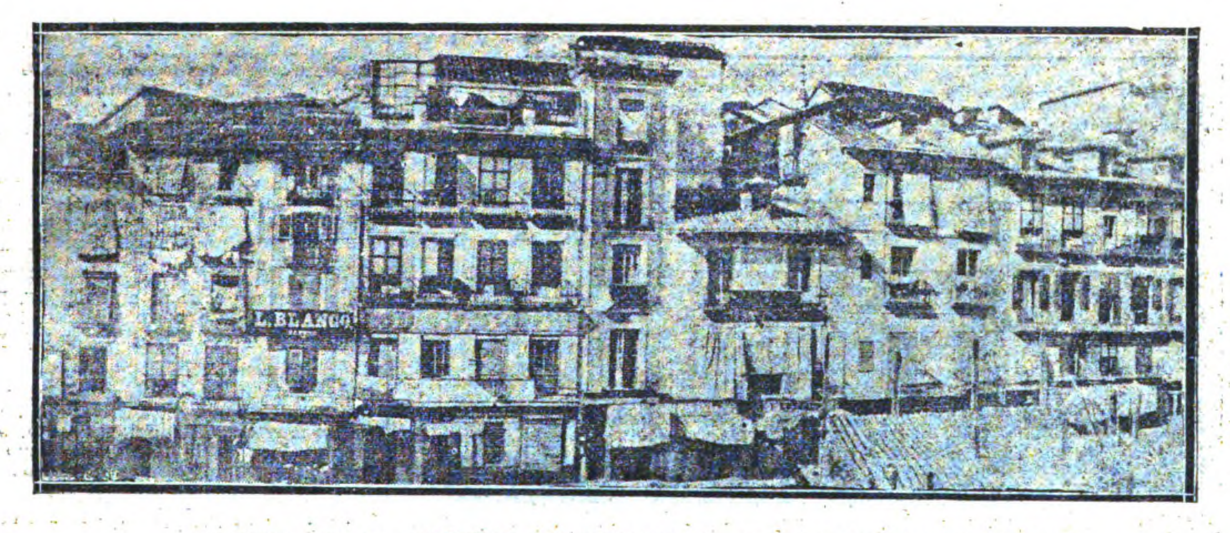
En todos los pisos en que no hay anuncio luminoso, se encienden y se apagan todos los cristales.

Lo más maravilloso de estos tranvías que se andan a la zaga, que se tropiezan, que se persiguen en la Puerta del Sol, es que no se dan un tropezón con el farol.

A los ciegos tienen que pasarlos por la Puerta del Sol entre tres.

Lo que se ve mucho son los hombres que bracean y mantean mucho—sobre todo los de los guantes blancos o amarillos.

Si hubiera regido los destinos de España ahora un rey rígido y absoluto, de esos que prohibían el uso excesivo de los coches, hubiera prohibido los anuncios luminosos, porque todos los días parece el santo del Rey.



LA PUERTA DEL SOL EN 1857.—Trozo comprendido entre la calle de la Montera y calle de Alcalá.

Aun en los momentos en que más se prohiben los grupos, hay unas tertulias que se eternizan en una broma, en una despedida.

Ese queso de bola del juguete nacional que es el reloj de Gobernación, a veces se mete entero en la boca de los que esperan que den las doce para ver caer la bola... ¡Aaaaah!...

Hay un ingenioso e inteligente amigo que sostiene que ha encontrado un duro en plena Puerta del Sol. Lo vió, vió que nadie lo cogía, y lo cogió él.

En la Puerta del Sol es donde se corre el secreto de la lotería o la «Cooperativa lotera»—Sociedad con veinte millones, para ganar siempre a la lotería.

En la Puerta del Sol se corren las navieras del Manzanares. (Cuando hubo la moda de las «navieras», como antaño hubo la de las «azucareras».)

—Ustedes dirán—parece que decía el negociante—, que las navieras son de mar... Pues, no; esas acciones son también del río... El pescado de mar es estupendo; pero no olviden que en el río se dan las truchas...

Estos lanza acciones de la Puerta del Sol tienen libretas de acciones como esas para las participaciones de la lotería.

—¿Quiere usted que consigamos una fortuna? Yo puedo conseguir la exclusiva del juego de dominó en España...—se oye a otro.

Siempre hay «picantes»—que es como se llama a los incautos que pican en un negocio.

—Pagaron como unos «músicos»—se dice también, por hablar más chulamente que Muley-Hafid.

Hay el que funda «La interurbana del hogar», sociedad para poner teléfonos de cama a cama.

Ahora, cuando se sale del Metro y se aparece en la Puerta del Sol, su deslumbramiento es mucho mayor. Parece que salimos a otro mundo.

Se ven mucho los que tienen cadena y dije, sobre todo los de remate, que los llevan colgando del ojal de la solapa.

Roban relojes constantemente en la Puerta del Sol, y al ser robado me parece que oigo a un humorista:

—Lo que yo siento únicamente es que lo acababa de poner en hora.

Si antes se sentaban todos los que podían alrededor de la fuente, hoy sólo se ve algún paleto, muerto de cansancio, que se sienta en el tramo bajo de la acera.

El día último de año es el día más solemne de la Puerta del Sol ahora.

Por todas las afluentes a la gran plaza van llegando gentes en esa avalancha de la curiosidad la noche del fuego, de los fuegos artificiales o de las iluminaciones. Sobre todo, por la calle de la Montera, el mundo es espeso, y los pasos alterados del ir bajando una cuesta, entrecortan de ese modo especial y alternante las conversaciones.

Ya en la Puerta del Sol todos, a las doce menos cuarto, se preparan las doce uvas que llevan en un papel, generalmente las gentes, aunque haya señoritas que van con un teniente y varios señoritos que las llevan en una cestita con un lazo rosa o azul enorme.

El reloj de Gobernación suele estar iluminado con una guirnalda de luces, y su bola tiene una corona de bombillas blancas, como si fuese una Virgen.

El gran minutero camina sigilosamente hacia las XII, pasando de puntito a puntito en los parpadeos cuando nadie lo ve. Por fin llega. Todos tienen la uva en la boca, como si fuese la cápsula de la purga.

A la una,
A las dos,
y
A las tres.

Y suenan las doce campanadas, y a ciegas, como se toman las cápsulas de aceite ricino para no saborearlas ni desanimarse, con esa precipitación se toman las doce uvas. Realmente, lo que han tomado no han sido los bombones naturales, que son las uvas, sino la medicina para que el año sea de buena suerte. La bola, mientras ponían los ojos en blanco mirándola, ha caído por la escala de campanadas de las doce, y sus bombillas eléctricas también.

Todo el público después se chicolea entre sí, y los ojos de lobo van buscando los rostros de mujer en la oscuridad, y ven que algunos están iluminados por unos ojos a veces muy exquisitos, pero con ese tono esclarecedor de los escarabajos.

Los días de Nochebuena y Reyes también han sido célebres en la Puerta del Sol. Son días de sartenazo limpio, en que un ejército de sarteneros desemboca en la Puerta del Sol. El ruido es infernal, más que el de la Befana en Roma. Las grandes latas, como timbales monstruosos, atruenan el aire.

Todos los que no encuentran la alegría cierta en sus casas, vienen a buscarla a la Puerta del Sol, y como no la encuentran, la inventan y protestan de que aún inventada adolezca de los mismos defectos que en su cuchitril.

«Pam-pam-pam» hacen las grandes latas y las inmensas zambombas, como tiestos de hortensia que sonasen, rebuznan con su tono reventón y nasal.

Las faldas cascarriosas revuelan, y los zapatos, que parece que se quedan detrás del que corre por los zancajos que les salen como espuelas miserables, tienen una

gran expresión en los corros. Todas las filas de cogidas del brazo pareeé que resbalan y se caen en los infier..os. Poco a poco se van desparramando por todas las calles, sonando sus almireces, sus panderos, sus latas de petróleo, sus zambombas hechas con grandes tambores, como protestando de las fiestas íntimas que se celebran dentro de los hogares confortables, como queriendo ser inoportunos y amenazadores en el fondo de los hogares, y no porque su miseria sea mucha, sino porque son groseros, insensatos, viles, y tal como hay muchos de ellos que saben gozar su modesta posición con una absoluta dicha, ellos son los que dan mala vida a esas esposas que arrastran en la carnestolenda de la noche de Reyes y no han sabido nunca hacer sonreir de felicidad su casa.

Sólo a veces en ésa fiesta de Reyes el Ayuntamiento prepara cabalgatas, y pasan unos tíos muy altos sobre los camellos, que anuncian un betún los demás días del año, tíos muy serios, con unas barbas muy postizas y muy largas.

Las demás noches en que se anuncia el paso de un cometa por la Puerta del Sol, son noches de juerga desesperada, pues allí se reunen todos los que tienen que animarse y quitarse el miedo a m...r, ya que siempre va unida la aparición de un cometa con la idea del fin del mundo.

Falsos astrónomos, vestidos con un traje bordado de estrellas y un gorro en forma de cucurucho, se suben a un pedestal, y con un falso telescopio miran al cielo asesorados, ayudados y jaleados por esos secretarios que tienen estos grandes payasos, tanto el qué hace de gitano del pandero en Carnaval y que siempre tiene un modesto oso silencioso, abnegado y leal a su disposición, como hasta el criminal que cuenta con cómplices.

Los días de eclipse también escoge la gente la Puerta del Sol para presenciarlo, y con los anteojos o los cristales ahumados, hay una graciosa humanidad que mira ese crepúsculo súbito y que, desde la Puerta del Sol, parece ser mejor visto.

En los años de la guerra ha habido un cambio de hora arbitrario, avanzando en el invierno una hora más al día. El primer año, sobre todo, la fuerza de la muchedumbre... pués se llenó la Puerta del Sol, y todos con el reloj en la mano esperaron a que la manilla avanzase loca, inconcebible, absurda, hacia una hora falsa. Hubo alguien que llevó un reloj despertador, y otro un reloj de despacho, y subiéndose a una escalera con él, lo puso en hora entre la chacota de la gente.

Después también, durante esos años de la guerra en el buen tiempo se celebraba la devolución de la hora, y entonces se celebraba otra fiesta en la Puerta del Sol, yendo todo el mundo muy peripuésto a rejuvenecerse, a meterse en el bolsillo ese reintegro qué el Tribunal de Cuentas del tiempo ordenaba devolver.

—Joven; la encuentro a usted más joven que hace una hora—oí qué decía a su vecina un caballero amable y dicharachero.

ULTIMA HORA

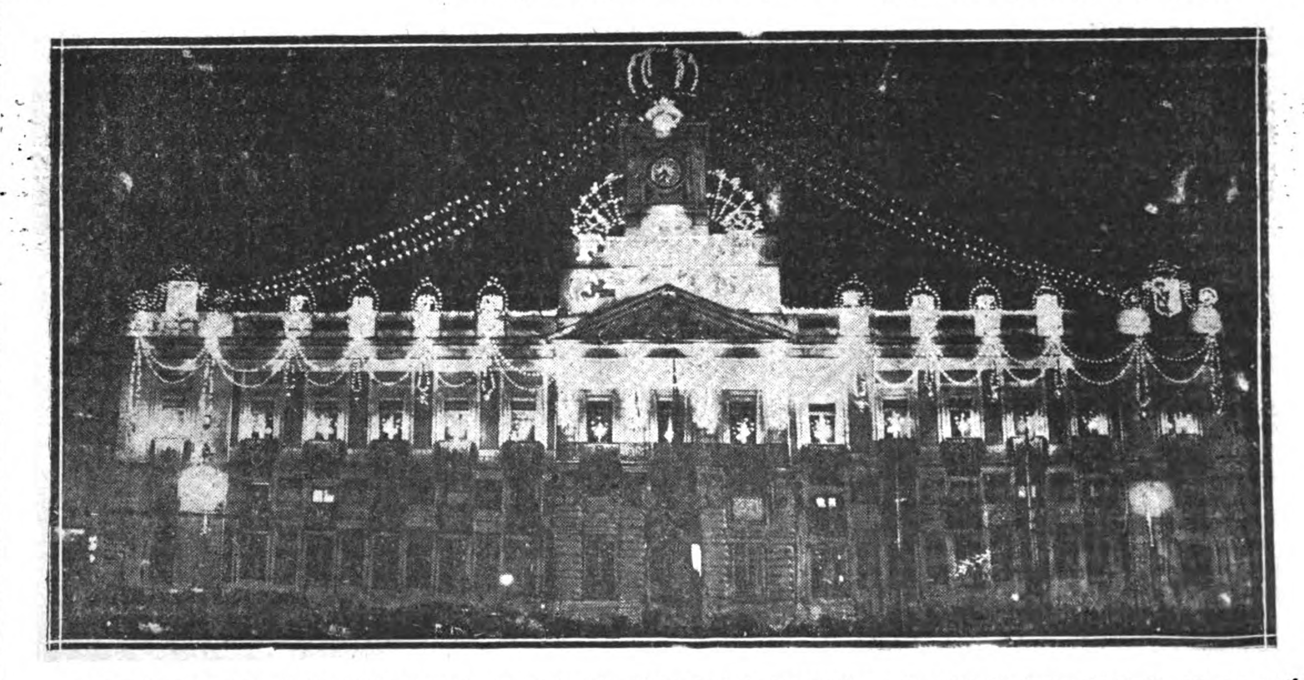
En estos días aquellos cerilleros desaparecidos han vuelto a resollar, cerrado por la falta de tabaco de estos días ese último estanco que era proverbialmente estar ese abierto en la Puerta del Sol de día a día; unos golfillos se han dedicado a vender «¡cerillas inglesas, señorito; que está cerrado el estanco!» y hemos visto lo justificada qué estaba la venta antigua de cerillas.

Estos días parece que ha habido un saldo de violetas.

De la noche a la mañana, apareció en la Puerta del Sol esa valla de pino nuevo, muy cepillada, y perfectamente a la medida de ese trecho. ¿Iba a desaparecer otro café? No.

Pero lo apreciábamos y nos gustaba verlo al pasar. Era café de provincianos, de cordobeses pletóricos de sangre y muchas z z z z en la lengua. Valle Inclán, que está muy desorientado en esto de los cafés desde que le convirtieron en tienda de telas el Levante de la calle del Arenal—ahora se hace los trajes allí—, se reunía en este Candelas, que acaba de desaparecer. Eso a última hora dió prestigio al café, y ponía una luz digna en un rincón.

Las camareras guapas son tema para un cuadro, como el que el gran Anselmo Miguel Nieto pintó con unas cuantas mujeres de este café, en esa época de su cé...



UN DETALLE RETROSPECTIVO INTERESANTE.—La fachada del ministerio de la Gobernación en la noche del 7 de octubre de 1912 con motivo

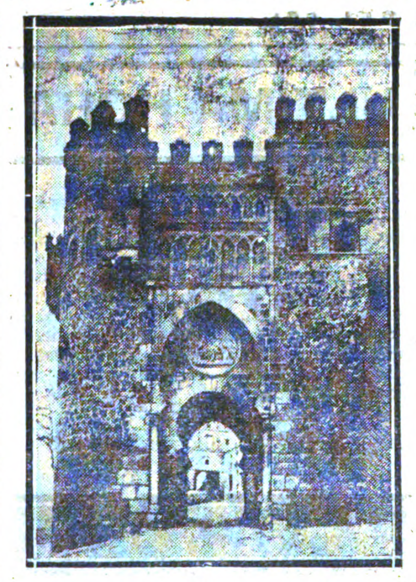
nit, la época como del Juicio de París que tienen todos estos cafés de camareras.

Era un café frívolo, comedorcito un poco cursi, ilustrado por unos espejos de antesala, como espejos de perchero, con lo cual está dicho todo, porque ¡no los hay más tontos! ¿Cómo será ahora?

Por la ventana de ese café, aunque daba a la Puerta del Sol, el verdadero entendido de Madrid, el que sabe distinguir, no veía nada, veía apenas el sitio de la vuelta banal de toda la gente, el sitio por donde es más fugaz la vida que pasa por la Puerta del Sol. Era como una ventana de barraca, como una ventana de perfumería.

Mujeres y mujeres, como grandes doncellas de casa grande, un poco tontas por la serie de floreos de los señoritos olvidados y desesperados, dan al café de camareras un tono de cocina bien puesta, de cocina con cosas terriblemente modernistas, como puesto por la casa Miele, por ejemplo.

¡Qué aire el de las camareras de café! ¡Cómo van hacia el cliente con un aire distraído, presuntuoso, y sobre unos tacones más que de Luis XV, de Luis el de los Zancos! ¡Cómo vuelven con el mismo paso de zancudas, con un pasito de paso-doble descompuesto, y cómo echan la copita, y cómo toman el dinero y dan la vuelta, que se sacan de la verdadera faltriquera, enredándoselas la calderilla en las sortijas!



La Puerta del Sol, de Toledo.

Este Café de Candelas, cuando era cosa buena—buena para los otros más que para mí—, era en verano. Entonces tomaba el verdadero aspecto de lo que era, de horchatería, y había allí dentro una sombra fresca, horchatosa, que probaba como con una paja el que pasaba por la Puerta del Sol. Los delantales blancos de las camareras, y sus blusas blancas, y sus pulseras con un colgajo—como el collar y la campanilla de la ovejita de sus brazos desnudos—, todo eso era como una alegoría de una horchata muy refrescante para el que paba en la hora tórrida de la Puerta del Sol y lo entreviese a través de una persiana verde—persiana de horchatería—, que cubría todo el ventanal menos una cuarta.

Ya este verano no podremos sorber ese poco de sombra de chufas, y resultará más árido nuestro pasajo por el desierto. ¡Los pozos y los oasis se secan! ¡Que pongan por lo menos una tienda de abanicos!

Ya se han mudado aquellas flamencas, que hubiéramos tenido gusto en conocer si hubiéramos sabido que iban a desaparecer. Todas vivirán ya bien toda su vida cambiando las monedas de oro de sus cadenas.

Ya detrás de su biombo se acicala la otra tienda, que por ser de la Puerta del Sol, tardará mucho en recomponerse y emperifollarse.

No han podido ir todas las horas y no han podido ir todos los tipos. Pero son eternos, y volveré sobre ellos en otros trabajos. Más sobre las horas que sobre los tipos, porque los tipos sedentarios de la Puerta del Sol son los mismos de las primeras descripciones, son los tópicos de España.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA




Digitized by Google


Google




Digitized by Google


Digitized by Google






Digitized by Google


Digitized by Google


Digitized by Google